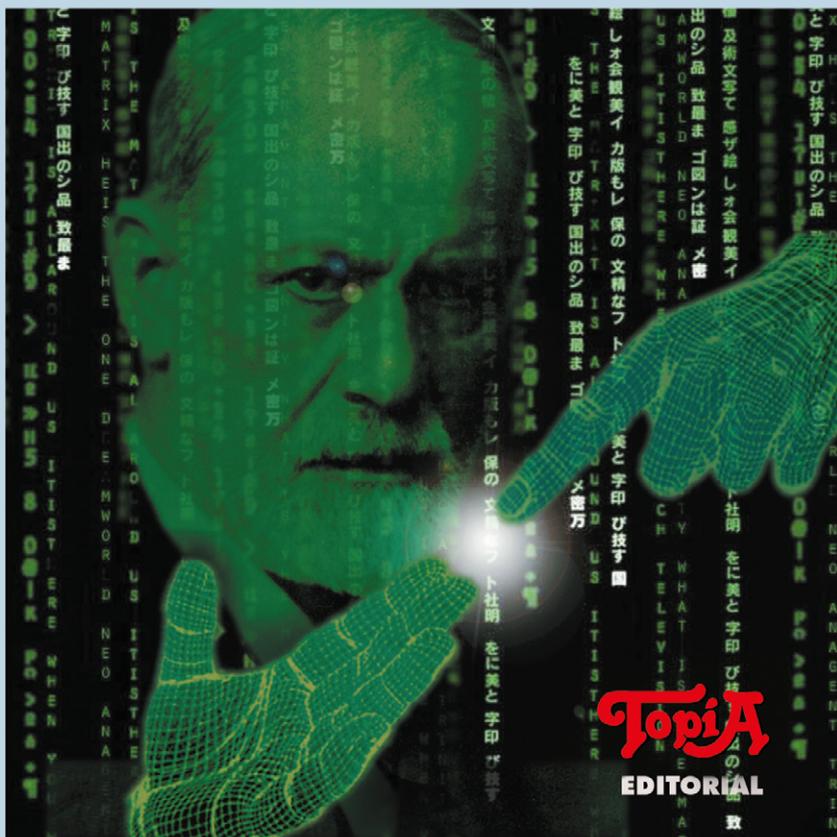


UN PSICOANALISTA EN EL 2050

ENRIQUE CARPINTERO (COMPILADOR)

MAURICIO ABADI, MARTÍN AGREST, MÓNICA ARREDONDO,
SILVIA BLEICHMAR, CARLOS BRÜCK, MARIO JORGE BUCHBINDER,
RICARDO ESTACOLCHIC, HÉCTOR FENOGLIO, EDGARDO GILI,
ALFREDO GRANDE, ROBERTO HARARI, CÉSAR HAZAKI, LUIS HERRERA,
CECILIA SINAY MILLONSHIK, CARLOS D. PÉREZ, RUDY, ALEJANDRO
VAINER, JUAN CARLOS VOLNOVICH Y SILVIA YANKELEVICH



Estos son 19 relatos publicados en la revista **Topía** entre abril de 1994 y abril de 2000.

En el primero de ellos se definía la propuesta: “Un fantasma recorre el fin de siglo que atraviesa la occidental humanidad: el futuro. Quizás, nunca como hoy el futuro tuvo las características de la certeza de su incerteza. Si el futuro siempre fue impredecible, se lo trató de atrapar a través de diferentes saberes que hoy dan testimonios de interrogantes que reflejaban la época en que fueron escritos. Insistiendo en la tozuda capacidad del ser humano, en esta región del planeta de imaginar futuros posibles, iniciamos una nueva sección dentro de **Topía** revista que lleva por título ‘Un psicoanalista en el 2050’. Para ello invitamos a desplegar la capacidad imaginativa de psicoanalistas y profesionales de otros campos del saber.”

Por ello estos relatos no son anticipatorios, ya que hablan de las angustias, miedos y esperanzas de sus autores. Es que toda manifestación de subjetividad está atravesada por los conflictos de su época. Freud extendía esta idea a toda creación artística al plantear que el autor expresa su problemática íntima desde las cuestiones de su tiempo.

La necesidad de publicar este libro forma parte de nuestro compromiso editorial con una perspectiva humanista y política en diferentes campos del saber. Los desarrollos científicos y tecnológicos han podido resolver problemas impensables hace cincuenta años. Sin embargo sus consecuencias han llevado a la necesidad de rescatar la importancia de la práctica del psicoanálisis. Recientemente el conocido psicoanalista Philip K. Dick comentaba: “Hoy la práctica del psicoanálisis ha cambiado radicalmente. El diván es una pieza de museo cuya foto muchos analistas tienen en sus computadoras. Los más jóvenes lo usan como ícono para enfrentar a los psicotecnodirigistas. No me imagino cómo sería recostarse en un diván para hablar durante varias horas a la semana. Sabemos que se ha dejado de usar hace mucho tiempo al encontrarse formas innovadoras no sólo en el campo individual sino en el social y político. Sin embargo para mí simboliza lo específico de nuestra práctica: rescatar ese espacio donde los conflictos del padecimiento subjetivo se resuelven en el encuentro con un otro humano.

Ese encuentro entre paciente y terapeuta como se decía antiguamente.”

UN PSICOANALISTA EN EL 2050

ENRIQUE CARPINTERO (COMPILADOR)

MAURICIO ABADI, MARTÍN AGREST, MÓNICA ARREDONDO, SILVIA BLEICHMAR, CARLOS BRÜCK, MARIO JORGE BUCHBINDER, RICARDO ESTACOLCHIC, HÉCTOR FENOGLIO, EDGARDO GILI, ALFREDO GRANDE, ROBERTO HARARI, CÉSAR HAZAKI, LUIS HERRERA, CECILIA SINAY MILLONTSCHIK, CARLOS D. PÉREZ, RUDY, ALEJANDRO VAINER, JUAN CARLOS VOLNOVICH Y SILVIA YANKELEVICH

Topía
EDITORIAL

Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura



Diagramación E-book: Mariana Battaglia

Carpintero, Enrique

Un psicoanalista en el 2050 / Enrique Carpintero ; YR. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Topía Editorial, 2020.

Libro digital, PDF - (Psicoanálisis, sociedad y cultura / 22)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4025-39-5

1. Psicoanálisis. 2. Relatos. I. YR. II. Título.

CDD 150.195

© Editorial Topía, Buenos Aires 2020.



Editorial Topía

Juan María Gutiérrez 3809 3º "A" Capital Federal

e-mail: editorial@topia.com.ar

revista@topia.com.ar

web: www.topia.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

UN PSICOANALISTA EN EL 2050

ENRIQUE CARPINTERO (COMPILADOR)

*MAURICIO ABADI, MARTÍN AGREST, MÓNICA ARREDONDO,
SILVIA BLEICHMAR, CARLOS BRÜCK, MARIO JORGE
BUCHBINDER, RICARDO ESTACOLCHIC, HÉCTOR FENOGLIO,
EDGARDO GILI, ALFREDO GRANDE, ROBERTO HARARI, CÉSAR
HAZAKI, LUIS HERRERA, CECILIA SINAY MILLONCHIK,
CARLOS D. PÉREZ, RUDY, ALEJANDRO VAINER, JUAN CARLOS
VOLNOVICH Y SILVIA YANKELEVICH*

TopiA
EDITORIAL

Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

INDICE

Presentación

Enrique Carpintero

Plataforma Espacial, Febrero de 2044

Juan Carlos Volnovich

Se los llama psicoanalistas

Ricardo Estacolchic

Hay otros tiempos, pero están en éste

Edgardo Gili

Vaivén

Luis Herrera

Consideraciones inactuales

Roberto Harari

Salto de Agua

Silvia Yankelevich

La ilusión de un porvenir o, más explícitamente,
la vana ilusión de un porvenir venturoso

Mauricio Abadi

No puedo escuchar a nadie que no pueda oler

Martín Agrest

Crónicas de la memoria colectiva

Mónika Arredondo

Sesenta años

Alejandro Vainer

¿Para qué me quieren?

Carlos Brück

La escena telopsíquica

Mario Jorge Buchbinder

Andamios del siglo XXI

Carlos D. Pérez

“Un hijo por los medios naturales”

Cecilia Sinay Millonschik

El inmortal

César Hazaki

Nadie muere en el pasado

Héctor Fenoglio

Nahuel X. Psíquembbaum

Rudy

La Guerra de las Galaxias y su saga
de Georges Lukacs (Alegoría científica)

Alfredo Grande

El legado del psicoanálisis

Silvia Bleichmar

Los Autores

PRESENTACIÓN

Siempre es falso el futuro: tenemos demasiada influencia sobre él.

Elías Canetti

Hemos llegado al año 2050 y ediciones *Sueños de los androides con ovejas eléctricas* ha decidido publicar un libro que apareció en el 2007. El lector tendrá que acostumbrarse a un tipo de diseño, de letra y papel que ya hace mucho tiempo no se utiliza. Creemos que las dificultades que puede presentar su lectura se verán recompensadas con la posibilidad de comprender mejor los textos aquí reunidos.

Estos son 19 relatos publicados en la revista **Topía** entre abril de 1994 y abril de 2000. Recién en octubre de 2007 fueron compilados por su director el psicoanalista Enrique Carpintero. En esa edición hacía los siguientes agradecimientos:

“Agradezco a todos los autores que aceptaron participar de este juego: imaginar un relato sobre el futuro de un psicoanalista en una época que, para la mayoría de nosotros se encuentra muy lejana.

También agradezco a todos los que realizan la revista **Topía**:

A César Hazaki, Alejandro Vainer, Susana Toporosi, Susana Ragatke, Alicia Lipovetzky, Héctor Freire, Alfredo Caeiro, Carlos Barzani, Alejandro Maritano, Víctor Macri y Andrés Carpintero. A Mario Hernandez por su trabajo de corrección.”

En el primero de los artículos definía cual era la propuesta: “Un fantasma recorre el fin de siglo que atraviesa la occidental humanidad: el futuro. Quizás, nunca como hoy el futuro tuvo las características de la certeza de su incerteza. Si el futuro siempre fue impredecible, se lo trató de atrapar a través de diferentes saberes que hoy dan testimonios de interrogantes que reflejaban la época en que fueron escritos. Insistiendo en la tozuda capacidad del ser humano, en esta región del planeta de imaginar futuros posibles, iniciamos una nueva sección dentro de **Topía** revista que lleva por título ‘Un psicoanalista en el 2050’. Para

ello invitamos a desplegar la capacidad imaginativa de psicoanalistas y profesionales de otros campos del saber.”

Toda una intención para que el lector de esta edición pueda encontrar interrogantes de otra época histórica que también remiten a problemas de nuestra actualidad. Evidentemente en estos cincuenta años el mundo ha cambiado. La sensación de un futuro catastrófico, propio de finales del siglo XX y principios del nuestro, ha trocado en otras formas de subjetividad. Por ello estos relatos no son anticipatorios ya que hablan de las angustias, miedos y esperanzas de sus autores. Es que toda manifestación de subjetividad esta atravesada por los conflictos de su época. Freud extendía esta idea a toda creación artística al plantear que el autor expresa su problemática íntima desde las cuestiones de su tiempo.

La necesidad de publicar este libro forma parte de nuestro compromiso editorial con una perspectiva humanista y política en diferentes campos del saber. El psicoanálisis sigue siendo ese lugar de resistencia que nos permite encontrarnos con nosotros mismos en un mundo que ha ampliado sus fronteras al sentirnos habitantes del sistema solar. Los desarrollos científicos y tecnológicos han podido resolver problemas impensables hace cincuenta años. Sin embargo sus consecuencias han llevado a la necesidad de rescatar la importancia de la práctica del psicoanálisis. Recientemente el conocido psicoanalista Philip K. Dick comentaba: “Hoy la práctica del psicoanálisis ha cambiado radicalmente. El diván es una pieza de museo cuya foto muchos analistas tienen en sus computadoras. Los más jóvenes lo usan como ícono para enfrentar a los psicotecnodirigistas. No me imagino cómo sería recostarse en un diván para hablar durante varias horas a la semana. Sabemos que se ha dejado de usar hace mucho tiempo al encontrarse formas innovadoras no sólo en el campo individual sino en el social y político. Sin embargo para mí simboliza lo específico de nuestra práctica: rescatar ese espacio donde los conflictos del padecimiento subjetivo se resuelven en el encuentro con un otro humano. Ese encuentro entre paciente y terapeuta como se decía antiguamente.”

De allí la importancia de leer estos textos de una época que fue prefigurando la nuestra. Por ello nada mejor que recordar a las nuevas generaciones esta frase del escritor Víctor Hugo:

“El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad.”

*Enrique Carpintero**
Buenos Aires, 2050

* Nota de los editores.

Hemos decidido firmar esta presentación con el nombre del compilador.

PLATAFORMA ESPACIAL, FEBRERO DE 2044

JUAN CARLOS VOLNOVICH

Querido Enrique:

Me dio mucha alegría recibir tu invitación para que conmemoráramos el cincuentenario de aquella travesura de 1994 que tanto impacto causó. Bien lejos estábamos en aquel ¿lejano?, ¿cercano? 1994 de suponer que la nuestra iba a ser la primera generación de humanos que gracias a los aportes de la ciencia y la técnica viviría, dicen, hasta los 140-150 años. (Yo por mi parte me siento muy a gusto con mis 102 años y, mucho más, con el anuncio que aún me queda medio siglo por vivir. Mis tataranietas y tataranietos están recién ahora empezando a procrear y eso me llena de ilusiones y de la responsabilidad de hacer algo para que ellas y ellos se encuentren entre las y los beneficiados por la vida).

Por lo demás quien iba a decirnos, entonces, que el psicoanálisis, traspasando la barrera del sonido y del silencio, se difundiría de la manera avasallante como lo ha hecho en esta primera mitad del siglo XXI y, más aún, quién hubiera podido profetizar en aquellos grises años finemilenarios que **Topía Revista** (ahora a través del Modem) se convertiría -seguramente aquellos “inocentes” artículos sobre el analista del año 2050 no han sido ajenos a ello- en el medio de comunicación de mayor difusión en el globo.

Sí, mi querido Enrique, lo que más me asombra en estos tiempos es la vigencia del psicoanálisis aunque bien sabés cómo añoro aquellas épocas primeras en que la clínica (“la clínica”, le llamábamos entonces) nos imponía encuentros semanales -en ocasiones, varias veces por semana. Encuentros cuerpo a cuerpo con mis pacientes, con mi analista, presencias que tanto echo de menos y que han dejado lugar a estos mensajes de pantalla que si bien me acercan -si bien cumplen con la

misión de comunicarme, de comunicarnos- me separan de los otros a través de un muro tan transparente como infranqueable. Así, mi trabajo frente a la pantalla con imágenes, con discursos o con textos ocupa, ahora, el tiempo que antes dedicaba a sesiones psicoanalíticas en las que mis pacientes no se hacían notar en los monitores, sino que se recostaban en el diván. Ese diván que, hoy en día, sólo se encuentra en fotos antiguas, películas de época y, claro está, en el Museo Antropológico de Buenos Aires. Pero hay que resignarse: en estos tiempos donde el daño a la naturaleza es irreparable, donde ya hoy no hay árboles ni plantas, donde las reservas de agua están al límite del agotamiento e innumerables especies se han extinguido; en estos tiempos, te decía, la polución impide lisa y llanamente vivir en las ciudades, verdaderas megalópolis donde se contaminan las multitudes que nacen, se reproducen y mueren cada día; y nosotros, los privilegiados que sobrevivimos y vemos realizado el sueño de ver prolongada nuestra existencia, no tenemos más remedio que ubicarnos en esta Plataforma Espacial, espacio cósmico, utópico, atópico que torna literal esa metáfora que nos suponía a los psicoanalistas hablando por encima de todos, desde ningún lugar, ahora con nuestras maravillosas pantallas y nuestros inefables equipos de realidad virtual que solucionan todo.

Todo, o casi todo. Todo, menos el sentimiento de culpa producido por saber que, como siempre, vivimos gracias a que muchos mueren. Y son muchos los que mueren; pero son muchos más los que nacen. Por eso, nosotros, los de entonces, los que en la década del '90 éramos 5.500 millones, ya somos 12.000 millones en este globo a punto de estallar. Lo terrible es que si en 1994, cuando éramos 5.500 millones, 2 de cada 3 personas eran pobres de toda pobreza, ahora, al promediar el siglo XXI, lo son 9 de cada 10.

Lo terrible es que no veo la manera justa, equitativa, humana de arreglar este problema que más que una contradicción cuantitativa parece ser el límite de posibilidad de ser de la humanidad.

Con mucha vergüenza debo reconocer mi equivocación profunda al despreciar las afirmaciones que hiciera Malthus en 1798 (cuando recién nacía la demografía) acerca del desequilibrio existente entre la población y los recursos naturales que aseguraban la supervivencia de

la especie.

Durante todo el siglo XIX -y casi todo el siglo XX- nos pasamos denostando al pobre Malthus (para eso el marxismo ayudó bastante) convencidos de que no se trataba de un problema de recursos, sino que se trataba de una injusta -o equitativa- distribución de los recursos. Allí donde Malthus afirmaba que “el poder de la población es indefinidamente mayor que el poder de la tierra de producir subsistencia para el hombre” -y para eso apelaba a la sensatez de pensar que si la población de un país, Inglaterra para el caso, se duplicaba cada 25 años, nada hacía suponer que la producción de una granja pudiera duplicarse una y otra vez cada 25 años- nosotros, optimistas, decíamos que sí. Decíamos que la evolución de la ciencia, que las mejoras técnicas, que el progreso del saber nos permitirían alimentar a toda la población, liberar de enfermedades a los pueblos e inclusive -este tema tan caro a nuestro Freud- evitar la guerra. Y lo cierto es que durante un tiempo fue así. Las “gigantescas e inevitables hambrunas” pronosticadas por Malthus no pasaron de ser pequeñas e intrascendentes. Si bien esto se debió a la multitudinaria emigración desde los países metropolitanos hacia las colonias de la periferia, a las mejoras en la producción agrícola inglesa y sobre todo a eso que ha dado en llamarse la revolución industrial, que permitió sustituir las habilidades humanas por los aparatos mecánicos, -y a la fuerza animal y humana por la energía inanimada del vapor y la electricidad- la ausencia de esas “gigantescas e inevitables hambrunas” nos ayudó a reforzar las ilusiones basadas en que para nada importa el crecimiento de las poblaciones si existe un criterio de equidad y racional distribución. No quisimos ver -o no pudimos ver- lo que hoy padecemos y se torna insoslayable: la Tierra no puede alimentar a una población de 12.000 millones de habitantes que devoran sus recursos cada día al tiempo que las catástrofes medioambientales no hacen otra cosa que superar las peores profecías que anunciara a fines del milenio pasado el *Worldwatch Institute*. Y lo cierto es que nosotros, psicoanalistas, poco hemos hecho para ayudar a la humanidad a prepararse para esta contingencia. Tal vez aquellos reparos de nuestra disciplina frente a la prevención (porque, claro está, el inconciente no se previene) y una cierta sordera frente al concepto de anticipación que bien supo intro-

ducir Badiou en aquella época, impidió que entráramos en este siglo XXI un poco mejor preparados de lo que estábamos. Sumado a esto la eterna presencia de reparos psicoanalíticos ante la política -reforzada porque Lacan remitió a ella sólo para condenarla por estar siempre al servicio de la moral y del discurso del amo- impidió que el psicoanálisis trascendiera el lugar que siempre tuvo en la así llamada “Salud Mental” o en el espacio de la cultura donde reinó haciendo lo que abominaba: funcionar como una *Weltanschauung*.

Pienso, ahora, que aquella iniciativa tuya de 1994 -la de ponernos a pensar en el psicoanalista del año 2050- nada tenía de ciencia ficción ni de ensayo futuroológico tan propio, por otra parte, de los fines de siglo y, mucho más, de los fines de milenio. (Para el caso recuerdo la profusión bibliográfica con que se nos bombardeó en ese entonces: el memorable texto de Paul Kennedy *Hacia el siglo XXI*, el de Kenichi Ohmae, *The Borderless World*, la compilación de Adolfo Colombres sobre *América Latina: el desafío del tercer milenio* y el optimista de Ben Wattenberg: *The First Universal Nation*). Antes bien, aquella convocatoria tuya puso el dedo en la llaga desde que nos permitió tomar conciencia del punto ciego, del escotoma que padecíamos sin saberlo. Me refiero a la ausencia de una política psicoanalítica para el futuro que nos aguardaba. De una política que se desplegara más allá de las posiciones corporativistas y empresarias tan caras a las transnacionales que dominaban entonces el mercado: la I.P.A. y la E.O.L. Puso el dedo en otra llaga más: la que supuraba ante la certeza de que estábamos condenados a vivir en un siglo donde no había cabida para todos. Pero, con todo, no nos fue tan mal. Como te decía al principio, la vigencia del psicoanálisis un siglo y medio después de su nacimiento no hace otra cosa que demostrar cuán equivocados estaban aquellos que anunciaron, tantas veces, la inminencia de su muerte. No nos fue mal gracias a lo que los psicoanalistas hicimos y a pesar de lo que hicimos y hacemos. Y si no nos fue mal es porque el ser humano necesita tanto de la reflexión socrática, de los argumentos de la sofística como de la dramática trágica y del humor. Es ese lugar confidencial -para que el inconciente, que cada uno de nosotros es, se despliegue- el que garantiza el flujo analítico aunque sea a través de la pantalla. Pero no una pantalla que nos toma como objeto,

como Terminal de un Sistema Cerrado, sino aquella que nos sujeta. Esto es: aquella que nos reconoce -a través de lo que podemos reconocer- como infinitos sujetos múltiples, inconsistentes, irreductibles a una totalidad.

Comencé diciendo que me alegraba de mis 102 años y que esperaba ansioso las hijas y los hijos de mis tataranietas y tataranietos. No se te escapará que detrás de esto hay un tratado de psicoanálisis que espera ser escrito. Podríamos titularlo “La imposibilidad de matar al padre” o “Una espera interminable”. Y, en cuanto al Edipo, si el padre y la madre son necesarios en la neurosis -como bien criticaron Deleuze y Guattari- y los abuelos en la psicosis; ¿qué nos estará pasando con la vigencia, la cotidianeidad, la superposición de hijos con nietos, con bisnietos, con tataranietos?

Sí. Comencé escribiéndote acerca de la permanencia de la vida y del psicoanálisis. Eso me llevó a reflexionar sobre la muerte y la posible autodestrucción de la humanidad. Terminaré, ahora, escribiéndote sobre la finitud de las desgracias. Ya son muchos los intentos y muchas más las derrotas que nutren nuestra historia. El siglo XIX se encargó de destruir las ilusiones de igualdad, libertad y fraternidad que alimentó la Revolución Francesa. El siglo XX se encargó de destruir las ilusiones de paz y de justicia que inspiró el socialismo. Tal parece que este siglo XXI se encargará de demostrar que ni los prodigiosos adelantos de la técnica, ni el capitalismo tardío que comenzó a degradarse cuando las contradicciones intersistémicas (entre el capitalismo y el socialismo) dejaron paso a las contradicciones intrasistémicas en la solución para la supervivencia de la especie. Y yo confío en el deseo de perdurar y trascender.

Me despidó, entonces, con la esperanza de que, algún día, podamos recuperar el tiempo perdido y encontrar un lugar donde abrazarnos como solíamos hacer en el milenio pasado.

SE LOS LLAMA PSICOANALISTAS

RICARDO ESTACOLCHIC

Buenos Aires, 4 de abril de 2050

Querido Enrique:

Tú recordarás que ya en el Siglo XX era muy habitual el comentario acerca de cómo los escritores de literatura fantástica acertaban a veces, de cómo habían lanzado al mundo literario una predicción imaginativa y 50 ó 100 años después uno veía que la realidad tomaba forma similar a la predicción.

Pues bien, cuando éramos muy jovencitos (¡apenas 50 años!) leíamos a Asimov, un bioquímico que se dedicó a la fantaciencia. Yo quedé impactado por el título de una novelita de Asimov llamada “Los propios dioses”; la idea era que ni los propios dioses pueden contra la estupidez. Esta ha resultado la anticipación más rigurosamente exacta que conozco. Creo que lo recordé porque hoy apareció en la pantalla el anuncio de la inauguración de la “Videoteca del Bienestar”. Diez mil billones de microcasetes que te dicen con todo detalle cómo ser buen padre, madre, abuelo, tatarabuelo, etc., etc. Una industria floreciente. Pronto el edificio de 464 pisos quedará chico. Un distinguido grupo de psicomédicos, electroterapeutas, farmacoespecialistas y programadores generacionales especializados te dicen cómo debes actuar y pensar para ser, si quieres, el abuelito perfecto sin perder tu lozanía de *latin lover* y así sucesivamente. Las damas pueden informarse allí de cómo adecuarse debidamente a sus esculturales cuerpos de 104 años, tanto como a sus amiguitos de 22, y ser jóvenes, felices y sonrientes.

Preveo que el número de suicidios seguirá creciendo.

Habrás visto también el aumento exponencial de la cirugía cerebro-espiritual. Parece que ya está muy avanzado un pequeño dispositi-

vo electrónico que te implantan detrás de la oreja. Produce un bultito imperceptible y envía información a los centros cerebrales. Te normaliza completamente y evita conductas perniciosas. ¡Tendrás una buena pareja, por fin! Tú podrás seleccionar el tono humoral que te agrada. Por ahora el selector humoral posee solamente 3 tonos, pero estamos empezando apenas. Optas entre el Tono-mesurado-del-sabio, o el de Atropello-triunfante-americano-de-actitudes-positivas o el de Soñador-en-busca-de-emociones-nuevas-y-extraterrestres. Hay millones de personas en lista de espera a fin de ser provistas de su bultito retroauricular.

En materia de nuevas terapias alternativas me encanta el cine-sensible. Entras a un *film* donde interaccionas con gente linda y dichosa durante horas o días. Sales relajado, es una especie de baño-saunamental. Apenas produce un poco de adicción, pero sólo en la medida de tu propensión a pasarte la vida soñando pavadas. Este sí que va a ser un gran negocio, porque las máquinas de gozar ya están perdiendo vigencia, aunque apenas cinco años atrás fueron declaradas “la solución final”.

En medio de tanta euforia creativa y salutífera uno se pregunta nuevamente por qué razón el psicoanálisis, tan antiguo y pasado de moda, sigue vivo. ¿Por qué se nos consulta habiendo tantas cosas más “modernas”, “rápidas”, “eficaces”, etc.? Cuántos más certificados de defunción se otorgan, más vital lo hallamos. ¿Por qué? Apenas me lo imagino. Una respuesta posible es que en medio de tantos conocimientos predigeridos acerca de tantos sujetos, el psicoanalista, (quiero decir, el buen psicoanalista), es el único que ignora todo acerca de este tipo. No sabe de él nada que el otro no le haya dicho. Fijate que hoy día recibimos consultas de personas que han realizado cientos de intentos terapéuticos que les prometen todo y terminan en el viejo psicoanálisis que apenas promete poco, casi nada. Como la vida es ahora más larga, resulta posible llegar al psicoanalista algo más desengañado de paraísos, habiendo probado de todo un poco. Estamos muy bien.

Si me pongo ingenuo, digo: ¿qué alivio enorme, qué libertad haber encontrado un tipo, por lo menos uno, que no sepa nada de mí, puesto que los demás lo creen saber todo! Es posible que ese ignorante, el psicoanalista, me ayude a encontrar la dignidad perdida entre las pantallas sabihondas y los pantallazos de tantos sabios... ¿Quién soy yo? ¿Qué

quiero?

Tal vez eso que se me dijo que siempre que debía ser, no lo era de verdad, y ni siquiera me importe. Quizás valga la pena abrir una pregunta nueva sin contestación inmediata. He vivido entre la espada y la pared del temor y la esperanza, puede ser hora de avanzar, qué sé yo.

Si hago un esfuerzo de memoria, en medio de tanta avalancha informativa, ¿cuántas cosas fueron para mí verdaderas? No más de 4 ó 5. Puede ser llegado el momento de hablar con alguien no tan devoto de la información. Puede ser que valga más una pregunta verdadera que cien respuestas “actualizadas”.

He creído que en la pantalla estaba todo. Que detrás de la pantalla no había nada. O mejor dicho, si debo sincerarme, he pensado que si detrás de la pantalla no había nada, esa nada era el horror que debía evitar a toda costa. Podría ser que haya considerado mal las cosas. ¿No habrá llegado la hora de avanzar en ese espacio, de colonizar esa nada? Se me dijo siempre evitar los espacios posteriores a las pantallas.

Dicen que hay gente que no concuerda. Dicen que se los llama psicoanalistas.

Un abrazo.

HAY OTROS TIEMPOS, PERO ESTÁN EN ÉSTE

EDGARDO GILI

Marzo 13 de 2049.- Otro aniversario de mi última primera entrevista como terapeuta. Recuerdo la alegría que me atravesó cuando sentí que sintonizábamos, que estábamos listos para iniciar la aventura de construir ese espacio de exploración que (por pereza) seguíamos llamando psicoanálisis.

Abril 28 de 2049.- Reveo *films* de archivo; primer período del estereotipo psicoanalítico: paciente grave, nadie da en la tecla, aparición del detectivesco señor; descubre el lugar en que se oculta el trauma, clímax en el que se da piedra libre al asesino y se resuelve la enfermedad, abundante sudoración del paciente, serena mirada del señor del método, final con explicación de los últimos cabos sueltos. ¡Milagro! ¡Milagro! Me divertí mucho.

Junio 5 de 2049.- Continúo preparándome para aceptarlo. Me doy un plazo: si al finalizar este año no ha sucedido lo que tanto deseo, me rendiré. Es buena decisión que trasciende lo personal. No me alegra imaginar mi nombre en tal lugar histórico.

¿Habré agotado los recursos para impedirlo? ¿Qué más puedo hacer? ¿Salir a buscar un primer encuentro en Afuera?

Julio 20 de 2049.- Rumores de las últimas protestas masivas. No es posible saber con certeza qué ha sucedido: la Red no habla de estas cosas desde los años 30. Dicen que hubo otra mega automatanza. Esta vez en las cercanías de México, entre seguidores del Nuevo Culto Azteca (la noticia estuvo, como una alucinación, en un fugaz “contacto” de La AntiRed). ¿Con quién hablar de cosas así? El aislamiento de las personas sigue creciendo. Somos, en la práctica, miles de millones de desaparecidos. El Sistema tiene cada vez menos fallas en cuanto a sus obje-

vos. Lo que no está en La Red no existe. En La Red sólo hay felicidad. Hubo un tiempo, cuando aún hablábamos, en que se bromeaba sobre los Rostros de La Red: se decía que tenían prohibido el abandono de la Sonrisa (ahora no abandonan la Carcajada). La Red es maníaca y temo que quienes la vemos desde nuestros cubículos, aspiramos o aspiraremos a la manía como supremo ideal de perfección. La Red es casi nuestra única referencia. Pura soberbia suponer que es posible escapar individualmente de esta realidad o conservar sin apoyo de otros algún espíritu crítico (¡Ja!).

Agosto 29 del 2049.- Tres años de la última “sesión”, del último encuentro con Julio. Nos abrazamos y hasta mezclamos nuestras lágrimas entonces (ahora sé, *apres coup*, qué era lo que terminaba). Fuimos un poco más allá en nuestras propias aventuras personales llevados por ese vínculo que nunca dejaré de celebrar. Algún grado de libertad habremos ganado. Aquí rindo homenaje a lo que vivimos. Me pregunto si él seguirá militando en La AntiRed o si lo habrán localizado. Necesito imaginar que está ahí.

Octubre 2 del 2049.- Ayer me atreví: salí a caminar. Tuve la desagradable sensación de estar siendo personalmente vigilado; tal vez exagero y sólo fui puesto bajo observación por los controles automáticos debido a la rareza de mi comportamiento. Si bien no está prohibido andar por ahí, es inusual -dicen- que alguien lo haga. Estas, que alguna vez fueron las calles centrales y el núcleo nervioso de Buenos Aires, estaban desiertas. Un sol tibio luchaba por penetrar la densa capa sucia del cielo. Me crucé con enormes ratas varias veces. Volví a sentir perplejidad por la ausencia de los árboles. La neutra música ambiental me acompañó todo el tiempo. También el zumbido de un enjambre de microaerona- ves. Anduve en círculos unos tres kilómetros sin ver a nadie. Cuando decidí regresar me di cuenta de que estaba a sólo trescientos metros de mi block de viviendas. ¡Entonces la vi! ¡Una mujer! Estaba recostada contra una pila de chatarra, con aspecto agobiado y ausente; su cara una máscara triste. Me acerqué; pregunté si podía ayudarla. Se encogió de hombros, cosa que tomé como un intento de comunicación; me quedé a su lado, en silencio, sintiendo con agrado sus vibraciones, hasta que

decidió mirarme. Ojos sin luz, pero me miraba. Apoyado en mi famoso *timing* y brillante capacidad empática, sugerí, firme, que contara de su vida.

Algo debe haber fallado porque su máscara cambió de la tristeza al terror. Un terror que -como diagnosticué en el acto- no logró paralizar sus piernas porque huyó a gran velocidad; la sirena espontánea de alarma del Afuera reemplazó por un momento a la música; no pude hacer otra cosa que mirar su espalda cada vez más lejana.

Regresé. En La Red había un interesante documental sobre la evolución de las máquinas para la masturbación asistida. Me dormí tarde.

Diciembre 28 del 2049.- ¡La Red comunicó hoy que cinco “Unidades” han decidido comenzar un “psicoanálisis”! (Dentro de su lista de bromas por el Día de los Inocentes).

Diciembre 31 del 2049.- Brindo por este tiempo: el único.

Enero 15 del 2050.- Se cumplió el término. Dejo registrada para la posteridad (?) la muerte del último psicoanalista.

Larga vida al nuevo militante de La AntiRed.

VAIVÉN

LUIS HERRERA

A Paloma por su espíritu crítico

Sé que hoy puede ser la última oportunidad. No es ésta una reflexión fatalista sino una alusión al estado de las cosas: el que me indica que corro peligro.

Encontrarme en una situación así es absurdo y doloroso. Muchas veces pensé que ocurriría y me resistí apoyada en una incredulidad impenitente. Los pensamientos y las acciones personales, cuando se manifiestan en la adversidad, si ofrecen posiciones de seguridad y de confianza aunque perentorias, esquivan críticas que podrían modificar su historia y su devenir. Quizás por eso, en estos últimos treinta años de mi vida, no tengo en claro si gané en terquedad o en lucidez, en necedad o en clarividencia. De lo que estoy segura es de que gané una certeza: estoy sola. También es cierto que poco me han ayudado aquellos que actuaron a favor de los vientos que corren. No se muestran convencidos de sus bondades y sus beneficios y, menos convincentes a la hora de argumentar y explicar políticas de sujeción y desaliento, producciones áridas y genuflexas, éticas de conveniencias. Obtuvieron todo lo que se propusieron, o casi todo. En especial el botín máspreciado, y por ello el que fue tratado con mayor desdén: la cabeza de los que piensan.

Aquella mañana no era una mañana más para la doctora en psicología Victoria Labanca. Cumplía setenta y dos años de vida y cuarenta y ocho de graduada. Coincidencia que extendía sentidos y significaciones a la clase inaugural con la que abriría el vigésimo curso anual de su cátedra autónoma “Historia del psicoanálisis”. Ella era una *outsider*. Su espacio catedrático había ganado respeto y prestigio entre algunos grupos de estudiantes y en el campo intelectual de lo que quedaba de las ciencias sociales, merced al mantenimiento de posiciones críticas

respecto del poder oficial hegemónico. Por las mismas razones había sumado un número creciente de adversarios que fueron transformándose en enemigos, adquiriendo conductas violentas y de persecución ideológica: concretamente querían que la doctora Labanca abandonase la Universidad.

Releyendo textos psicoanalíticos del siglo pasado, textos poéticos y literarios, filosóficos y sociológicos en los que pensaba apoyar su exposición, el alba la había sorprendido insomne. Hubo tiempo de tomar un baño, desayunar, perfumarse, embellecerse. Era una mujer de tez trigueña, alta, de pelo lacio y oscuro y largo, de nariz incisiva y labios apretados. Tenía un porte altivo que los dolores vividos no habían doblegado. Su delgadez era engañosa: a ese cuerpo de apariencia frágil y endeble los años no habían podido quitarle decisión, sensibilidad, belleza. Tampoco le habían agregado reticencia y cobardía. Ella sabía de su seducción, de su voz sugestiva, de la imantación de su discurso frontal. La experiencia clínica, la dilatada docencia, las relaciones intelectuales e institucionales, habían curtido un temple y una experiencia de libertad de pensamiento ajenos a la época, los que le aseguraron un progresivo aislamiento. Tal actitud encontraba semejanza y sintonía con episodios remotos que alguna vez su padre le relatara, y que habían sucedido, hacía ya entre ochenta y noventa años.

Siento alegría en esta mañana. La vida es maravillosa, aunque el mundo sea escatológico. Si llegué hasta aquí es porque tuve una fuerza que me transportó hasta aquí. Hice lo que quería: aquello que consideré consustancial a mí, lo que me permitía reunir pensamiento y existencia, pasión y saber, amor y dolor. Por lo demás, no supe hacer otra cosa. El psicoanálisis no ha sido para mí una actividad científica, sino la oportunidad para que dos o más seres produjeran algo singular, único, irrepetible: una poética de la existencia; para que proliferara la diversidad; para que dos o más cabezas establecieran una continuidad de pensamiento que le arrancara al flujo incesante de la vida algo de permanencia. El pasaje por esa experiencia me permitió hacer cuerpo conmigo misma. El hacer pasar ese cuerpo por todas y cada una de las situaciones que viví, y constatar, luego, que me reunía idéntica y siempre diferente, me trajo alivio y serenidad. Por el camino de la alteridad supe de los otros y de

mí, pude ganar mi nombre, accedí a una posición ética. Todo lo demás fueron derrotas. Por eso, hoy, aunque resulte paradójico pensarlo, es un día fascinante: se renueva la lucha, se agitan las ideas, se imanta el espacio. La lucidez deviene inteligencia y ésta, erotismo.

Hizo una última lectura de la guía síntesis de la exposición, revisó sus papeles y acomodó las carpetas en el portafolio. Peinó su cabello, puso sombra a sus párpados y color a sus labios. Completó su vestido con el saco de lino preferido y un juego de collar y aros negros que su madre le había regalado, y que habían pertenecido a su bisabuela materna. Bajó al cuarto de estar de la casa y fue a pararse ante el espejo del hall de entrada. Sonrió a la figura reflejada, creyó ver algo en la mirada que miraba. Un torbellino de imágenes sustituyó a la imagen. Recordó una foto en la que estaba con su hermana en la 5ta. Avenida de Nueva York, cubriéndose de la nieve que caía con una sombrilla color lila, las dos reían felices. Sintió la soledad que siempre la había acompañado: la de Paul Nizán, aquel que supo decir ¡No! hasta el final. Repasó fugaz y agradecida la biblioteca de su casa de infancia; entonó, en silencio, *Wild horses* de los Rolling Stones, su música de adolescencia. La sorprendió el timbre, tres de sus discípulos venían a buscarla. Antes de salir se acomodó el saco y palpó la sobaquera derecha, allí latía la libertad agazapada. Recordó a Spinoza.

En el viaje le contaron que la Universidad estaba colmada. Y que los lugares cercanos al sitio desde el que expondría habían sido peleados palmo a palmo. Y que el clima era amenazador y que se tenían individualizados grupos de choque. El rector, una vez más, había decidido no asistir, y también se había desentendido de la seguridad del edificio. A sus invitados se les había impedido el ingreso. Es decir, pensó, nada nuevo; todo esperable y previsible.

El sitio al que arriba es el mejor que pude construir: el que no tiene localización geográfica.

La Universidad era un caos. Gente que pugnaba por entrar. Gente que no quería resignar posiciones. Gritos, forcejeos, silbidos. Un grupo de discípulos se sumó a los que la habían acompañado. Organizaron una suerte de formación en cuña para protegerla y así poder ingresar al edifi-

cio. A medida que se acercaban al aula arreciaban las frases irónicas y los insultos, que eran contrarrestadas por palabras de aliento y aplausos. El aula estaba colmada. A duras penas se acercó hasta el escritorio y logró subir al estrado. Cuando por fin pudo ubicarse de cara al auditorio, arreciaba el tumulto. El griterío era infernal. No se distinguía nada de lo que se vociferaba. Erguida, serena, barrió las cabezas apiñadas deteniéndose en rostros conocidos. Como si fueran sólo dos grandes ojos todos los que la miraban, mantuvo su mirada hasta que el silencio, como un grueso manto aterciopelado, cayó sobre el volumen de voces hasta extenuarlo.

Somos pocos. Somos menos. Somos testigos que casi nadie valora. Fuimos leales a nuestras ideas y apasionados para vivirlas y ofrecerlas. No me llevo nada. Sé donde está cada cosa. Cada uno tiene su tiempo. Vivir es fantástico, fabuloso.

Cuando ya nada se escuchaba dio un paso hacia adelante y dijo: Pienso. Y sonó el primer tiro. Alcanzó a cubrirse detrás del escritorio y la tarima. Arrodillada en la breve penumbra buscó con la mano izquierda en la oscuridad de la axila opuesta. Con un movimiento pausado y preciso trajo hacia la luz el vaivén corto, agudo y filoso, que brillaba, brillaba.

CONSIDERACIONES INACTUALES

ROBERTO HARARI

“Ayer sólo acabará mañana,
y mañana ha comenzado hace diez mil años”.

W. Faulkner, *El intruso*.

El *bip* en el audífono subcutáneo me distrajo por un instante, el suficiente como para dejar escapar algunas de las palabras mediante las cuales el colega de Beijing brindaba su parecer acerca de uno de mis casos. Había acudido al mismo porque, dada la cultura milenaria donde ejercía su práctica, presupuse en él una sensibilidad y una sagacidad capaces de dilucidar los entresijos de una patología con la que yo ya no estaba acostumbrado a lidiar: le decían, años ha, neurosis obsesiva. La intuición fue bastante certera, pues el colega -a quien comprendía perfectamente, pues había colocado ‘español’ en la función traducción simultánea de la pantalla mural interoceánica- me explicaba cuestiones referentes a ritos, compulsiones, deudas impagas con el padre, dudas y cavilaciones, todo lo cual no dejaba de sorprenderme, vista la inactua- lidad de esos temas que, lo recuerdo, tenían que ver con la patología vigente en la época de Freud (tal como me lo recordó el programa Juno, de mi minicomputadora de bolsillo, acápiteme Roazen).

¡El *bip*! Le pedí a Tai-Chan unos instantes de espera, puesto que la clave de mi audífono la tenían unas pocas personas, quienes -así lo acordamos- habrían de usarla solamente ante situaciones especiales, cuando no límites. Al atender -bastó, para eso, una presión leve en el lóbulo de mi oreja derecha- escuché la voz desesperada y clamorosa de mi analizante Rodion. ¿Qué le había sucedido? Cuando iba hacia su casa desde mi consultorio se dio cuenta, a mitad de camino, que había olvidado el Otro cohete retropropulsor -del tipo de los descartables- en la sala de espera: un cabal acto fallido, de esos que pueden ser fatales. Por suerte, tan sólo estaba volando a la altura de Río Tercero,

en Córdoba, y el cohete restante, bien afirmado a su espalda, contaba con la suficiente energía como para poder retornar a mi casa, tomar el cohete olvidado, y comprarse otro en Buenos Aires. Hasta allí, no habría inconvenientes; sin embargo, la cuestión por la que me llamó apuntaba a saber si yo no cerraría mi ventana blindada -vivo en el piso 182- porque ya era noche cerrada. Sí, créase o no: aunque la clave para entrar por mi ventana la tienen también unos pocos, los delincuentes modernos consiguen violar tales claves mediante el uso de un desconocido código especial, diseñado, claro está, por hábiles *hackers*. Por eso el blindaje de mi ventana, que ha sido seguro hasta ahora.

¡Vaya dilema! En pocos segundos debía decidir una cuestión crucial: en efecto, ¿atendía la demanda imperativa de Rodion -típica patología del impulso, de la velocidad, de la no demora, y de la intrusión-, o me negaba, obligándolo a pernoctar en Río Tercero, donde aún no se conseguían esos cohetes? ¡Río Tercero! ¿No había acaso comenzado allí, hoy mismo, el Congreso Internacional Jupiteriano? Entonces, las dificultades de alojamiento serían mayúsculas. ¡Pero este Rodion! ¡Una vez más, su acto fallido rozaba los confines de un reivindicativo *acting-out*, poniéndome ante una disyuntiva de hierro donde, escoja lo que escogiese, siempre he de terminar perdiendo!

-¡Doctor, ¿sigue ahí?!- me increpó, ante la vacilación no calculada de mi neutralidad analítica.

- Sí, sí- articulé sin mucha convicción. ¿Qué le respondería? ¡Oh, el embretante lenguaje de acción, como decía el venerable psicoanálisis argentino oficial del siglo pasado!

- Bueno ¿me deja abierta la ventana, entonces?- agregó, con su imperatividad habitual.

- Sí, claro- dije, sumido en una resignación y una impotencia no carentes de fastidio.

Es que ¿había cedido en mi deseo de analista ante su demanda arrasadora, apocalíptica, seudoterminal? ¿Qué distinto era años atrás, cuando la gente se desplazaba tan sólo mediante los automóviles y otros transportes a rueda! Claro: se debía transitar -aún algunos lo hacen- por sendas ya trazadas -las calles-, aceptando las reglas de tránsito y deteniendo periódicamente la marcha para dar paso a otros vehículos.

¿Sería eso más Simbólico, más presencia/ausencia, más castración? En cambio, la apertura -implicada por el vuelo individual- a una especie de vacío infinito, al cielo sin límites ni contornos, ¿indicaría la prevalencia, el peso, de un Real inabarcable, fogonero del fantasma de omnipotencia y, por lo tanto, del renacer religioso?

La mirada inquisidora mas cálida de Tai-Chan impuso un alto a mis lucubraciones: ¿no seguiríamos, entonces, con el intercontrol consultivo respecto de mi caso, revelador, al parecer, de una patología inactual? ¡Claro que sí! A tal fin, coloqué el dispositivo almacenador de sus sueños ante la mirada virtual del colega chino. Al irse desplegando aquéllos en la pantalla, éste comprobó, con asombro, que muchos de los sueños de mi analizante prácticamente doblaban el texto de ciertos mitos colectivos de su país. Pero ¿no es que la patología depende de la cultura? ¿Qué implica, si no, el apotegma axiomático “cultura y subjetividad”, que nunca dejó de tener reverberaciones “karenhorneyanas”? ¿Qué tiene que ver un chino con un argentino en general, y en el 2050, en particular? ¿Podríamos pensar en una perdurabilidad de las estructuras -entendidas como modalidades por cuyo través la existencia se las ve con la castración-, más allá de las mudanzas coyunturales? ¡Pero Rodion! ¿Cómo pueden coexistir, en la misma cultura, un Rodion y un atribulado Juancito (tal, el apelativo del presunto obsesivo)?

El penetrante timbrazo cortó abruptamente mi sueño: sí, es la breve “siestita sillonerá” que, cada día y a esa hora, me da fuerzas para continuar con la atención de mi consultorio psicoanalítico. Caminé hacia la puerta, la abrí, y lo saludé, como siempre desde el 2045, estrechándole la mano:

- ¿Qué tal, Rodion?

SALTO DE AGUA

SILVIA YANKELEVICH

El hombre, al parecer, había subido por la escalera hasta el *loft* semi-vacío y algo deteriorado, donde lo esperaban.

-¡Bienvenido!-, dijo ella. Gracias por venir a escucharme. Las calles... (¿hay calles todavía?), se han vuelto tan confusas en los últimos meses... ¿Cómo habría podido yo encontrar la dirección de su consultorio?

Es posible que él se haya sentado en el piso y solicitado algo.

-No, no, discúlpeme-, dijo ella. No me pida que levante la voz. Mi voz anda siempre al ras del suelo. Haga un esfuerzo, tal vez perciba una palabra, una frase completa. ¡Ay! ¡Todo esto es tan penoso!

El debe haber insistido en su reclamo.

-Le ruego -continuó ella- que se acerque. Si usted coloca su oreja encima de mis labios, algo percibirá. ¡Está usted tan lejos! Pero por lejos que uno esté, siempre se puede entender algo. Oiga bien... Magdalena. Es mi nombre. ¡Consuélese!, piense: aunque yo tomara desde el suelo mi voz y la elevase hasta el punto que usted (y aun sus colegas) podrían exclamar “¡qué voz tan clara, qué perfectamente audible!”, incluso en este caso, ¿qué ventaja tendría? ¿Sería menos ardua su tarea? ¡Develarme ante todos! Ante mí misma, especialmente, y no sólo ante aquellos funcionarios que le ordenaron venir a examinarme.

Tal vez el hombre haya asentido levemente o haya protestado. Quizás dijo: “usted misma concertó esta cita”. ¿Quién sabe? Pero lo cierto es que Magdalena continuó:

-No es mi voz la necesaria sino la suya.

Esta vez el hombre habría permanecido callado.

-¡Soy tan débil!- susurró la débil voz. No es raro que esté tan enferma. Observe, solamente, cómo vivo. No tengo casa propia. Este edificio no es mío. No vale la pena que usted se detenga a pensar “¡qué hermosos edificio éste, el de Magdalena, todo para ella sola!”. No es

mío. ¿Cómo podría yo haber comprado un edificio como éste?, tan imponente. Enorme. ¡Escuche! ¿No lo impresiona que haya tanto ruido en una ciudad casi abandonada (abandonada, tal vez)? No es ruido sino eco, ruidos multiplicados. Si lo piensa así, usted valorará, sin duda, que mi voz no quiera desapegarse.

Es posible que él le haya preguntado a Magdalena desde cuándo ocupaba la casa, porque ella, con su vocecita truncada, le comentó algo acerca de su escasa memoria y que no recordaba haber vivido en otra parte.

-Licenciado -dijo, solemne hasta donde podía serlo alguien casi inaudible- en un tiempo salía de esta casa. Caminaba. Si alguna vez me cruzaba con alguien, me quitaba el sombrero para saludarlo o agitaba mi pañuelo, si estaba un poco lejos... Después abandoné esta costumbre.

Magdalena hizo una pausa, en la cual, es posible, él le habrá preguntado las razones.

-Usted sabe: quedaba poca gente en la ciudad. ¿Usted vio la crecida del río? ¿Vio a mucha gente muerta por la peste? Me asustó que fuese tan escasa, la humanidad, quiero decir. Fue por eso que se me ocurrió darme citas a mí misma. ¡Pero no era siempre yo quien se presentaba! O quizás sí... ¡Créame, doctor, encontrarse consigo mismo a cada rato es tarea agotadora! Imprudente, temeraria.

El hombre debía estar un poco fatigado, a causa de su incómoda posición y del esfuerzo de su oído.

-Le decía que, a veces, creía que yo (la citada) no era la persona que acudía a la cita. Ahora, por ejemplo, no estoy segura de que usted sea usted. Podría tratarse de una parte de mí (la citada) que yo (la citante) no puedo reconocer. ¿Cómo podría yo saber si usted es usted y no yo? Si hubiera querido, en otra época, podría haber andado de aquí para allá escuchando (si es que usted escucha) los lamentos de los que nos quedamos o de los que no pudieron irse. ¿Cómo sé que no soy sólo yo, Magdalena?

Algo debe haber dicho, el hombre, algo capaz de hacer que Magdalena le hablase como si creyera posible que él fuese realmente otra persona.

-Desde que me di cuenta a qué peligros me exponía, dejé de hablar y -casi- de moverme. Por eso usted me ve tan deteriorada y enferma. Permaneciendo quieta y en silencio, nada queda en la memoria. Ya ni sueño.

Otra vez debe haberse quejado el hombre.

-¡Le pido mil disculpas! -susurró ella-, si usted no se moviese, no tosiera, si ni siquiera respirase, podría escuchar mejor. Se puede. Cierre los ojos y piense: “esta voz, la de Magdalena, no es nada más que una de mis voces”. No se duerma, quédese en equilibrio entre la vigilia y el sueño, un poquito más hacia este lado. Así, muy bien. Esfuércese, usted es el experto en poner puentes en las voces que fallan. Piense: ¿qué les dirá a quienes lo enviaron? “No hace falta internar a Magdalena... Buenos Aires es su celda hospitalaria”. Tendría razón, si lo hiciera. No hay diferencias, entre afuera y adentro. Lo dice alguien que sabe.

El hombre, ¿habrá asentido?

-¿Cómo soportó usted el éxodo de los otros? ¿Por qué aceptó trabajar en la frontera? ¿No siente deseos de escapar? Antes de la llovizna rojiza y la melancolía, hasta me gustaba bailar. De veras. Corría por las calles dejando marcas en las paredes (cuando había) para no pasar por los mismos lugares. Ahora ya no salgo. Por suerte, nunca tengo hambre ni sed. Eso me hace más fáciles las cosas.

Él debe haberle preguntado si recordaba cuánto tiempo llevaba en el encierro.

-No sé -contestó ella-, ¿cómo podría yo medir el tiempo? Sin memoria, sin relojes... Contaría las veces que almuerzo, las veces que el aire sale por mi nariz, mis lágrimas... Desde la explosión y el gran salto de agua ya no hay noche ni día. O es demasiado temprano o anochece. No se asuste de lo que voy a contarle: sé que está prohibido retirarse sin autorización. Sin embargo una vez, hace mucho, llegué hasta la orilla. ¿No me cree? ¿Hasta habría podido escaparme en un barco! Pero ahora ya no tengo ganas... ¿usted sí? ¿Usted desea vivir con los poderosos, lejos, en la parte sana del mundo? Una vez soñé con ese lugar ¿o lo recordé? Un día luminoso, gente vestida de blanco y verde. Había cosas que no sabía cómo nombrar.

Él habrá dicho algo.

-Sí, mentí un poco. Tengo algunos sueños y memorias. Pero no creo en su existencia. Ni en la suya. Usted será un recuerdo que me cayó encima, una fantasía, como la explosión, el río y los barcos, como la nítida separación del día y la noche, como los funcionarios vestidos de blanco y verde en otro mundo de cosas innombrables.

Magdalena se acurrucó sobre sí misma. Quizás estuvieron, en ese momento, frente a frente:

-Usted no es el primero, no es el único. Les dice: ahí está ese pobre ser, la Magdalena, vayan a comprobar si es posible que la rescatemos. Y viene uno detrás de otro y así me obligan a alimentar mi memoria con sus caras. ¡Y yo he luchado tanto por vaciarme de sueños y recuerdos!

Es probable que el hombre haya tomado entonces a Magdalena en sus brazos, que la haya rescatado de la ciudad ruinoso, que la haya llevado más allá del límite de Buenos Aires rota y vaciada. El hombre, con su saco verde y su polera blanca.

O quizás haya anotado en su libreta: “no se entrevistó sobreviviente digno de rescate”, para luego guardarla en su bolsillo gris o amarronado.

Tal vez -como creía Magdalena- nunca hubo tal hombre y sólo habló ella consigo.

O -siempre hay una alternativa peor- Magdalena convenció al hombre de reducirse a ser una parte de ella y desaparecer en su memoria infinita.

¿Cómo saberlo?

LA ILUSIÓN DE UN PORVENIR O, MÁS EXPLICITAMENTE, LA VANA ILUSIÓN DE UN PORVENIR VENTUROSO

MAURICIO ABADI

Carta a Mauricio Abadi

Jardín de Paz / Km. 32.5 de la Ruta Panamericana

Florencia, 23-5-2067, *maggio musicale fiorentino*.

Querido bisabuelo:

Te ha de parecer absurdo que, a los 40 años de haber pasado vos a mejor vida (¿será realmente mejor?), yo te escriba estas líneas que quizás nunca puedas leer. Ocurre que, al igual que vos, sé muy bien que no escribo para que otro me lea, sino para leerme a mí mismo. Para ordenar mis ideas, necesito la ficción de un “alguien” a quien (en realidad, contra quién) hablar y polemizar. ¿Y cuál mejor interlocutor que vos, cuyo inevitable silencio puedo interpretar a mi antojo como un complacido consentimiento? No podría elegir mejor destinatario que el bisabuelo a quien nunca conocí, por lo menos en su condición de persona de carne y hueso (y ahora, gracias a la impiadosa voracidad de los gusanos, probablemente más hueso que otra cosa). ¿Quién -me pregunto- más comprensivo destinatario que el antepasado que tanto admiré, por aquella implacable y nunca suficientemente valorada tarea de desacralización que lo acercó peligrosamente a una suerte de excomunión por parte de sus pares?

Quiero contarte algo acerca de la evolución, con suerte varia, de ese psicoanálisis que, de alguna manera, pasó a ser la columna vertebral de tu vida.

Le roi est mort, vive le roi! ¡Aquel psicoanálisis ha muerto, viva el

psicoanálisis! El aislamiento de las personas sigue creciendo. Somos, en la práctica, miles de millones de desaparecidos. El Sistema tiene cada vez menos fallas en cuanto a sus objetivos. Lo que no está en La Red no existe. En la Red sólo hay felicidad. Hubo un tiempo, cuando aún hablábamos, en que se bromeaba sobre los Rostros de La Red: se decía que tenían prohibido el abandono de la Sonrisa (ahora no abandonan la Carcajada). La Red es maníaca y temo que quienes la vemos desde nuestros cubículos, aspiramos o aspiraremos a la manía como supremo ideal de perfección. La Red es casi nuestra única referencia. Pura soberbia suponer que es posible escapar individualmente de esta realidad o conservar sin apoyo de otros algún espíritu crítico (¡Ja!).

No te hablaré del que ha muerto. Lo conoces de sobra. Con reconocerle sus indudables méritos y con extenderle un respetuoso certificado de defunción es suficiente. ¿Cuáles méritos le reconocemos desde nuestra perspectiva de hoy?

Pues, principalmente haber subvertido una escala de valores centrada en la ilusión de que aquello que no está a la vista “no es”. (Parménides *dixit*) “Eso” es, “eso” existe, mal que nos pese.

Además el mérito de haber descubierto que “uno mismo” no es uno, sino dos, tres, cuatro, etc., que se pelean entre sí. Vale decir el descubrimiento del continente inexplorado del Inconsciente, que sirvió para sacarnos de la perplejidad en que nos sumían las contradicciones de nuestro comportamiento. ¡Y no hablo solamente de la conducta patológica! Aún cuando -hagámosle justicia a los primeros homínidos- esta pluralidad de las partes que nos constituyen fuera de alguna manera una intuición que el “*homo sapiens*” tuvo desde el vamos.

Lo que en cambio resultó ser una realidad desconocida fue el escalofriante descubrimiento del “otro” en uno mismo: la noción y el sentimiento de identidad subvertidos y casi descalificados por una inesperada alteridad. De ahí a descubrir que la identidad nace de la noción de alteridad, no hay más que un paso. Aún ahora no deja de darme vértigo pensar que “yo” soy “otro”.

Pero, puesto que hablamos de los méritos, querido antepasado, no está demás apuntar, sin ánimo de ofender a nadie, algunos... errores, por lo menos para nuestro punto de vista actual. Mencionaré especial-

mente la convicción de que toda “casualidad” es latentemente “causalidad”. ¿Qué pudo haberlos llevado a ustedes, psicoanalistas de la última década del siglo pasado a aseverar con tan fanática convicción una postulación tan dogmática? ¿Fue acaso el entusiasmo del científico que tiende a generalizar el descubrimiento que halaga su narcisismo? ¿O sea el descubrimiento que es posible en muchos casos detectar que, detrás de lo aparentemente insignificante, vive y palpita un sentido? ¿O fue más bien un exceso del vicio racionalista de Freud y secuaces, que no pudieron menos que lanzarse, cual Quijote contra los molinos de viento, contra esa intolerable afrenta a la Diosa Razón, contra el “sin sentido” que nos habita? ¿O fue simplemente la osada negación del carácter caótico del universo humano, condición demasiado angustiante como para aceptarla sin aquel pataleo que agita defensivamente “causalidad” y “significación”?

Con todo, querido bisabuelo, no dejamos de reconocer, con asombro, admiración y también con simpatía esa epopeya del intelecto que Freud y discípulos protagonizaron. (Pienso a veces que por excesivamente desacralizador y levemente iconoclasta preferiste el rol del escéptico. *Sorry*, si es así, ¡te lo perdiste! A veces es bueno entusiasmarse aún desechando las más legítimas dudas. Como hacen los enamorados).

Y ya que de errores hablamos, no está de más considerar, si bien con cierta indulgencia, el acento hipertrófico puesto en la “interpretación”, como supuesta varita mágica de la cura, y la atención un tanto distraída puesta en la verdadera clave de toda terapia, vale decir la “elaboración”. Esto en lo que hace al psicoanálisis, de cuyas cenizas surgieron los innumerables otros “psicoanálisis” hasta llegar al actual. Este valedero tan sólo hoy y por unas pocas horas, de eso somos plenamente conscientes, y destinado (¡ojo! no dije condenado) a ser pronto desplazado. De este otro psicoanálisis, recién estrenado, del vigente y (sólo actualmente, no me hago ilusiones) valedero, te puedo, a grandes rasgos, señalar tres cosas.

Primero, es mucho menos esclavo de supersticiones de técnica y por lo tanto menos trabado, más suelto y como si fuera más espontáneo. No quiere esto decir que carezca de pautas metodológicas adecuadas a cada caso y situación. ¡Todo lo contrario! Hay tantas técnicas como

psicoanalizados. Esto me lleva a hablarte del segundo aspecto.

Hemos comprendido, y se ha hecho carne en nosotros, que la esencia del psicoanálisis es el diálogo concreto y libre alrededor de una situación absolutamente “singular”. La tarea del psicoanalista no puede ser acotada por reglas generales y de validez universal. Existe -eso sí- un conjunto no siempre ordenado de leyes, hipótesis y teorizaciones derivadas de la *praxis* psicoanalítica que constituyen el contenido de una disciplina científica. Esta ciencia que, como toda ciencia está siempre *in statu nascendi*, no es el psicoanálisis propiamente dicho, sino un *corpus* de conocimientos de la psicología y psicopatología humana, estructurado a partir de la empiria y de la práctica psicoterápica.

El tercer aspecto tiene que ver con que se ha incrementado considerablemente la conciencia de nuestra ignorancia, de la imprevisibilidad de los desenlaces eventuales y la comprensión, por fin, no sólo de que vivimos debajo de un gran signo de interrogación, sino que toda respuesta apresurada es simplemente el fruto de una angustia por no soportar el vacío de un “no sé”. La compulsión a dar una respuesta, no importa si verdadera y valedera, con tal de que llene un insoportable vacío, ha llevado a los psicoanalistas de tu generación a frecuentar a un insoportable *travesti*: la religiosidad mal disimulada bajo una indumentaria científicista. ¡Vaya paradoja!

El progreso, nuestro progreso, consistió básicamente no en un saber más, sino en saber menos cosas, si bien con mayor certeza y -lo que es más importante- con la socrática conciencia de la pobreza de nuestro saber. El desaprendizaje de lo que creíamos saber ha sido difícil y penoso, casi tanto como reconocer y aceptar la pérdida de una supuesta omnipotencia, pero el despojamiento de la panoplia y demás parafernalias de la armadura teórica con que nos movíamos torpemente ha sido, a la postre, altamente beneficioso. Finalmente -quizás rescatando una frase de Freud en una carta a Carl Gustav Jung- hemos concientizado que toda terapia es como el amor entre dos personas. Único, irrepetible e intransferible. Pura invención e improvisación en el mejor sentido de la palabra. Aventura, creatividad y... riesgo. Algo, si se quiere, más próximo al arte que a la ciencia. En síntesis, no hay guión preprogramado, sólo una apetencia de un entendimiento y de una convivencia

feliz, serena, lúcida.

En el medio del caos que es la existencia humana, irremediabilmente, nosotros, los psicoanalistas de esta segunda mitad del siglo XXI, procedemos improvisando sobre la marcha, conscientes de nuestra ignorancia y de la fragilidad y falibilidad de un instrumento que hemos dejado de idealizar. En el caos de toda relación humana hemos introducido la práctica de un diálogo expuesto a los imprevisibles avatares de toda relación con sus encuentros, desencuentros y encontronazos.

Espero muy de veras que no te sientas traicionado por lo que hemos hecho de aquella preciosa herencia que nos legaste. Pero... ya sabes... "*amicus Plato, sed magis amica veritas*".

Si no te parece mal, me despido de vos con la fórmula habitual -¿te acordás?- del final de cada sesión: "seguimos la vez que viene" (Sin fecha para esa próxima cita. Dice *La Biblia*: el hombre no conoce su hora).

Cordialmente
Bertrand Abadi

(Como ves, mi padre prefirió llamarme Bertrand -en homenaje a Lord Russell, antes que Mauricio o Sigmund).

NO PUEDO ESCUCHAR A NADIE QUE NO PUEDA OLER

MARTÍN AGREST

El año pasado se cumplieron 60 años desde que me recibiera de psicólogo. Aún quedan algunos de mis compañeros de estudios y de aquellas primeras armas en “el psiquiátrico”. Cuando nos encontramos recordamos, allí donde se termina nuestra memoria, el final de una época en que casi no había psicólogo que no quisiese ser “analista”. Luego, para los terapeutas, vino la era del psicofármaco y más tarde también los tratamientos bajo realidad virtual. Eran épocas en que se buscaba acortar los tiempos de los tratamientos ya que los interesados habían dejado de pagar por ellos y sólo cabía que otros los solventasen. Las sesiones se hicieron tan cortas y siguiendo tantos protocolos y guías prácticas anti-juicios que la vieja función de escuchar al otro se fue perdiendo. Muchos analistas pasaron a cumplir el rol que en otro tiempo tenían los filósofos; amaban su saber y su teoría cada vez menos comprensible por fuera de los distintos gheto en los que se fueron recluyendo. Hace años que nadie de un gheto lee lo que escribe alguien del grupo vecino. Algunos practicaban en secreto todo lo contrario de lo que su bella teoría predicaba (cosa que hace años que se rumorea que sucede y ni siquiera la era de la video-cámara digital pudo cambiar).

Ya hace más de una década que la psicoterapia quedó por fuera de las prestaciones de salud “necesarias” junto con algunas intervenciones estéticas de larga duración (que para algunos casos mostraron ventajas sobre las viejas cirugías estéticas con bisturí). Las enfermedades cerebrales (ya que los padecimientos psíquicos dejaron de tener circulación académica cuando no hubo medicamento que los corrigiese) fueron tabuladas junto con el cerebrofármaco que había sido usado para tratarlas y les había dado su nuevo nombre. Antiguos términos como

los de histeria o psicosis ya habían desaparecido pero entonces, y de eso hace una década, sólo los historiadores y los pocos psicoanalistas de la vieja guardia los recordaban.

Habiendo descartado la ilusión de controlar el medio en que crecían los futuros enfermos cerebro-mentales (un porcentaje de la población que la industria farmacéutica y los seguros de salud tironeaban hacia un lado y hacia otro, unos decían que representaban el 60% de la población y los otros que sólo un 30%), en los últimos años el esfuerzo se centró en tratar el genoma humano (ya estudiado varias décadas atrás pero recién ahora pasando a corregirlo).

Sin embargo, algunos gerontes y descendientes de psicoanalistas de antaño siguieron encontrando la necesidad de un par de oídos que les permitiesen hablar. Al fin y al cabo, tantas interpretaciones ingeniosas solamente conducían a alentar al otro a hablar más y más de lo que lo aquejaba. Ni la reducción de todo el asunto a una cuestión del “pecho bueno-malo” ni los “juegos de palabras” sobrevivieron, pero la escucha atenta sí lo hizo. Y un puñado siguió buscándola.

Hoy pocos quieren ser analistas (tal vez tantos como hace 200 años querían ser curas) y sólo pequeñas empresas privadas lo enseñan como rama de la Neurofilosofía. Otros, derivados de los psicoanalistas que tenían el nombre de grupalistas y psicólogos comunitarios, se unieron con algunos de los que antes eran sociólogos, trabajadores sociales y terapeutas ocupacionales. Para ellos el psicoanálisis pasó a ser una lectura apasionante (como un *hobby*) y en su práctica se parecieron cada vez más a los tradicionales misioneros de la Iglesia Católica.

La Facultad de Psicología, fábrica de psicoanalistas por décadas, ya no existe (y la de Medicina está próxima a desaparecer). Los psicólogos, como antes se los llamaba, dejaron de recibirse hace 35 años. Existen los terapeutas cerebro-mentales pero poco tienen en común con lo que los psicólogos estudiaban. Ahora aprenden genética, biología, neurociencias, cerebrofármacos y, sólo como parte de la historia de su práctica, psicología y psicoanálisis. Las especialidades de antes, las áreas en las que luego los estudiantes se desempeñarían, fueron disolviendo casas de estudio y agrupando materias que sé que 50 años atrás nadie imaginaba. La inclusión que durante años, allá por los 90, los psicólogos tuvieron

en las escuelas o las empresas, dio lugar a dos centros de estudio absolutamente separados y nada tuvieron ya en común con los terapeutas cerebro-mentales.

No creo llegar a darme cuenta qué pasará dentro de 50 años, en el 2100, pero calculo que algunos analistas aún sobrevivirán con su trabajo, pero dudo que puedan seguir resistiéndose al uso de los aparatos tan corrientes que hoy se usan para simular la presencia de dos personas distantes entre sí como si estuviesen en un mismo lugar. Es que cada día la gente se traslada menos, como decíamos en los viejos tiempos, en la *realidad*. La imagen, el sonido y el tacto son simulados sin problema pero, tal vez yo sea de una escuela perimida hace demasiado tiempo, no puedo escuchar a nadie que no pueda oler. ¿Cómo harán si ni siquiera eso les queda en el futuro?

CRÓNICAS DE LA MEMORIA COLECTIVA

MÓNICA ARREDONDO

*“Pertenezco a un tiempo en que no se soñará más pues el hombre se
habrá convertido en un sueño”*

Joe Bousquet

¿Buenos Aires 2050...? Ya no recuerdo bien la fecha en que vivo, ni hace cuanto sucedió lo que sucedió, ni el cómo. El tiempo se ha eternizado.

Un recorte amarillento de periódico, de los tantos que solía guardar, atrae mi atención... “Comienzan los experimentos con la bomba; la han bautizado Malvinas”. Veo mi letra pequeña en un costado del diario superponiéndose a la información: **A la opción paranoica del enemigo afuera se le opone una esquizofrenia social donde cada uno se salva como puede. El acto analítico apunta al reconocimiento de una subjetividad deseante en el llamado que nos dirige el padecimiento de un semejante. Ese padecimiento está regido por denominadores comunes: desamparo, soledad y violencia. Recuperar el valor de la palabra...** Las letras están borradas, desaparecen; esa vieja costumbre mía de escribir a mano, en cambio la información periodística sobrevive inalterable... La bomba arrasa con todo aquello vivo que encuentra a su paso, dejando higiénicamente en pie a todos los objetos ya vacíos para siempre de humanidad...

Otro recorte me instala definitivamente en la realidad y en un pasado reciente... “Los científicos sociales colaboran con los políticos en una discusión; entre los humeantes cuerpos y los alaridos de dolor se debate sobre qué hacer con los sobrevivientes. La explosión nuclear ha afectado grandes zonas de la periferia de Buenos Aires”.

Miro a mi alrededor y observo a través del agujero de lo que fue mi ventana, ahora protegida por gruesos blindex antirradiación. En medio del humo y la niebla aparecen enormes, grises, rústicos edificios cúbicos

con pequeñas aberturas; enormes cajas de cemento negro que no parecen poseer ningún sentido; sólo continúan el paisaje de la desolación. Sin embargo en su interior hay vida, una activa vida “en sociedad”, que se deduce de las columnas de humo y vapor que salen de su interior. Estos edificios son los refugios, nos resguardan de la radiación. La explosión ha sido selectiva, sólo los débiles, los marginales, los villeros, los viejos y algunos locos han sido las primeras víctimas. La sociedad quedó dividida en dos, un adentro y un afuera para los que aún quedan vivos, diferenciados claramente por muros que resguardan a unos de otros.

Recuerdo las palabras de mi maestro... **El psicoanálisis y fundamentalmente el análisis institucional debe ser pensado desde la práctica con la numerosidad social. Un analista tiende a tomar la historia (individual y colectiva) como telón de fondo contra el cual recorta y recupera la memoria del sujeto. En las comunidades se da el escenario privilegiado donde las transferencias neuróticas hacen historia contemporánea.**

Me pregunto cómo hacerlo hoy, de qué manera, con qué herramientas. Los niveles de relaciones sociales se encuentran determinados sólo por la necesidad, el asco y el terror. El sentimiento de asco ante lo insostenible de la imagen mutante de los sobrevivientes que cada vez más se alejan de las referencias humanas. Y el terror que se concentra en los alrededores de los refugios; terror que se puede palpar, se ha vuelto sólido y nos golpea.

Tras la explosión ya no quedan teorías ni esquemas capaces de dar cuenta de nada; las bibliotecas y hospitales han sido arrasados también, todo un mundo de relaciones familiares, cotidianas y previsibles no existe más. Pertenece a un universo situado entre la memoria de lo inaudito y la certeza a la que fuimos arrojados.

Demasiada cháchara interior, pienso para mí, hay que salir. Comienzo a vestirme con mi equipo protector con la cruz roja en el frente, es increíble, reflexiono, cómo se preserva en el recuerdo la eficacia simbólica de una señal, la cruz. Acuden a mí las palabras de un colega... **Es mejor no tener que ser yo mismo; si no tuviera esa otra persona, “profesional”, detrás de la cual esconderme, creo que no lo soportaría, las historias me destruirían, pero así he encontrado el modo**

de escucharlos, de concederles el lugar apropiado, junto a mi propia historia, la del sujeto que no me veo obligado a ser mientras esté escuchándolos.

Ya es hora, me esperan en el centro de salud Boca-Barracas; todavía persevero obstinada con los temas institucionales, junto a otros, rescatando de las ruinas, crónicas que formen parte de la memoria colectiva.

SESENTA AÑOS

ALEJANDRO VAINER

I

Un miércoles gris como tantos otros, el Director fue a ver al Viejo en el consultorio. Llegó unos minutos pasadas las once. Café mediante se pusieron al día, después de tanto tiempo, con un diálogo acerca del país, el mundo y la situación actual de la Revista. El Director no quiso entrar en el tema favorito del Viejo, las historias, porque sabía que la conversación duraría demasiado para su tiempo disponible. El Viejo era muy pegajoso desde que trabajaba menos. Simplemente necesitaba el editorial del número correspondiente al 60^a aniversario. Era el último sobreviviente de la primera época de la Revista. El inconveniente era que hacía años que el Viejo no escribía. Pero sabía qué tácticas usar. Primero, apuntar a la nostalgia. Si eso fallaba, quedaba la culpa, que seguía siendo efectiva, aunque era jugar sucio con su propio maestro. El Viejo intuía el pedido. Los muchos años de psicoanalista lo habían vuelto demasiado prejuicioso con la gente conocida. Además, en los últimos tiempos solamente le gustaba hablar de sí mismo, hasta cuando atendía los pocos pacientes que le quedaban.

El Director guió el diálogo para llegar al tema del pasado de la Revista, y en ese momento lo intimó a que escribiera unas líneas prometidas hacía tiempo.

Sin pensarlo el Viejo se oyó diciendo:

- No, yo no puedo, soy de otra generación.

Sus propias palabras le resultaron extrañas e inquietantes. En ese instante las imágenes de otro tiempo se le cruzaron por la mente... Se quedó en silencio mirando hacia el retrato sepia de Freud que colgaba frente a él hacía más de medio siglo. El Director miró fijamente al Viejo en su extraña actitud. Ya no parecía el mismo psicoanalista con el que

había supervisado tanto tiempo. Su vitalidad lo estaba abandonando, lo cual hacía crecer el respeto que tenía por él.

Lo más rápidamente que pudo el Viejo corrigió su íntimo acto fallido. Simplemente sentenció:

- ...Yo **ya** no puedo, **ya no**-, concluyó. Con la intención de poder engañar los ojos de Freud, su analista.

El Director, sin comprender la insólita situación siguió el ataque.

- Lo prometido es deuda. 6000 caracteres para el 10 de septiembre-, arremetió en una ofensiva fatal.

- ...necesitaría más tiempo, ya no escribo-, susurró el Viejo.

- Cinco días más-, dijo el Director.

- ¿Una semana?-, preguntó resignado.

- De acuerdo, en el formato de hoy, no me venga con sus antigüedades de siempre.

Le dio un afectuoso y largo abrazo al Viejo nuevamente. Un poderoso sentimiento lo invadió al dejar el lugar. Recordó a su propio padre cuando lo dejaba en el colegio. Salió a la calle, lloviznaba, y se dirigió a la Redacción, que estaba tan sólo a dos cuadras. Respiró profundamente.

Mientras, el Viejo se sentó por un rato, para ver si aclaraba su propia confusión. No iba a aceptar, como no había aceptado escribir una línea hacía diez años. Pero algo había cambiado y no sabía bien qué. Tenía que ordenar sus ideas. Le avisó a su hijo que no lo viniera a buscar para almorzar. Iría solo caminando, para pensar. Sumergido en sus recuerdos recorrió más cuadras de un tirón que en los últimos tiempos. Algo extraño lo empujaba. Tuvo que detenerse en un Café para reponerse de tanta nostalgia. La mayor parte de su vida pasaba por sus ojos.

Ya no podía volver sobre sus pasos. Algo lo había decidido. Esa frase...

II

Los días siguientes el Viejo cambió su conducta habitual. Hasta los pacientes estaban sorprendidos por el vigor con que tomó su trabajo clínico. Su mujer no salía de su asombro por la insólita recuperación de lo que juzgaba como una depresión crónica. Casi afectuoso, muy activo, silencioso, concentrado en su proyecto secreto.

No quería repetirse, yendo hacia la historia y los lugares comunes. Peor aún, él mismo ya era parte de la historia; y, por eso, el Director lo había invitado a escribir.

Quería y no podía. Así habían sido sus últimos años.

Sin embargo volvían y se entrelazaban recuerdos de hacía mucho tiempo. Como en su juventud, apostó en dejar la escritura para el último momento, confiando en la magia de las últimas noches antes de la fecha límite. Joven otra vez.

Las palabras de su acto fallido habían sido su escudo protector en los principios de la Revista. Cada vez que temía tomar una responsabilidad, iba esa muletilla. Su eficacia había durado poco tiempo, pues terminó siendo una cargada usual de sus compañeros mayores. Bastaba que se negara a cualquier tarea, y ellos repetían a coro completando la frase, 'Claro, yo soy de otra generación', imitando su particular tono de voz.

El chiste había durado muchos años, más de lo debido. Una vez más, la misma situación.

III

La última noche el Viejo cenó a solas con su mujer. Velas y amor como en otros tiempos. Estaba exultante. Con un buen vino se encerró en su estudio. Tenía algunas ideas más claras. Hablaría del futuro, no del pasado. Descubrió en esos días que siempre se había dedicado al pasado como forma de construir el presente y el futuro. Su trabajo se resumía en eso. Sintió una algarabía especial. Comenzó a dictar el texto a su antigua máquina. Las frases salían solas a borbotones. Así estuvo casi toda la noche. A pesar de haberse excedido en el espacio continuaba frenéticamente.

Al amanecer revisó el texto, mientras fumaba su cigarro, como premio por haber vuelto a escribir. El trabajo era mucho más largo de lo pautado, pero no le importaba en absoluto. Hablaba de la historia, de los principios de la publicación, y de su trabajo como psicoanalista, pero de una forma nueva. Atacaba a quienes habían mitificado a los protagonistas de la Revista en la última década del siglo pasado. Pero su ataque iba más allá. Atacaba a los jóvenes complacientes, que

simplemente citaban y citaban. Los arengaba a atacar a sus maestros y a tomar sus propios caminos. A que lucharan por su propio espacio. Después comenzaba una larga serie de citas que iban desde el *Diario de la Guerra del Cerdo* hasta incontables referencias de psicoanalistas. Llegaba a mezclar historias de pacientes con sus recuerdos más íntimos. El texto se tornaba tan agresivo e irónico como vital y desorganizado. Hacia el final se volvía francamente incomprensible por las estrafalarias superposiciones de fragmentos.

Luego de concluir con las pocas correcciones que juzgó necesarias, sorbió el último trago de vino. Se acomodó y cerró sus ojos.

Por la mañana su mujer lo encontró sentado en el sillón, en medio de los papeles, con una sonrisa, y sin vida.

El Viejo tuvo la muerte que toda su vida había soñado.

Entre los varios papeles encontrados en su escritorio estaba también el texto de una carta que nunca llegó a enviar. Esta es una toma de posición acerca de los hechos relatados en Vaivén de Luis Herrera y se transcribe a continuación.

(Nota del Editor)

Sr. Director:

Los hechos acaecidos el último mes parecen caer, como tantas otras veces, en ese halo de espectacularidad que precede al olvido.

Solamente titulares amarillos en La Red con el hecho de la toma de la Universidad, y el cruel asesinato de la Profesora Labanca, entre tantos otros. Solamente noticias que corren por el mundo en segundos y se pierden en minutos. Sin debate, cada uno frente a silenciosas pantallas, fríos papeles.

Nunca una reflexión.

Y Eso era lo que estimulaba esta eximia y asesinada colega.

Esto era lo que ella apoyaba con sus diversas prácticas desde su solitaria tribuna.

Y no ha aparecido una sola línea sobre ella en los diversos medios de comunicación. Estimo que por la misma censura, Sr. Director, que supongo derribará mis líneas.

Mi edad (85 años), y diversas enfermedades crónicas, no me permi-

ten casi siquiera moverme. Pero la indignación ante los eventos sucedidos me da fuerzas para superar el dolor de mis manos en este antiguo teclado.

¿Puede ser que el facilismo, esa delincuencia intelectual, que impulsa la hegemonía imperante pueda concretamente asesinar a docentes y alumnos a mansalva?

¿Nadie va a desconfiar de las armas -como siempre “agregadas” a posteriori- que los medios hacen portar a profesoras y alumnos como para justificar el “tiroteo”?

Bien poco le queda a esta sociedad...

Tampoco creo las injurias de los diversos rectores de Universidades “Nacionales” (por así llamarlas, a diferencia de las extranjeras) acerca de la Profesora “subversiva”.

¿Por qué utilizar esa vieja excusa del siglo pasado?

¿Es posible tanta mentira, Sr. Director?

Me siento en el deber de describir con dolor algunas líneas sobre la desaparecida (que de no mediar ciertos acontecimientos ella debía haber escrito en alguna publicación, por mí), ya que toda publicación conoce los últimos engaños y no su brillante carrera.

En todo el mundo se conocen los diversos textos de la Lic. Labanca, sus brillantes investigaciones que volvieron a poner a nuestro país en un lugar privilegiado luego de la llamada “Crisis de fin de Siglo”. Sus aportes al pensamiento no solamente psicoanalítico, sino ya dentro del tesoro de nuestra cultura, son tan vastos que las líneas que esta sección exige quedarían escasas. Sus constantes estímulos a las nuevas generaciones quedan dentro de los restos mortales del capital cultural de nuestro país.

En otros países, otros Rectores, y un grupo creciente de intelectuales -entre ellos muchos psicoanalistas, entre los que figuran varios argentinos que prefiero no difundir-, proponen investigaciones y otras versiones, que a la fecha se encontrarán con la desaparición de toda evidencia. Los ya casi eternos “Servicios” para utilizar una palabra ya vieja, cumplen siempre su trabajo.

Para terminar, Sr. Director, porque a cierta altura las fuerzas no alcanzan, le pido cordialmente, por los diversos espacios compartidos,

tenga a bien publicarle la carta a este viejo analista. Sé que me he excedido no solamente en la cantidad de espacio. Pero podrá hacerme este favor.

No vele por mi seguridad.

Hace tiempo que estoy esperando.

Alejandro Vainer
Psicoanalista

¿PARA QUÉ ME QUIEREN?

CARLOS BRÜCK

Queridos amigos de Topía
Estimado Enrique:

Como el género epistolar ha perdido esa inocencia que lo llevaba a comenzar diciendo ¿cómo andan?, pero suponiendo que de todas maneras esa pregunta o cualquier otra es necesaria para empezar a andar en un texto, he decidido colocar una interpelación que ustedes -colegas míos- seguramente conocen: *¿che vuoi?*

O mejor aún, pasándola a la lengua castellana (tan unida al psicoanálisis por esa pasión que Freud tenía por *El Quijote*), ¿para qué me quieren? Por supuesto no me van a responder, como tampoco nadie respondería por anticipado al ¿cómo andan? del remitente. Así que me tocará a mí ocuparme de este enigma.

Creo tener alguna pista sobre la cuestión, si soy capaz de volver sobre mis palabras. Como Hansel y Gretel (los dos personajes de cuento que para regresar sanos y salvos del bosque habían dejado unas migas de pan en el camino). Así es que fijándome en ellas, veo que unas líneas más arriba escribí la palabra enigma y ese término -como una brújula- me lleva en dirección a pensar en Edipo. El viajero enfrentado con un acertijo cuando se dedicaba a la errancia: iba de Corinto a Tebas, iba de la ilusión de la salvación, al encuentro con el goce prohibido.

Me parece entonces -quizás sea sólo mi imaginación (mi mente calenturienta como decía precisamente el Quijote, ese otro personaje tan dado a las historias de caminos)- que ustedes me quieren, “un psicoanalista en el 2050”, para que me ocupe precisamente como viajero, de relatarles lo enigmático del psicoanálisis en el futuro.

Podría ser entonces que este texto resulte un Diario de Viaje que desarrolle las peripecias o el estado de situación de algo así como “A

150 años (y pico) de su nacimiento; el psicoanálisis hoy” o si no “1995-2050: Permanencia de los conceptos psicoanalíticos”, etc. Claro que si la demanda fuera el relato acerca de este porvenir en particular, no serían ustedes los únicos. Porque Lacan -allá por 1970 y tantos- hablaba de la preocupación sobre el futuro del psicoanálisis, la posibilidad de que se convirtiera en una religión. Y prefería suponer que, aunque en algún momento se descubriese que eso llamado psiquismo tenía conexión con tal o cual glándula, no se jugaría allí el destino del parletre, del sujeto en tanto que sujeto de inconsciente.

Me parece entonces que esta interrogación, antigua o moderna, tiene el encanto de lo clásico. El de estar como Edipo en un cruce de caminos. Por ejemplo: ¿quedará el psicoanálisis del lado de la psicología o de la medicina? ¿Se ubicará como una visión filosófica (cuando ustedes todavía no habían nacido, en 1926, ya lo habían marginado a Freud de una sociedad psicoanalítica, porque sus ideas eran demasiado especulativas) o se convertirá en una disciplina sumamente pragmática que repugnará a las almas bellas?

Me parece entonces que si me dedico a este relato, tendría que contarles que hoy como ayer el psicoanálisis se mantiene en un fuera de lugar, con respecto a estos espacios tan consistentes. Tendría que decirles que también por eso, sigue siendo capaz de sostenerse. Porque continúa sin proponerse como una panacea universal o como una técnica eficiente.

Y en tanto que lector infatigable (aunque en este caso lo sea de mí mismo) me reencuentro con la escritura de esta fórmula “hoy como ayer” que alude a que no todo sigue igual, sino que algunas cuestiones insisten, continúan. Y no sólo en relación al psicoanálisis, sino también insisten en esa humana necesidad de figurarse lo que está mas allá de un cierto límite. De una frontera que podría llamarse Vida (y entonces es la muerte), llamarse Amor (y entonces es la sexualidad) o llamarse Presente y entonces la cuestión se nombra Futuro.

Se me ocurre que como viajero podrían quererme para eso. Para que les traiga noticias del llamado Porvenir (“el tiempo es tardanza de lo que está por venir”, apuntaba un tal Martín Fierro al que ustedes le han dedicado tantas páginas como al Quijote.) Por eso entonces, hablar

de lo que pasa en el 2050, transmitir algo acerca del estatuto del futuro, sería solamente rellenar con una equivalencia lo que en verdad no se puede significar por completo.

Me acuerdo de un texto de Ray Bradbury, uno de los que pocos clásicos de la ciencia ficción -porque como Freud con el Arte o con la Física- utilizó la anticipación solamente como un artefacto. Para relatar ciertos anhelos y no para fatigarse con planetas de color verde u hombres de color acero. Un anciano, cuenta Bradbury, que vive en Estados Unidos quiere recordar la historia, los años felices, que pasó en un hotelito de Panamá y acostumbra a llamar periódicamente al conserje de ese lugar, pidiéndole que acerque el teléfono a la ventana. Así podría escuchar los ruidos de la calle y representarse algo de lo perdido, de lo inaccesible. Y creo que esto, parafraseando a un tango, pasaba en el 510, en 1995 y en el 2050 también. También cuando yo me pregunto, palabras arriba, para qué me quieren ustedes. También cuando supongo que están ahí y que en algún momento se va a realizar la ilusión de un buen encuentro.

Quizá les ha tocado como remitente, un psicoanalista nostálgico (elegiaco diría yo, si me lo permiten.) Por si fuese así, les entrego una última confidencia: estudiando el auge en el pasado de los relatos de caminos, me encontré con una serie de los años 60 (siglo 20), que se llama precisamente *Patrulla del camino* en la que un hombre gordito y de sombrero tal vez ridículo, se apoyaba en un costado del coche y decía a un radiotransmisor: “2050 llamando a Jefatura”. No recuerdo si le respondían, supongo que no. Por lo menos, esto es lo que me ha pasado a mí, designado también como 2050 y que pretendió llamarlos a ustedes, ubicados en la Jefatura para que indiquen qué hacer.

Tengo que agradecerles entonces, que me hayan incluido en una lógica que me permitió alcanzar la convicción de que no hay un Jefe, no hay un Amo.

Y entonces, cuando la suerte está echada, escribir(les) de cara a los vientos, a ustedes lectores que por ello mismo, aunque estén en el pasado, serán mi futuro.

LA ESCENA TELOPSÍQUICA

MARIO JORGE BUCHBINDER

Retrospectivamente podría decir que la intención consciente del Dr. Tinus había sido ingenua. Entrar en el interior de la casa del profesor Hirus y saber a ciencia cierta (valga la expresión) cual era la técnica que él utilizaba para analizar a los pacientes en la red Meganet. El modo de entrar era también vía red, pero de un modo particular.

Cuando al profesor se le preguntaba acerca de su método se extendía en tediosas explicaciones. Claro que al público, especialmente a los psicoanalistas, les parecía fascinante por los conocimientos que integraba y porque, pensaban, les estaba dando los fundamentos esenciales de su disciplina.

El profesor Hirus, exponía acerca de las bases teóricas de su método, especialmente el narcisismo, el inconsciente, las relaciones de objeto, las teorías sexuales infantiles, el Edipo, la escena primaria, el asesinato del padre, la mirada y la palabra, la compulsión a la repetición y la pulsión de muerte... Eran conceptos olvidados. Hirus los enunciaba como si los descubriera en ese momento. Parecía que hubiera conocido al fundador de nuestra ciencia, el profesor Sigmund Freud.

Al caer también en fascinación, Tinus luego, se quedaba horas tras la pantalla recorriendo paisajes (*landscapes*), escuchando música, tratando de salir y de entender cuál había sido la atracción, cuál el misterio.

Ese estado meditativo y un cierto enojo eran permanentes. Por eso cuando escuchó a su sobrino contar anécdotas de espionaje de la guerra del 2020, se sintió despertar de un largo sueño y encontrar el verdadero camino.

El “comando operativo central” de las fuerzas regionales del 2020 había desarrollado una técnica con la cual podía utilizarse cualquier pantalla encendida o apagada para entrar en el espacio y en la mente

de los que estuvieran bajo su influencia. Permitió saber de antemano el juego del enemigo, la cepa del virus utilizado, los lugares precisos de las armas y, en fin, ganar la guerra. Contaban que al conocerse el virus que iban a utilizar las fuerzas invasoras se supo inmediatamente su código genético, no sólo del ADN, sino también los componentes efraginosos, lo que permitió la rápida producción de vacunas y de gérmenes que sideraban y eliminaban al enemigo a las 48 horas de tener la información en las manos. Toda la población, no sólo los efectivos a cargo habían sido vacunados.

Tras la guerra, la última, la tecnología *int home* había sido prohibida. Claro que 30 años después reencontrarla y recrearla no era para nada difícil. Podría decirse que era una tecnología obsoleta que había quedado en el tiempo, pero que era útil y de fácil “aggiornamiento”.

La cuestión es que al ponerla en funcionamiento Tinus entró a través de la pantalla prendida o apagada en la casa del profesor.

¿Por qué, pensó, iba a encontrar el secreto de la técnica psicoanalítica telopsique (ese era el término acuñado por el profesor), que estaba buscando?

Sin darse cuenta fue entrando no tanto en la intimidad de la técnica como en la intimidad de ese hogar.

Juana, era una hermosa mujer con la que el profesor se había unido 10 años antes, ex alumna, el casamiento la había asentado como mujer y lo había rejuvenecido a él. A tres años de casados él sacó a luz el revolucionario método telopsíquico por el cual la interacción en la red generaba una entropía negativa a través de sus intervenciones breves que se potenciaban y se expandían por todo el universo y producían efectos terapéuticos maravillosos. Se sabía que sus redes estaban pobladas por gente de todo el planeta e incluso de las estaciones orbitales y también en la permanente Selene.

Más que encontrarse en el interior de la técnica se fue encontrando e introduciéndose cada vez más en el interior de la pareja y de cada uno de ellos.

En las primeras conexiones de pantalla, cuando había una pelea o una reacción amorosa, desconectaba el equipo y se quedaba mirando la pantalla en negro, pero luego fue participando, sintiendo las respiracio-

nes, la excitación, los olores, los orgasmos. Frecuentemente una pelea era continuada, resuelta, por una relación sexual.

Se daba cuenta de que había determinados gestos de ella que le atraían especialmente. El modo de colocarse y sacarse las medias. El peinarse, con esa mirada perdida. La morosidad de sus actos. Fue tomando partido por ella.

Su interés científico parecía haber quedado relegado. En una pelea pensó, que de haber estado presente también le hubiera partido algo en la cabeza o le hubiera partido la cabeza al profesor. Había dejado de tener admiración por él, aquélla se había trocado en odio y en amor por su mujer. Cuando ella le partió algo en la cabeza, cuando le partió la cabeza, no se sorprendió.

Las exequias fueron solemnes. La conmoción fue en cuerpo presente, como por vía red.

Tinus participó en primera línea en todos los homenajes, eso lo llevó a acrecentar sus vínculos con Juana. Nunca le dijo lo que sabía sobre el desenlace de su pareja, pero desde el primer momento posterior a la muerte del profesor una mirada de complicidad fue soldando la relación.

No duró mucho tiempo la confluencia de la soledad y el duelo.

¿El haber mirado lo hacía cómplice?

Tal vez más que la mirada, fue el silencio.

Pero no había compartido con nadie ese no decir. Tampoco con ella. Eran palabras que los desunían tanto como los unían.

Un caminar se transformó en un almuerzo, luego el dormir juntos, el seguir compartiendo hasta que la convivencia los transformó en pareja estable. Fue a vivir a la casa donde ella había vivido con el profesor. El quiso seguir con los trabajos de la red. Ella lo ayudó. Había un interés científico y también económico. Pero las dificultades técnicas y metodológicas le hicieron llegar a un *plafond*.

Una tarde en la que se encontraba trabajando en la red percibió una interferencia extraña. Era ella que desde el dormitorio monitoreaba los recorridos y las dificultades de él. Lo tomaron a risa y ella con íconos no con sonidos le señalaba las posibles salidas a las dificultades. Con el paso del tiempo él se fue apropiando de la red y el método Telopsique, dando conferencias y talleres en todo el universo. Su prestigio había llegado a

un tope. La pareja se había consolidado pero, a medida que crecía su poder y prestigio, aumentaba la agresión. El reconocía lo que ella le había transmitido del saber del profesor Hiram. Pero eso no alcanzaba. Tinus no podía convencerse de que el saber no provenía del profesor sino de ella.

La agresión era el preámbulo al encuentro sexual. Era doloroso el primer término pero apasionante el segundo. Crecían en intensidad. Pensaba cuál podía ser el límite a la agresión y a la sexualidad. El fantasma del profesor se presentaba en esos devaneos.

Jamás le dijo la escena que había presenciado en ausencia. Ese secreto no compartido le daba un cierto poder que, pensaba, podría utilizarlo en algún momento. En muchos orgasmos y antes de éstos aquella escena cobraba mayor realidad. Deseaba decirle máteme como a Hiram. Sólo decía, me matás.

Salir a la calle lo conectaba con otra realidad.

Las estrellas conservaban la magia de los orígenes de la humanidad. El titilar, en la noche oscura colmaba de paz.

La Vía Láctea seguía marcando un camino. La aparición de la primera estrella en el ocaso lo seguía emocionando como en su no tan lejana adolescencia.

Cuando le preguntaban por los secretos de la técnica él se solazaba explicando los fundamentos: la escena primaria, el narcisismo, la compulsión a la repetición, la pulsión de muerte, el asesinato del padre, etc.

El público, especialmente los psicoanalistas, quedaba fascinado.

Varias veces sentado a la pantalla sintió que lo estaban observando. Un calor tenue en el cuello como si tuviera a alguien muy cerca lo llevaba a darse vuelta pero no encontraba a nadie.

La inquietud se acrecentó cuando pensó que se estaba repitiendo en la relación con Juana aquello que se había dado entre ella y el profesor. Pensó risueñamente que tendría que estar con casco. No obstante la ironía, se le erizaba el cuero cabelludo.

Trató de no darse vuelta al sentir esa sensación de ser observado. La noche anterior se había sentido más que enamorado, seducido por Juana especialmente cuando ella se sacaba muy lentamente, con esa

morosidad, las medias y luego se peinaba acariciándose los cabellos. El parecía adormecerse en la contemplación. Reflexionaba acerca de cómo podía combinarse esa imagen de tanta dulzura con semejante agresividad, como a una fiera. Pensó en un felino. De un momento a otro se transforma en un animal peligroso.

Las exequias del Dr. Tinus se realizaron al día siguiente de su deceso. Fue una muerte brusca e inesperada.

En la multitudinaria ceremonia podía verse a su mujer acongojada y a su discípulo Ules, que parecía aún más dolido.

Las Investigaciones Telopsíquicas no se detendrían.

ANDAMIOS DEL SIGLO XXI

CARLOS D. PÉREZ

Los responsables de CIBERNAUTOPIA han tenido una idea poco original.

Finalizamos la primera mitad del siglo XXI y, devotos del sistema decimal, han puesto en la pantalla de mi computadora una pregunta, para que la respuesta sea difundida a los cibernautas de su red: “¿Qué dice un psicoanalista hoy, diciembre del 2050, del momento que vivimos?”. Hay que reconocerles, sin embargo, cierta osadía en desafiar la moda; habiendo tanta tecnoeficiencia, en plena era del NO, el solo propósito de consultarme le cabe a románticos postmodernistas de otra. Saludo la juventud que los incita a no dejar costados sin explorar y el psicoanálisis es uno, por marginal que sea.

De inmediato vino a mi encuentro una frase que encontré en el apartado de glosas literarias del informe diario ciberespacial, escrita hace algo menos de dos siglos por un adolescente: “El progreso. ¡El mundo avanza! ¿Por qué no ha de dar vueltas?”. Se llamaba Arthur Rimbaud.

En la actualidad, nadie parece proclive a dar vueltas, aunque la idea del fin de algo invita a la pausa que abre interrogantes, a ensayar un balance. Estamos en la inmediatez de la segunda mitad del siglo y su carácter excepcional mueve a reflexiones abarcativas. Los regímenes suelen comenzar en lunes, los ajustes económicos familiares a comienzos de mes, los intentos de renovación vital cambian con el año, cuando al descorchar el champagne o destapar la Copsi-Cola formulamos deseos, promesas para el período por venir que el correr de los días disipa...

¿Qué distingue -me pregunto- el momento presente? No puedo ensayar la respuesta sin una retrospectiva. Ustedes disculparán, pero si han preguntado a un psicoanalista han de estar dispuestos a escuchar algo acerca de la infancia de la época que ha madurado. Porque hubo un tiempo en que la gente se preocupaba por tomar posición en alguna

ideología que cambiase la sociedad; esto no es novedad, está en todos los manuales de historia, por lo que me permito dedicarle sólo un par de renglones para pasar a la fase de transición, verdadera bisagra en el devenir hacia el NO: A fines del siglo XX, la esterilidad de los esfuerzos movió a los pensadores a preguntarse, confundidos, menos por la realidad que pretendían modificar que por el instrumento que estaban utilizando. En términos de la sociopolítica, la cuestión del qué pasa en la sociedad dejó lugar a una sospecha acerca de la validez de la teoría política. Aparecida la inquietud, la palabra “política” resultó indiferenciable de otra que estuvo en boca de todos: “corrupción”. Al fin -superación dialéctica decían los antiguos- la situación quedó liquidada con la desaparición del problema. En nuestra disciplina, la pregunta acerca de lo inconsciente fue cediendo lugar a: ¿Qué pasa con el psicoanálisis? Para los buscadores de perlas, como sé que son los lectores de CIBERN-AUTOPIA, diré que en el año 1996 el entonces presidente de la pobre Rusia -digo pobre por pobre-, un tal Boris Yeltsin, queriendo acercarse a occidente luego del fracaso comunista ordenó por decreto aceptar el psicoanálisis, cuya práctica estuviera proscrita. La debacle de los sistemas ideológicos era tan pronunciada que el *Diccionario de Psicoanálisis* se entreveró con la Coca-Cola y las grabaciones de Michael Jackson en los escaparates moscovitas de la cultura *shopping*.

Permítanme, por lo tanto, una mínima precisión para despegar nuestra disciplina del “efecto Yeltsin”: Si algo confiere un rasgo distintivo a lo que nos reúne ciberespacialmente como grupo intelectual, es que hubo alguien llamado Sigmund Freud que iluminó de manera diversa la escena humana, legándonos un punto de vista y una orientación para la escucha bajo la forma de narrativa original, los casos clínicos o historias de diván, y un andamiaje teórico en torno a la noción de inconsciente. Andamiaje, sí, y no más, pues según su estima: “Tenemos derecho a dar libre curso a nuestras conjeturas con tal que en el empeño mantengamos nuestro juicio frío y no confundamos los andamios con el edificio. Puesto que para una primera aproximación a algo desconocido no necesitamos otra cosa que unas representaciones auxiliares, antepondremos a todo lo demás los supuestos más toscos y aprehensibles”. Era un viejo cauto, sin dudas, pero hoy, que los edificios se erigen de otro modo,

debiera explicar en qué consistía un andamio: servía para dar vueltas en la construcción de un objeto, como pretendía el chico Rimbaud, quizá entusiasmado en los giros de la calesita... ¿Alguien leyó en algún lado acerca de las calesitas? Estaban en las plazas, lugares que las ciudades dedicaban a la intimidad pública, según se desprende de la crónica de un tal F. García, quien escribió: “La tarde se puso íntima, como una pequeña plaza”.

Para dar vueltas necesitamos un centro que nos inquiete, soportar la evidencia de ser excéntricos ante “algo desconocido” que nos devana y cada disciplina quiere ver con apariencias y nombres distintos. Para nosotros se llama “inconsciente” y absurdamente lo apreciamos cuando pierde su condición al tornarse periférico, consciente, y toma la forma enrarecida de un equívoco o de un sueño (el problema para un psicoanalista, hoy día, es que dormimos pesadamente). Dado el núcleo de desconocimiento, lo que de él digamos producirá diferencias e insatisfacción, disparando el deseo. Hubo un tiempo en que las diferencias nos hacían girar y los psicoanalistas obteníamos buen rédito. ¡Oh, la época en que la diferencia era sexual! Pero resultó que lo masculino y lo femenino parecían dispuestos a abandonar emblemas acartonados para manifestar “he aquí un hombre, allí una mujer”; se ganaba sutileza, se perdía impostación. No obstante, en ese modo de equiparar, que se convirtió en sino de nuestro mundo, vislumbro otra cuestión: una cosa fue, por ejemplo, la conquista de evidentes derechos para la mujer y algo diverso llevar adelante la consigna de una igualdad con el hombre que repudiaba diferencias. En el propósito de homogeneizar prevaleció crecientemente lo *homo*, el anhelo del sexo único. Claro que esto no hizo más que acentuar la distancia y con ello la inefable diferencia hombre-mujer. El problema es tan viejo como la especie humana, pero es actual, en nuestro 2050, el énfasis en la igualación, el propósito de lo *homo* elevado al rango de realidad interespacial. Al plantearlo así estoy mentando lo que a mayor escala es la evidencia de lo uniforme, la internacionalización que lograría borrar los distingos culturales hasta hacer desaparecer el entre-naciones. El inglés como lengua, hace mucho impuesto, el dólar aceptado como moneda única resultan evidencia de la comunidad mundial, haciendo de lo diverso una suerte de regionalismo

perimido. Hoy nos ufamamos de la pertenencia al Mundo Unificado. Antes se hablaba de las multinacionales imponiendo de norte a sur, de este a oeste las mismas marcas, las mismas consignas. Disculpe la gente de CIBERNAUTOPIA mi insistencia, pero es preciso hacer constar que alguna vez hubo “gobiernos parlamentarios nacionales”, que terminaron como resabios de la modernidad y el desuso los convirtió en nostalgia, simple curiosidad, mientras el poder se asentaba en lo “transnacional”. Para poner en orden cronológico las fases: relaciones inter-nacionales, convertidas luego en transnacionales hasta la llegada de lo a-nacional del Mundo Unificado.

En las dos últimas décadas del siglo XX se impuso un gobierno hemisférico de facto integrado por el Banco Mundial, el FMI, el GATT, la Organización de Comercio Mundial, el G7 y otros. Para entonces resultaba notoria la carencia de diferencias programáticas de los partidos políticos. Una ministro de gobierno inglesa, Margaret Thatcher, acuñó el slogan “*There is no alternative*”, reconocido por la infaltable sigla: TINA. Fue el momento en que los caminos desembocaron en la misma avenida, denominada “neoliberalismo”, y se anuló la errancia, el ejercicio de la diferencia, mientras las democracias se colapsaban en pos del culto al “experto” guiado por el monetarismo pragmático. Hubo debate, no obstante, quizá el último; se discutió la carencia de alternativas. Fue el debate postmoderno de la ausencia de debate y cuando a comienzos del siglo XXI las alternativas realmente concluyeron casi nadie lo advirtió.

Fuese la intervención de hábiles manos entre los bastidores del poder, la insospechada sutileza del inconsciente colectivo o un tramado de ambas cosas, mientras grandes masas de ciudadanos se convertían en espectadores de una política que aceleraba sus cambios desencadenando crudos enfrentamientos se desembocaba, imperceptiblemente, en una vía de mano única. En el tiempo en que Thatcher enarbolará la consigna de la ausencia de alternativas para el postliberalismo -vestido de “neo”-; en los Estados Unidos de América fue presidente un actor cinematográfico de segunda categoría, creo que se llamaba John Wayne, cazador de indios en la ficción y de izquierdistas en la realidad, quien en cada intervención pública crispaba las manos en las cachas de sus Colt 45. Obviamente, no abría la boca sin que un guión le diese letra y cuando

lo hacía recitaba mal, pero no importaba; una parte considerable del mundo seguía las vicisitudes de la realidad mundial como en una película de *cow-boys* llena de buenos y malos, mujeres laboriosas y prostitutas descarriadas, hombres probos y alcoholistas empedernidos, audaces colonizadores y retrógrados nativos. Al mismo tiempo, ese mundo se deslizaba, aceitada y subrepticamente hacia la verdad del “*There is no alternative*”.

En nuestra región del planeta, por entonces “Argentina”, tuvimos una extendida versión tercermundista del fenómeno, que compensó la falta de tecnología con sobreactuación, deporte, teléfonos blancos y Ferraris rojas. Se alcanzó la apoteosis con el último mandatario elegido por el voto, ese engorroso procedimiento en el que cada persona mayor de cierta edad ponía su decisión dentro de un sobre y éste en un cajón ranurado para que luego fuesen abiertos -cajones y sobres- y clasificados uno a uno para determinar el triunfador. El paso de este presidente por el poder fue tan rotundo como fugaz. Ortega, que así se llamaba y apodaban “el Rey”, había arrasado en la campaña electoral con una sencilla proclama: “La felicidad, da, da, da, da, de tener amor, or, or, or, or...”. Debo este y otros datos de ese momento al artículo de un psicoanalista que encontré en la ciberteca, titulado “El ort/da de Ortega”. De allí extraje lo que sigue: la flamante secretaria de cultura, Susana Plasti-quévez, había prometido que en la ceremonia de asunción al gobierno encarnaría a Eva, popular protagonista de la canción “No llores por mí, Angelina” (era, en realidad, una broma del ambiente televisivo, al que ambos pertenecían, ya que la esposa de Ortega no por casualidad se llamaba Eva Angelina). Se tiñó de rubia como Eva se teñía, copió el lujoso vestido de gala que Eva lucía en las presentaciones estelares y unos amigos de Miami (negociantes en escaparates y carteles) pusieron las joyas que tanto gustaban a Eva. Luego del agasajo oficial, Susana y el Rey salieron del brazo al balcón de la Casa Rosada mientras el público, en Plaza de Menem, coreaba enardecido el himno de campaña: “La felicidad, da, da, da, da...”. Terminada la última estrofa, ella se dirigió a la concurrencia, la emoción desatada por el *rating*, pero el *lifting* le jugó una mala pasada. “Los amo, son todos divinos...” comenzó, y en el esfuerzo por sonreír se atragantó con la oreja derecha, muriendo ante las

cámaras de televisión.

La transición fue rápida, tanto como la comprensión de que se había llegado demasiado lejos, cuando la poderosa RIOJATRONIC tomó las riendas con amplio apoyo de los demás poderosos. Desde entonces, los datos sobre realidad social, producción y distribución de riqueza, montos de desempleo, necesidad educativa, defensa de la cultura, cultura de la defensa y otros ítems son cargados en la megacomputadora instalada en la sede del gobierno. Y comenzó la era post-ultra en este rincón de la geografía, obviamente luego de que la Gran Capital lo aprobase como plan piloto del NO -New Order-, posteriormente consagrado a escala planetaria una vez que a John Wayne se le acabaron los indios.

Si el imperialismo había impuesto, décadas antes, un referente y sus emblemas, se llegó a la carencia formal de amo distinguible; no era casual que las transnacionales se reconocieran por siglas de dos o tres letras o por el apelativo “Mundial”. El idioma único, la moneda imperante tuvieron más de aceptación por consenso y disolución de diferencias que de tiranía. Comunismo impensado por Marx o Engels, teóricos de la diferencia social caídos en el olvido.

Percibo que llevado por la necesaria brevedad de esta comunicación, voy demasiado rápido. Debo también consignar que antes del fin de siglo se produjeron reacciones aisladas: algunos países levantaron banderas contra el ahogo internacionalista, ocurrieron fragmentaciones en unidades precarias, conflictos tribales en el Cercano Oriente, exasperación xenofóbica, resurgimientos neonazis, etc. Pero confundían la valorización de las diferencias con el fanatismo fundamentalista, obsesión narcisista hecha masa.

¿Qué lectura puedo hacer, cómodamente instalado ante la pantalla de mi computadora, luego de pasada tanta agua bajo el puente? (si la ensayo es porque, a pesar de Heráclito, seguimos bañándonos en ese río). Se me ocurre que esta tendencia nos retrotrae a los problemas que el niño se formula en el inicio de su cavilación, cuyas múltiples ilaciones mueven su devaneo. En nuestra especialidad, el psicoanálisis, entendemos el acontecer de la diferencia y su contraparte de desmentida -unificación, igualación, TINA, NO y las incontables maneras que fueron empleadas- atravesados por la cuestión sexual. Llegados a este punto

se impone una hipótesis: nuestro 2050 está expuesto al soslayo de la diferencia, a la uniformación que incluye el Uno, Narciso, en la formación de mayorías silenciosas, de masas anónimas. El antropólogo Claude Lévy-Strauss lo había adelantado, hace más de 100 años, en una obra titulada *Tristes trópicos*: “Ya no hay nada que hacer: la civilización no es más esa flor frágil que preservábamos, que hacíamos crecer con gran cuidado en algunos rincones abigarrados de un terruño rico en especies rústicas, sin duda amenazadoras por su lozanía, pero que permitían variar y vigorizar el plantel. La humanidad se instala en la monocultura, el monocultivo; se dispone a producir la civilización en masa, como la remolacha. Su comida diaria sólo se compondrá de este plato”.

Otra referencia: en un pie de página de los *Tres ensayos de teoría sexual*, obra aún más antigua que la antes mencionada, Freud establecía una comparación entre la práctica sexual de los fabulosos griegos anteriores a Cristo y el momento de su escritura -1905-; esos griegos eran fieles a la pulsión -una ética del entusiasmo se desprendía de ello, acoto-, mientras la cultura que a Freud le concernía entronizaba el objeto. Es una cuestión de acento, que a fuerza de cargar las tintas alcanzó caracteres exorbitantes: la otrora promocionada “sociedad de consumo” produjo discursos que de continuo referían el beneficio del “último modelo”, fuese una heladera, un automóvil, la noticia de la mañana, de la tarde o de la noche. Lo que acababa de ocurrir como emblema de lo nuevo que era preciso aceptar y rápidamente cambiar por lo novísimo que al instante se imponía. Hasta que llegó la calma, sencillamente con la desaparición de la tormenta cuando las heladeras, los automóviles y los diarios llenaron los museos de la nostalgia. La “realidad real”, heredera de la “realidad virtual”, nos permite ahora alimentarnos, viajar, informarnos y disponer de incontables espectáculos sin salir de nuestro cubículo.

Recuerdo a los jóvenes la época de voracidad y vorágine de las modas, el imperio de la hechura de plástico, la obsesión por lo veloz cuya aceleración impedía suspender el momento, ganar el espacio de silencio que disipe el aturdimiento. Pensadores como Alvin Toffler se expidieron acerca de la entonces flamante polaridad: “De ahora en adelante, el mundo se dividirá en rápidos y lentos. Por ejemplo, la velocidad con que un producto llegue a la gente será determinante”. La

comunicación pasó a ser el producto por antonomasia convirtiendo el medio, luego multimedia y después ciberespacio, en fin. Se difundió un modo de operar -nadie quería hablar de ideología-, que calificándose de pragmático enfatizó su carácter no ideológico. El economista John Galbraith, por ejemplo, Profesor Emérito de Harvard y asesor de varios presidentes estadounidenses, no dudaba en aseverar, a fines del siglo pasado: “La economía y la política modernas, complejas y en cambio constante, no se prestan a ningún conjunto preestablecido de reglas”. Y si alguien se inquietaba por el extraño azar al que estaría expuesto la suerte del mundo, Galbraith encontraba, en cambio, un lapidario motivo de celebración: “Esta, digámoslo otra vez y sin vueltas, es la era del pragmatismo. Dejemos que esto se reconozca a medida que avanzamos hacia el nuevo siglo. Dejemos que se lo proclame con orgullo”. Ignoro si mantenemos el orgullo, pero no podemos menos que reconocer el carácter anticipatorio de la opinión de este hombre, en su momento encumbrado consejero de presidentes como Roosevelt, Stevenson, Kennedy, Johnson.

En definitiva, la aceleración del transcurrir anuló la conciencia del transcurso, el afán por lo inmediato ahogó la historia, lo masivo aplastó la singularidad, la obsesión tecnológica coloreada de pragmatismo y eficiencia marginó al sujeto. El oído y el ojo fueron sistemáticamente saturados con música de volumen potenciado y acción apabullante. Hace mucho, King-Kong pasó a la posteridad trepado alegóricamente al vidrio y al acero del *Empire State* de New York, defendiendo instintivamente su libertad contra el mundo moderno; con el modelo incorporado, superhombre fue “el de los músculos de acero”, hasta que llegó el siniestro Robocop, mezcla de computadora y acero que utilizaba el cerebro inerte de un hombre; luego la robótica tomó cartas definitivamente y nacieron los espectáculos actuales, con protagonistas de la “realidad real” programados electrónicamente, sin la espuria ficción con actores de carne y hueso. Toda una evolución de la especie.

La fecundación *in-vitro*, la paternidad de probeta y los vientres maternos analógicos hicieron del niño en trance de preguntar “¿de dónde venimos, cuál es el comienzo?”, un ser alienado en la asepsia del material descartable, devenido símbolo del origen. Diría, lo digo, que estuvi-

mos inmersos en una cultura perversa, con esta particularidad: cambiar a diario el fetiche, al punto de fetichizar, elevándolos como emblema, la noticia de lo diario y el diario de noticias. Hoy, esa modalidad de perversión concluyó, cuando la idea de cambio dio paso a lo descartable, diferencia sutil pero decisiva: el cambio implica movimiento, exige renovación, mientras lo descartable promueve el estatismo de lo que se usa, se descarta y se repone. Repetida al infinito, esa escena organiza nuestra “realidad real” que estipula la normalidad. Pocos advierten que no es otra cosa que un bastidor de cartón pintado; esos pocos buscan nuestra consulta.

El carácter fetichista del desvelo por lo nuevo delató el intento de desmentir su ausencia, una radical ausencia de novedad. Lo que a los ojos del espectador de esa época aparecía como distintivo era una cuestión de énfasis. Con la liquidación de ideales, el acento destacó el afán de trueque, y en tanto la sustitución no daba estabilidad alguna, se llegó al absurdo de emblematizar la sustitución misma. Quien saliera a la calle se topaba con esa urgencia, concreta en el apuro de todo lo que se moviese, elocuente en los discursos que apabullaban los sentidos órganos de los sentidos con *spots*, *video clips*, hasta que se produjo la fragmentación de las formas narrativas que incorporaron técnicas de *flash* en aceleración y el espacio de la narrativa tragó un *alien* que lo devoró por dentro.

Así como el postmodernismo fue producto de la exacerbación de lo moderno, la tiranía de lo visual potenció aquello de que “una imagen vale por mil palabras” hasta hacer estallar la imagen, diseminándola en la virtualidad del ciberespacio.

Si me he entregado a este ejercicio de memoria histórica es porque allí hubo un punto álgido: de haber consistido en una renovada Babel, era de saludar la confusión de lenguas que obligaba salir al mundo, a la errancia, pero se trató de una explosión. Cuando se hablaba de “estallido social” se aludía a una violencia de gente en la calle rompiendo cosas, pero se ubicaba menos el estallido social en el modo de los discursos.

Queda pendiente dilucidar el modo en que se pasó del tiempo acelerado a la quietud post-ultra del NO. Está dicho que hubo una fase de aceleración postmoderna del sujeto, en que aturridos por la falta de ideales se idealizó la propia velocidad: los medios de traslación debían

ser más rápidos, los automóviles deslizándose voraces por las autopistas, los trenes bala, los jets ultrasónicos cruzando de un continente a otro, hasta que resultó evidente que por lejos que uno fuera, en cada sitio encontraría lo mismo, esa “misma chatura” que Lévy-Strauss vaticinara, la cultura expandida del *shopping* que dondequiera oferta lo mismo en la misma lengua, pagado con la misma moneda, con la iteración del mismo ruido de fondo, que por extensión llaman música. Alcanzado el orden de la mismidad, logramos la identidad planetaria, el NO fue un hecho incontrastable y se nos impuso la inutilidad del desplazamiento de un lado a otro.

Para ese entonces, postrimería del siglo XX, la información había ganado la carrera. Ni siquiera para cultivar amistades se necesitó salir de la casa, la virtud del *modem* hizo que un grupo de íntimos tuviese a sus integrantes dispersos a lo largo de meridianos y paralelos, mientras el vecino permanecía desconocido. La falta de contacto fue compensada con creces por el SEPEVIS -*Senso Perceptive Visual System*-. Los sujetos ya no tuvieron que trasladarse porque los objetos vinieron con celeridad e inmediatez a su encuentro, aún antes de que pudiesen llegar a desearlos. Hasta la sexualidad -fundamentalmente la sexualidad- se organizó de este modo gracias a los BA -*Body Archives*-, que permiten corporizar como objeto suprarreal la mujer de los sueños mezclando un gesto captado al pasar, una mirada furtiva, cierta cadencia en el hablar, algún timbre de voz, una comisura... la cadencia de ésta, el pelo de aquella, manos, pechos, piernas, nalgas, curvas, espaldas, voluptuosidades donde lo intangible se materializa en un verdadero monstruo, vuelto tan apetecible por la cibernética como los abigarrados productos que apilamos en un carrito de *supermarket*.

Si en 1905 Freud enfatizaba la condición de una cultura idealizante del objeto extraviado, para luego afirmar que el amor es función de lo que al yo falta para alcanzar el ideal, cien años después la multiplicación de la oferta canceló esa distancia -y con ella el amor, la pérdida resultó ganancia de hecho y gracias al manipuleo de un *keyboard* y la fecundación *in vitro* alcanzamos la paz del NO.

¿Qué sucedió con nuestra consulta de psicoanalistas? La mayor parte de las veces se fue extinguiendo, pues para que alguien se intere-

se en consultar algo debe volverse síntoma, debe haber conciencia de un trastorno, en tanto se ha impuesto, por saturación, la falta de las faltas imaginables. Permaneció, no obstante, cierto monto de angustia, sitiado por el avance farmacológico, y una tendencia al suicidio volcada en las progresiones estadísticas con elocuencia dramática. Quienes aún solicitan nuestra consulta lo hacen tomados por la prevalencia de los tiempos expeditivos, porque es consenso que no hay alternativas contra lo inmediato; la gente dice y repite “no tengo tiempo”... ¿Pero es que alguien alguna vez lo tuvo? ¿Se tiene el tiempo? Hoy, no parece que dispongamos siquiera de tiempo para preguntarnos eso, ni para acostar un paciente en un imaginario diván; nuestra clientela consulta por *internet*. Empezó a difundirse la no efectividad de permanecer casi una hora recostado cara al cielo -raso- diciendo cosas que no llevan a ningún lado; más aún, que de ningún lado traen algo. Se quiere que las cosas lleguen de inmediato y de todas partes.

No obstante, si en la actualidad nos fuera posible sacudir la saturación advertiríamos que las cuestiones de base no han cambiado. Lo que hoy soñamos, a mediados del siglo XXI, no difiere de aquellos sueños que impulsaron a Freud, a fines del XIX, a escribir la obra mayor del psicoanálisis, *La interpretación de los sueños*.

La pregunta que se impone es: ¿Cómo hacer lugar, entre tanta urgencia para que las cosas pasen rápido y se llegue estáticamente a un objetivo, a la necesaria deriva a propósito de cada figuración soñada? ¿Cómo reinventar el amor, evidencia de lo que difiere y resiste?

“Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir ni un instante de ellas, y sin embargo nunca estamos seguros de verlas con claridad”, escribió Freud. Gracias a esa fabulosa indeterminación, si nos animamos a suspender por un momento la oferta del SEPEVIS que tenemos al alcance de la mano, aún se nos presenta la posibilidad de renovar en lo reiterado. Pero cuando esa iteración nos despierta, cuando algo resulta inefable, ¿en qué consiste? Si nos remitimos a los ciber-consultorios diremos de algo generado en ese ámbito singular donde uno habla y otro escucha y de tanto en tanto descifra un núcleo de instauración, liberando lo insoportable del deseo. Insoportable porque en verdad carece de soporte, una

vez desvanecido el fetiche.

Cuando el sujeto se abisma al desmantelamiento del NO y está en potencia la alternativa lisa y llana de hablar, reconociendo como propia esa forma excéntrica del discurso que llamamos inconsciente y llevó a Freud a afirmar que “allí donde ello era, yo debo advenir”, en ese instante se desdibujan los semblantes. Es el momento que Proust supo captar al interrogarse por su estilo de escritor profuso en personajes: “Podría continuar, como se suele hacer, poniendo trazos en el rostro de un transeúnte, cuando en el lugar de la nariz, de las mejillas y de la barbilla, no debiera haber más que un espacio vacío sobre el que jugaría cuando más el reflejo de nuestros deseos”. Y aquí el gran desafío para el psicoanalista inmerso en el *New Order*: ¿Es posible prescindir del SEPEVIS?

Por esto, luego de esta mirada a vuelo de pájaro en el panorama de nuestra época, regreso a mi gabinete para encontrar el espacio de otro tiempo: la emergencia inconsciente, producida al descuido de un decir sin meta, que desacelera y retorna el enigma en suspenso del Edipo múltiple, diverso, preguntando por su origen enfrentado al sinsentido. Si la oferta cibernética no me impide escucharlo, advierto que el repertorio clásico aún tiene actualidad. ¿A quién me debo, por lo tanto, hoy, en el 2050, cuando logro afinar la escucha? Se me ocurre contestar algo que de tan paradójico hasta podría ser verdadero: a la herencia desvirtuada que se renueva, revirtúa cuando alguien toma la palabra, herencia de al menos dos personas: Sófocles y Freud.

En la actualidad post-ultra, donde el progreso se mide con un tiempo en continua saturación, resulta incitante ser subversivo, esto es: perder tiempo dándole vueltas a un asunto, como quería Rimbaud. Cuando el día se pone íntimo como una pequeña plaza.

“UN HIJO POR LOS MEDIOS NATURALES”

CECILIA SINAY MILLONCHIK

2050, Pristinet 20. Consulta externa. Informe Oficial Profesional a cargo: Dra. Raut, María, Raut.

Navego, navego, cuando el titilante 203 K me llama la atención sobre una urgencia. Conecto y escucho sólo la voz (algo falla en la rema de la imagen). Parece realmente un pedido urgente (por lo perentorio) pero incomprensible en su contenido, tal vez alucinoide. La voz (que parece provenir de un ejemplar del género femenino de la especie) clama algo así como: “Un hijo por los medios naturales”; “Un hijo por los medios naturales”; y repite incesantemente esa letanía. Comprendo las palabras pero no el sentido, de modo que busco en el Código Indexador de Sentidos (COIDES):

Hijo: Llamábase así al producto de una forma antigua de unión que ha quedado descartada ante la progresión de marasmos virósicos y factores hereditarios indeseables.

Medios: Canales de información que tuvieron su apogeo en la llamada Época de Globalización Terráquea.

Naturales: Decíase antiguamente de productos llamados flores, piedras, vacas, arcos iris, y otros conceptos sustraídos al COIDES por borramiento de parte de la información.

Entretanto, la voz continúa, repitiendo siempre la misma frase. Apli-co 1T224, que silencia el reclamo, y recito para nueva consulta.

2050, Pristinet 23. Consulta externa. Informe Oficial. Profesional a cargo: Dra. Raut, María, Raut.

Conecto consulta y escucho otra vez: “Un hijo por los medios naturales”; “Un hijo por los medios naturales”. Es inhabitual que el 1T224 no dé resultados; como corresponde en esos casos, pruebo con Z245G,

que utilizo sólo para situaciones límites, e intento la pregunta: “¿Qué es lo que la desorbitó?” Imposible: siempre la misma letanía. Consulto al COIDES sobre lenguas arcaicas e hijos. Informada, pregunto: “¿*Cuotiescunque fillibus desiderat?*” El 203 mueve la manivela productora y deposita en el receptáculo un frasco de los que usamos para muestras fluororetroespectromoscópicas (FEM). El regulador fortuito señala la composición: H_2OCINa y vestigios sin importancia de otros elementos. Busco en el COIDES: H_2OCINa

Océanos: antiguas extensiones líquidas de las que hoy quedan restos en las superficies inferiores de los ciberdesplazamientos.

Lágrimas: secreción que, antiguamente, drenaban los canales ópticos.

Caldo: alimento voluminoso que se ingería en la antigüedad.

Y otras informaciones que no consideré relevantes. Vuelvo a intentar: “¿Qué es lo que la desorbitó?” Sólo la letanía y el líquido. Corto contacto y propongo nueva cita.

2050, Recautet 5. Desde la base de datos. Informe Oficial. Técnico a cargo: Dr. Port, Juan, Port.

Hemos perdido contacto con la colega abocada a urgencias el 20 Pristinet. La buscamos intensamente, pero no responde siquiera al 203K. Intentaremos ubicación geográfica para eventual reconocimiento directo.

2050, Recautet 10. Desde la base de datos. Informe Oficial. Técnico a cargo: Dr. Port, Juan, Port.

Lamentamos informar desorbitación colega buscada. Sólo podemos escuchar una frase repetida a dúo por dos ejemplares del género femenino de la especie. La frase enuncia: “Un hijo por los medios naturales”; “Un hijo por los medios naturales”. Consultaremos con el Colegio Magnorrégico (CMR).

2050, Pristinet 30. Informe no Oficial. Raut, María, Raut.

Algo extraño me viene sucediendo: allí, en la parte inferior de mi vientre, un movimiento desconocido me sube hasta el centro del pecho,

donde los latidos retumban en mis sienes; al tiempo que un líquido viscoso resbala por mis miembros inferiores: es tibio y me anoticia de algo muy, muy antiguo, una vida dormida, como la de los casquetes lunares. Mojo en él mi mano y la veo teñida de rojo, como cuando las personas morían. No sé si es muerte o vida, pero algo me anoticia desde el vientre que quiero: “Un hijo por los medios naturales”; así dice la voz allí y en mis oídos. Trato de sintonizar con la navegación desorbitada de mi consultante. Ella sigue allí y las dos gritamos al unísono: “Un hijo por los medios naturales”; “Un hijo por los medios naturales”. Creo que nos hemos desorbitado juntas, paciente y analista, en un sólo grito: “Un hijo por los medios naturales”, y los casquetes, lentamente, comienzan a descongelarse. Estoy con la boca hueca, abierta, y por allí salen y resueñan, como un vómito, cosas que me dictan y, a duras penas, pronuncio y no comprendo. El equilibrio corre el riesgo de resquebrajarse, se descomponen los casquetes. Eructan los volcanes. El deshielo glaciario amenaza con inundarlo todo. Los océanos, la sangre, la lava, las lágrimas, ella y yo gritamos al unísono: “Un hijo por los medios naturales”; “Un hijo por los medios naturales”.

No sabemos si es el fin del comienzo o el comienzo del fin.

EL INMORTAL

CÉSAR HAZAKI

“Sólo por la pasión de no morir nunca, se adueña de sí mismo un espíritu humano”

Miguel de Unamuno.

“Los deseos del corazón humano, desde la adolescencia, tienden al mal”

Génesis 8, 21.

I. “Estaba el Diablo mal parado en la esquina de mi barrio”:

Contar cómo se encontraron, qué se dijeron, cuál fue la apariencia o el modo de aparecer del Señor de la Oscuridad es caer en lo anecdótico, en la banalidad del tridente, la cola de reptil o el smoking, en la excitación y la curiosidad de la imagen que, de tantas maneras, el cine plasmó y que no son más que subrogados de la imaginación de *La Biblia*.

Para establecer una escueta verdad histórica digamos que el suicida se lanzó al vacío desde un piso cuarenta de un Sheraton de Nueva York a las 23:59 del 31 de diciembre de 1999.

Las primeras notas hablan del pecado, el miedo, la muerte: Está escrito, el catecismo vino a traer los conocimientos precisos de una lucha incesante y terriblemente peligrosa: Dios y el Diablo en combate eterno. Ambos inmortales, en el pequeño libro blanco se describían las argucias de Belcebú, de Lucifer, de Satán para vencer al Señor. El niño de pantalón corto era excedido por la letra afiebrada de los Padres de la Iglesia.

Los primeros insomnios fueron por terror: cada pensamiento sobre las piernas de la maestra, la aguda escucha de los ruidos de la cama paterna, los senos de esa pequeña prima...

II. “Ahí donde dobla el viento y se cruzan los atajos”: Que en el vuelo hacia la calle su mente trabajó con total lucidez las indicaciones del invento de Cagliostro para lograr la longevidad. Era necesario tomar

el “elixir de la eterna juventud”. Había que retirarse al campo treinta y dos días, se debía ir acompañado de una persona amiga que controlara el proceso terapéutico y realizara las oraciones correspondientes (se disgregó en recordar en qué revista psicoanalítica había una mención a esta cura para pensar en los orígenes de la transferencia) mientras la aceleración de la caída libre se le imponía volvió sobre las recomendaciones del elixir: sólo se podía tomar la fórmula cada cincuenta años, que la misma estaba compuesta de materia prima esencial y se encontraba en manos de Cagliostro. Remarcaba, el supuesto garante de la eternidad, que una vez realizada la toma al paciente se le caía el pelo, la piel se le descascaraba e inmundas secreciones salían por todos los orificios del cuerpo, esto era, ni más ni menos, que la demostración de la eficacia de la cura.

El psicoanalista en trámite de suicidio -¿debería decir en acto de suicidio?-, fue detenido a pocos centímetros del piso por una red de rayos láser que, lo supo después, lanzaban todas las computadoras de la ciudad al unísono, mientras las campanas daban doce tañidos anunciando el fin del año y del milenio. La hora es por demás conocida como aquella donde comienza el reinado del Señor de la Noche.

III. “Al lado estaba la muerte, con una botella en la mano”: Los peligros que reúnen los tres ceros, habían sido advertidos en un antiguo ritual zoroástrico. El mismo alertaba sobre el riesgo de unir y adorar un circuito de repliegues curvos. Este permite a la sinuosidad del mal establecerse sin enemigos. Zoroastro había captado, casi como un anticipo de la banda de Moebius, que la perfecta combinación de curvas y peraltes de los ceros unidos por imperceptibles saltos en el espacio era una máquina del mal. Dado que ese movimiento perpetuo y sin gasto de energía era la ecuación del infierno, donde el hombre se perdería irremediamente, porque sería sometido a la pereza y la melancolía.

Mientras rebotaba en los rayos láser se dio cuenta que aquellos antiguos religiosos gobernados por las matemáticas pudieron así, por vía de abstracción, tener una percepción y comprensión del Mal mucho más aguda que sus seguidores cristianos.

Una cita de Freud que fue una de sus entradas al psicoanálisis, le recordó aquel pequeño libro blanco: “Es verdad que el doctor Fausto pregunta, despreciativamente: ‘¿Qué puedes darme, pobre Diablo?’. Pero está equi-

vocado; el Diablo tiene muchísimas cosas para ofrecer a cambio del alma inmortal, cosas harto apreciadas por los hombres: riqueza, seguridad frente a los peligros, poder sobre los seres humanos y sobre las fuerzas de la naturaleza; también artes de encantamiento y, por encima de todo, goce, goce con hermosas mujeres Y estas prestaciones u obligaciones del Demonio suelen incluso mencionarse expresamente en el contrato”. Alguna vez pensó que algunas de sus dificultades con los textos freudianos eran producto de los terrores que la lectura del libro de la comunión producía. Por vía asociativa entendió su atracción por las mujeres judías, comprendidas como aquéllas que no atravesaron vestidas de blanco esa enseñanza incomprensible y espeluznante.

IV. “Me miraban de reajo, y se reían por lo bajo”: Nuestro frustrado suicida se enteró así que el efecto 2000 de las computadoras era una fenomenal jugada de ajedrez de Satán. En efecto, cual Kasparov del tablero universal, las fichas negras del mal habían dejado planteada una jugada que durante decenas de años sólo parecía un “error humano”. Las blancas no pudieron comprender la que sería una de esas notables movidas estratégicas, novedosa, de aquéllas que dan el posicionamiento favorable durante mucho tiempo al que la realiza. Son el sello y la marca de una época.

Acudir los sábados al párroco, intentar hablarle, dudar, ir y volver hasta que se toma la decisión: pediría ayuda, el cura lo arrancaría del pecado, del mal. Al acercársele y observarlo acariciar las piernas del Pulga, un niño como él, se detenía cultivando la desconfianza que lo caracterizaría luego, ya mayor.

V. “... Y temblando como una hoja me crucé para encararlos...”: Las mismas máquinas estaban preparadas para recoger el fruto de la decepción, la amargura y el odio de los hombres. Fue así como se detuvieron muchos de los intentos de suicidios que esa noche se realizaban.

Fueron rechazados los suicidios en masa de las aburridas sectas que predicaban la venida del señor, los suicidios éticos, los suicidios aburridos, etc.

Así el psicoanalista rescatado por el Maligno se enteró que no se podía aceptar en el reino de la noche a los agrupados, dado que el Mal sólo necesitaba reclutar solitarios. Tampoco podía aceptar a los éticos,

su experiencia le indicaba que eran incorregibles, jamás se unirían a su causa. También pudo tomar nota que el recuerdo lúcido y perfecto de la fórmula de Cagliostro fue su llave de paso inmediata para que las máquinas aliadas al Oscuro detuvieran su intento de suicidio. Por el contrario quienes en su intento estuviesen conectados con luces blancas, o salidas hacia el cielo perforaban los rayos láser y caían estrepitosamente. Es digno de mención que se prestara la máxima atención a los que se lanzaban al vacío, por aquello que la caída expresaba el interés por alejarse del cielo y, al mismo tiempo, el deseo de perforar la tierra, de ir hacia las oscuras profundidades que pertenecen a los muertos y al Demonio.

VI. “... Nos quedamos chamuyando, me contaron de sus vidas, de sus triunfos y fracasos...”: Por lo tanto las computadoras trabajaron esa noche para recuperar suicidas ermitaños, capaces de romper todos sus compromisos éticos y amorosos. Con los que tuvieron dudas diagnósticas los dejaron en estado de coma mientras procesaban la información, el efecto 2000 les garantizaba por lo menos cuatro noches de desconcierto donde podían trabajar a pleno. El Mal buscaba para la nueva centuria a solitarios, creativos, decepcionados y cansados del bien y sus pobres consecuencias.

Un día, como tantos, gris y cargado de rumores los aviones a chorro, como se decía en aquel entonces, lanzaban bombas y a continuación panfletos que decían: ¡Cristo Vence! Parecía que Dios había lanzado su campaña de aniquilamiento, ya que la ruptura de la barrera del sonido producía, por no conocida, un terror insuperable. Pensó en Sodoma y Gomorra tal como el catecismo decía que habían desaparecido, sorprendido por el cataclismo tecnológico que Dios estaba desatando pensó en la polución de la noche anterior que dejó las sábanas manchadas de amarillo. Meditó en las veces que espío a la mucama mientras se bañaba. Las bombas caían en Plaza de Mayo, decía radio Colonia. La gente moría gritando: “¡La vida por Perón!”. Pese a que ambos eran hinchas de San Lorenzo, uno de sus tíos había marchado a la Plaza de Mayo a defender la causa, el otro esperaba ansioso la caída del Tirano para ir hacia la Catedral. El niño que quería a ambos miraba el libro blanco cada vez con más odio y desconfianza.

VI. “... y entre las risas del aquelarre, el diablo y la muerte se me fueron amigando...”: Digamos que se entendieron rápido y bien, no

regatearon, no tironearon, ni pidieron segunda rondas de consultas y asesores. El psicoanalista pudo haber reprochado la detención de su acto suicida y no lo hizo, era consciente de este salto al caos más primitivo y originario. Le quedó claro que la inmortalidad era una oferta justa y, se podría decir, hasta generosa ante lo minúsculo de su acto individual. El mundo a cambio del alma (en realidad no podemos establecer si con esta palabra El Tenebroso pidió su ser). El Diablo se mostró humilde y entendiendo que todavía hablaba con un hombre, a quien el dominio del inconsciente no lo habilitaba a comprender las complejidades con que el Bien y Mal batallan en todos los confines del Universo. El viejo captaba que la ventana, estrecha, por la que el “hombre del diván” iría entendiendo se llamaba Eros y Tánatos.

El psicoanalista pensó en todas las versiones desdichadas de la inmortalidad que los hombres escribieron, pero se impuso la curiosidad, el recuerdo de la enorme cantidad de personas que se aferran a la vida estando deteriorados.

VII. “... Ahí donde dobla el viento y se cruzan los atajos...”: Los sueños de grandeza, de excepcionalidad, de unificar a Einstein con Pelé, habían habitado su cabeza desde niño. Por lo tanto sintió que ese pacto con el Diablo lo llevaría a buscar e investigar lo humano en la inmortalidad. Si el padre de la horda se apropió míticamente de todas las mujeres, él se adueñaría realmente de todo el tiempo, podría salvaguardar, en principio, su vida y luego defender el psicoanálisis para lo cual realizaría una obra notable, imperecedera, como su propio futuro.

Robar, sobre todo monedas, sentir que las mismas permitían completar un álbum de figuritas, tener la bolita más linda (por aquel tiempo eran o decían ser japonesas). Todos bienes materiales, superfluos, egoístas que el libro blanco del catecismo prohibía. Aprender a confesarse, consultar con otros niños cómo hacerlo, descubrir que el cura absolvía a los que se dejaban acariciar.

VIII. “... Me escondí tras la niebla y miré al infinito...”: Entre los acuerdos establecidos el psicoanalista devenido en inmortal debía realizar una crónica que fuese dando cuenta de sus acciones. Asimismo había rituales que tenía que realizar, sólo para mantener las formas y perpetuar ciertas imágenes le dijo el anciano. El Mal también es mediático terminó

diciendo.

Han pasado ya cincuenta años, la jugada del 2000 ha seguido dominando el tablero de ajedrez universal. “El hombre del diván” está radicado en el sudeste asiático desde hace diez años, como la economía en su conjunto, el saber del inconsciente se afincó allí. Las Petronas que diseñó el argentino Pelli le sirven de cuartel general. Nadie se dio cuenta desde su inauguración que las torres son similares a las construcciones medioevales denominadas “Linternas de los muertos”, que se hicieron cerca de los cementerios franceses, todos creyeron que esas construcciones protegían al Bien, cuando en realidad eran búnkers de Lucifer para proteger a sus agentes y emisarios.

Asimismo, en la elección tuvo mucho que ver la noticia del orinal portátil, personal, que los habitantes usan dado que es imposible conseguir un baño mientras se cruza la *polis*; es que el tránsito es tan caótico que no se puede saber la duración del viaje. Ante tamaño desatino urbano el “hombre del diván” se interesó como una manera de demostrarse que el tedio de la inmortalidad que los poetas anunciaban todavía no lo había capturado o, lo que es mejor, parecía directamente no existir. Por otra parte no existían policías que se dedicaran a investigar brujerías, como en Nueva York o en Roma, donde más de una vez debió extremar los cuidados.

Su estrategia de poder es, casi, maoísta. Va de las periferias hacia los centros del poder psicoanalítico. Pese a las notables argucias que el tiempo y el Demonio le han enseñado no ha podido todavía dominar la IPA, pero no desespera a pesar de que las maquinaciones del poder le ocupan y trajinan la mayor parte del día.

Se dedicó minuciosamente a estudiar la “sociedad de los anillos” de los primeros tiempos psicoanalíticos, la vida de Ernest Jones y siguió divertido al inefable J. A. Miller, logró conocer papeles secretos de la biblioteca Sigmund Freud, se interesó, asimismo, por la historia de la iglesia católica. Si Trotsky había desaparecido de las fotos de la Revolución Rusa, él bien podría insertarse como protagonista de los primeros tiempos psicoanalíticos. Se construyó un linaje, con cartas y fotos de un bisabuelo, un abuelo y un padre que dentro de cien años hará salir a la luz, cuando el golpe final sea dado. Operación que denomina “Su asalto

al Palacio de Invierno”.

IX. “... A ver si venía ese que nunca iba a venir...”: Ha gozado mucho reuniendo camadas de psicoanalistas, comenzando por sus pacientes y colegas más cercanos, produciendo en los mismos una seducción insuperable, basada en sus conocimientos y en el entusiasmo con que enfrenta las tareas organizativas de cada nueva institución. Su mayor gozo era cuando, pasado cierto tiempo, los veía destruirse por una puja entre sus discípulos que “el hombre del diván” estimulaba muy discretamente. Seguía paso a paso, la enseñanza de la iglesia: establecer un enemigo, darle forma, describirlo y por último destruirlo.

“Las pequeñas diferencias” fueron su especialidad, muchas almas insoportablemente buenas se suicidaron, se volvieron locas por estas fragorosas batallas que vistas en sus inicios parecían solamente imperceptibles cambios de opinión.

Todo ocurría con cierta cadencia previsible: diferencia teórica, antagonismo personal, sugerencia de patologías graves en alguno de los contendientes, división en subgrupos y, por último, ruptura institucional. Estaba convencido que este desgaste iba a provocar la llegada de un nuevo mesías psicoanalítico, asunto para el cual estaba preparado.

En el fondo “el hombre del diván” utilizaba las pequeñas diferencias entre analistas al servicio de la blasfemia, esa palabra que sólo se puede contextualizar en el desafío a la palabra de Dios, quien se desgarró exclamando: “Me han abandonado, a mí, la Fuente de agua viva”. Allí el Mal al ver desangrarse al Bien, gozaba y realizaba grandes aquelarres por todo el Universo.

Notas

I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX: “La balada del Diablo y la Muerte”, del CD *Despedazado por mil partes*, La Renga.

NADIE MUERE EN EL PASADO

HÉCTOR FENOGLIO

Tengo 7 años y nací en la provincia de Córdoba, al sur, en este pueblo perdido entre el viento y la seca de la pampa gringa. Este es mi nombre, estos son mis padres y este es mi idioma ¿Qué hubiera sido de mí si hubiera nacido en otro país, en otra familia, o con otro cuerpo? Y si no hubiera nacido ¿qué sería de mí? ¿Se da cuenta? Somos una irremediable casualidad. Todos creemos ser reales y vivir en un mundo real y, por supuesto, sobrevivimos. Pero no es real.

Mi búsqueda comenzó mucho antes, cuando tenía 4 años. Recuerdo nítidamente el momento: al calor de la siesta miro un tarrito de té Tigre, en el que está impreso un tigre que me mira y, sonriendo, me muestra en su mano derecha un tarrito idéntico de té Tigre, en el que, a su vez, el mismo tigre más chiquitito me sigue sonriendo y mostrando en su manito otra vez el mismo tarrito, esta vez mucho más chiquito, de té Tigre el que, de nuevo, tiene el mismo tigrecito con otro tarrito... A medida que iba acercando más y más el tarrito a mis ojos para tratar de ver hasta dónde llegaban los tigrecitos, me fue invadiendo una profunda desesperación de la que nunca supe como regresar.

Hasta hoy, o mejor dicho, hasta el preciso instante en que escribo estas palabras, mi búsqueda seguía más o menos igual que siempre. Pero ahora, como Ud. comprenderá, mi vida ha dado un giro tan grave que hasta resulta imposible de explicar.

No recuerdo si fue en la adolescencia -esos años donde el pensamiento lacera- o si fue después, pero en algún momento pude comprender que en mi búsqueda no pretendía acceder a un mundo verdadero, sino a salir de uno falso. Y desde entonces no hice más que cultivar esa certeza. Pero no quiero que se haga una idea equivocada de mí, que me vea como un extravagante. Yo hago mi vida, tengo mi casa, mi mujer, mis hijas, no paso miserias; y, sobre todo, hace muchos años que agarré mi

propio hilo. Con él tejo, hago muchas cosas, no diré importantes pero sí muy necesarias, casi imprescindibles. Hago una vida normal pero ¿cómo olvidar que nada de esto es real?

Quiero decir: hace tiempo comprendí que los tigrecitos no fueron “cosas de chico” sino que al pensar ese pensamiento -y tal vez con y por ese pensamiento- algo decisivo introduje en mí; que de allí en más algo quedaba definitivamente olvidado, y que la vida -con sus olvidos y sus recuerdos- ya quedaría para siempre de este lado del tarrito. En aquel instante supe que nunca más podría alcanzar el último tigrecito, y que perdía para siempre a todo el mundo de aquel otro lado. Y comprendí también el hecho irreversible de que, al pensar mi nombre y mi vida como un azar del destino, estaba firmando un contrato vitalicio que me garantizaba el derecho a anclarme firmemente en esta realidad que tanto Ud. como yo -hasta este instante- compartíamos. Pero también que, al aceptarme en esta realidad, perdía -o, por lo menos, alejaba definitivamente- algo que aún las mejores y más exactas palabras ya no pueden nombrar.

Aunque saludable, es peligroso pensar -pensé. De este lado del tarrito, o desde mi nombre, fácilmente encuentro pensamientos para nada peligrosos de pensar. Seguramente Ud. lo debe haber experimentado. También, por supuesto, nada saludables. Pero están los otros, esos que únicamente parecen vivir fugazmente, como en huída incesante, y a los que nadie puede acercarse sin temor y temblor. Pocas veces estuve a punto de atrapar uno. Un día estaba durmiendo la siesta, cuando me tocan el hombro. Me doy vuelta y veo a un chico, de seis o siete años, parado al lado de la cama. Lo miro y el chico allí, duro, mirándome a los ojos. Y me dice ¿QUÉ HACÉS?. Yo estaba aún medio dormido, no entendía lo que pasaba y le vuelvo a preguntar ¿qué?, y el pibe vuelta a decirme ¿QUÉ HACÉS?. Allí me levanto, me siento en la cama y de nuevo le digo ¿qué?; y el pibito sigue mirándome, firme, y me vuelve a decir ¿QUÉ HACÉS? ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?...

Entonces ahí, como en un estallido, me di cuenta de todo y empecé a llorar; y no podía parar, y el pibito seguía mirándome, imparable, ya sin decir nada como si supiera todo; entonces me levanté de la siesta, fui al ropero, y acomodé mis cosas para partir. Justo allí me desperté. ¿Se da

cuenta? No pude partir.

Ese instantáneo fracaso me hizo comprender que los sueños son mucho más reales que la vida despierta, y decidí a que viviera de y para los sueños. Creo -¿quién puede asegurarlo?- que fue entonces que me hice psicoanalista.

Nunca pude permitir que todo esto fuera casual, por eso afirmé cada vez más mi búsqueda. Y, por razones obvias, no hablo de estas cosas con cualquiera. Que me digan loco o se rían de mí me importa poco, lo que sí me da bronca es que me digan que no lo entienden. O que lo entienden, pero que no les pasa. Yo no les creo: para mí le pasa a todo el mundo. Pero no digo nada: yo también me hago el desentendido. Todos sabemos muy bien las razones que nos obligan a ocultar. Se presiente lo peligroso de aceptarlo, porque uno queda expuesto, te ubican. Por eso es mejor disimular, hacer como que uno no se da cuenta. Es que la mano viene brava, como en una cárcel; son muchos los años de encierro en esta celda, tantos que las paredes ya se han adherido al cuerpo hasta volverse indistinguibles de la piel. Y por ahí no hay salida.

Pero sé que no soy el único al que le pasa. Algunas veces -y admito que fueron muy pocas- tuve un encuentro con otro. El otro día sin ir más lejos, en medio de la entrevista, Enrique -el director de la revista- abrió su cuerpo y me dijo: 'vamos a suponer que nosotros construimos, por una serie de brujerías y maleficios, un ser que queremos que tenga autonomía pero que nunca se entere de nuestra existencia y que, al mismo tiempo, tenga una gran capacidad de aproximarse. Le cierro el techo de esas posibilidades poniéndole dioses, la naturaleza, el evolucionismo, los cromosomas, no importa. El maleficio es imposible de ser atravesado. Pero vamos a imaginar que, al mismo tiempo, estos seres al construir esto dejaron huellas digitales sobre lo que hicieron. Y uno se vuelve a imaginar entonces que hay un gran detective de la sensibilidad que toca eso y lo descubre, descubre el maldito maleficio que actúa constante y permanentemente sobre el ser humano'.¹

1 El director de **Topía** desmiente rotundamente haber mantenido la citada entrevista; la que, por otro lado, nunca pudo realizarse por elementales razones de tiempo. Debe tratarse, entonces, de otro Enrique y de otra revista. De todos modos, para despejar cualquier confusión, aclara que no comulga en nada con las estrambóticas ideas referidas a tal entrevista (Nota del Editor).

Que a otros les pase lo mismo no mejora ni empeora mi situación. Nada de lo que otros digan puede volver más real o irreal mi vida. De las cosas (entre ellas los escritos) nadie puede comprender más de lo que ya sabe. Carecemos de oídos para las cosas a las cuales no nos han dado aún acceso los acontecimientos de la vida. Y, como Ud. debe saber, hay cosas que no pueden comprenderse -y mucho menos hacerlas real- si no se acepta la definitiva soledad.

Hoy es 21 de septiembre del año 2050 y escribo estas líneas tratando de reconstruir el camino que me condujo a este aciago encuentro. Recuerdo que me pregunté: ahora que ando en los cincuenta, en el debe de la vida ¿cómo verán las cosas los colegas dentro de 50 años, en el 2100? Al recordarlo, me viene a la memoria una repetida situación de mi infancia. Apenas aprendí a sumar y restar, sacaba una y otra vez la cuenta para asegurarme de que no la había hecho mal, pero siempre me daba lo mismo: 59; en el año 2050 voy a tener 59 años. Me parecía imposible. Y en el 2100 -volvía a sacar la cuenta- voy a tener 109 años; y casi seguramente ya voy a estar muerto. Pensativo, allí volvía a los deberes.

Siglos y siglos y sólo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres, y todo lo que realmente pasa me pasa a mí. La vida real, la que realmente importa, no cambia con el paso redoblado del progreso. Y aunque es muy cierto que una generación puede aprender mucho de las que le han precedido, no lo es menos que nunca le podrán enseñar lo que es específicamente humano. En este aspecto cada generación -y cada uno- ha de empezar exactamente desde el principio, como si se tratase de la primera vez; ninguna generación tiene una tarea nueva que vaya más allá de aquella de la precedente ni llega más lejos que ésta, a condición de que haya sido fiel a su tarea y no se haya traicionado a sí misma.

Rápidamente abandoné mi pregunta sobre el 2100 por razones obvias: no podía preguntarle nada a quien -quizá- aún no había nacido. Pero, haciendo unos ajustes menores para su traslado, la sustituí por una equivalente y sí posible de establecer: ¿cómo veían al 2050 los colegas del 2000? Quizá fue el destino, quizá un presentimiento, quizá los verdaderos motivos siempre quedan en penumbras. Pero ahora tal vez maldiga las circunstancias que me llevaron a dicho planteo.

¿Cómo veían al 2050 los colegas del 2000? Recopilando antiguos

materiales de finales del siglo XX llega a mis manos la colección de una revista de nombre **Topía** conteniendo una serie de artículos titulados -nada menos- “Un psicoanalista en el 2050”. Como hipnotizado los devoro uno tras otro cuando en el N° XXIII, de Agosto de 1998, en esta exacta página, leo con mudo asombro este mismo escrito que estoy escribiendo ahora. Ni una coma de diferencia. Créame. Lo estoy leyendo ahora -y acabo de leer “leer”-, ¿se da cuenta? Sentí como un golpe en la nuca: Dios los cría y ellos se juntan -pensé.

Mi nombre es Héctor Fenoglio, pero ya sabemos de la irremediable incerteza de los nombres. No digo que signifiquen “nada”, pero ¿quién está seguro de su nombre? Como se dará cuenta todo es peor ahora: antes creía que Héctor Fenoglio al menos era como una envoltura, como un disfraz que, al quitármelo, tal vez -y sólo tal vez- aparecería otra cosa. Y ahora me encuentro con Ud., que no sé si es un sueño, tal vez mío, tal vez suyo; no sé si ambos somos sueños en un sueño que alguien sueña o -lo que no me atrevo ni siquiera a imaginar- que tal vez nadie sueña.

Hay signos: sin dudas hay signos.

La infancia nunca es buena ni mala. Mejor no pensar, para qué, si la infancia siempre es terrible. Nadie sobrevive a su recuerdo. Matemos esos años: nadie muere en el pasado -o al menos eso queremos creer.

Ahora es distinto, voy tirando. Tal vez mejor, no lo sé. Bah... ni sé si se puede saber. ¡Claro que no puedo olvidar! Si pudiera...

NAHUEL X. PSÍQUEMBAUM

RUDY

*En los tiempos anteriores a Freud era
muy difícil conseguir un psicoanalista.
Ahora es muy difícil conseguir un paciente.*

Nahuel X. Psíquembbaum

Mi tatarabuelo Karl era psicoanalista, y yo soy psicoanalista. En los tiempos de Karl no existían los tatarabuelos psicoanalistas (a lo sumo el padre), y sí existían los pacientes. Lo demás está todo más o menos igual. Uno sigue estudiando en la facultad, hace grupos de estudio sobre la introducción a la introducción a la introducción al pensamiento lacaniano, supervisa, toma café con los colegas, va a congresos, se casa con una colega de la misma escuela, se divorcia y se casa con una colega de otra escuela o institución, tiene hijos, en fin. Lo que no tiene son pacientes.

Hace 30 años que no hay un solo caso clínico en actividad.

Los pacientes comenzaron a disminuir en junio de 1985. Al principio los psicoanalistas no dieron bolilla, simplemente les aumentaron los honorarios a los que sí seguían viniendo, y listo. Pero luego bajó el número de sesiones. De seis por semana, que era la modalidad de Freud, se pasó a una cada seis semanas, o una por semestre. El extremo fue un paciente que sólo veía los 29 de febrero, una vez cada cuatro años.

Se tomó la cuestión como algo pasajero: “Ya van a volver”, “Tira más un pelo de la barba de Freud que una yunta de psicofármacos o terapias ‘alternativas’ sugestionadoras”, “El que se va sin que le den el alta vuelve sin que lo llamen”. Pero no volvían. Algunos analistas compartían los pacientes con su esposa, y hasta con su suegra en casos de gran hambruna interpretativa. Hubo divorcios entre profesionales en los que la gran pelea era por la tenencia del paciente (a veces era ‘paciente único’ y aprovechaba eso para conseguir interpretaciones favorables de ambos

analistas amenazándolos con ‘irse con el otro’).

Hubo momentos de pánico: no faltaron los que armados con una pipa y una careta de Freud (o de Lacan) se lanzaban a la calle y al primero que pasaba le apuntaban con la pipa y le decían: “esto es una interpretación, contame todos los sueños, chistes y síntomas que tengas”, a lo que el pobre tipo respondía : “lo siento, ya me los pidieron en la otra cuadra”. Mucha gente dejó de frecuentar Palermo y Belgrano después de que intentaran analizarlas contra su voluntad varias veces.

Tampoco faltaban los apocalípticos que sostenían que “el psicoanálisis dejará de ser terapia o la transferencia flameará sobre sus ruinas”, “El psicoanálisis es el hecho maldito del país pequeñoburgués”, “Cinco psicoanalistas por uno, no va a quedar ninguno”, y otras consignas que no eran sino eso, consignas. Pero la verdad se reflejaba en cada diván vacío. Muchos analistas, negando la crisis, colocaban sobre los divanes simpáticas carpetitas, para “tapar el agujero”. Hubo quienes les permitían al gato arañar el tapizado, cosa que antes estaba más prohibido que el mismísimo incesto.

Grupos lacanianos decidieron revisar su metapsicología. La nueva tópica fue: virtual, imaginario y simbólico. “Quizás en algún lugar del cyberespacio, en algún link de la Web” (decían en ‘informático’, idioma que había reemplazado al lacanés en los grupos de referencia) quede un paciente”. A los kleinianos no les iba mejor : “¿Es que acaso no reparamos bien a nuestros pacientes? ¿Es que no les ofrecíamos una alternativa interesante cuando por el mismo precio les curábamos las neurosis y les dábamos un mes gratis de navegación por Internet? Esto no tiene objeto”.

El 23 de julio de 2020, cuando Carlos X (también conocido como “El caso Damián”) abandonó el tratamiento, se terminaron los pacientes. Nunca más.

Cabe preguntarse de qué viven los psicoanalistas, si no hay un solo paciente. Una hipótesis es que viven de otras profesiones, que conducen taxis y en lugar de pacientes tienen pasajeros que cuando les dicen “lléveme a Pueyrredón y Corrientes” reciben como respuesta : “¿otra vez a casa de su mamá? ¿cuándo va a crecer y elegir su propia ubicación en el mundo” y terminan dejándolos en Cabildo y Juramento, viaje mucho

más largo, y caro.

Otra hipótesis es que viven de su profesión, formando futuros analistas, dando clases teóricas, introduciendo en Lacan a los que aún no se introdujeron. O, reuniendo a jóvenes colegas alrededor del fuego para contarles historias entrañables de los tiempos en los que había trabajo clínico, y al final pasarles la gorra en la que cada uno depositará lo que pueda: un peso, un síntoma...

Los jóvenes psicoanalistas no creen que los pacientes existan. Más bien suponen que son mitos creados por los abuelos fundadores; entes virtuales que sirven para explicar ciertos tópicos, utópicos. “Los pacientes sirven para darle sustento a la teoría”, nos explican. Allá por el 2035 el movimiento neo-neo-neo-lacanian, decretó que “el paciente no existe, toda cerveza es delirante”.

Pero sigue habiendo neuróticos. Tantos como antes, o muchos más, atendiendo al aumento estadístico de la población mundial. Y no es que consulten otras terapias. Las así llamadas “Alternativas” murieron cuando se puso de moda el “Yonopuedismo” que instaba a los pacientes a la apatía total, cosa que los llevaba a “ver la luz” ya que no había otra cosa más interesante que hacer en la vida. O sea: si hay neuróticos, y hay psicoanalistas ¿cómo es posible que no haya pacientes? Es esa la pregunta del millón.

Habría que investigar qué fue lo que pasó. En su famoso artículo: “Del alta a la falta hay sólo una letra ‘f’ de distancia”, mi tatarabuelo Karl describe una época, muy lejana (ya se habían extinguido los dinosaurios, pero todavía no eran populares las computadoras) en que ‘los pacientes abundan, en muchos casos incluso pagan los honorarios, y en ocasiones, hasta lo hacen puntualmente’.

Si aquellos momentos paradisiacos realmente existieron, ¿por qué los analistas no reaccionaron a tiempo cuando todo empeoró? ¿Cómo no se dieron cuenta de que así como la numeración decimal iba siendo lentamente reemplazada por la binaria, algo parecido ocurría con el número de pacientes, y donde una vez hubo un 8, un 7 o un 15, había un 0, o con suerte un 1?

Una tesis, la llamada “*Au carage*” por los franceses y “*to the fucking caradge*” por los ingleses trata de descubrir donde se fueron los pacientes,

sin éxito.

Permítasenos pensar que quizás lo que pasó es que entre tanto congreso, grupo de estudio, reunión institucional, crítica de la reunión, ruptura institucional, creación de nuevas instituciones, y así, los psicoanalistas estaban demasiado ocupados discutiendo entre sí y no percibieron que los pacientes no venían. Más de un analista habrá pasado una sesión leyendo un artículo de un odiado rival y mientras pensaba cómo destruirlo en el próximo número de su revista, decía “ejem”, “ujum”, “ajá” y hasta el jugadísimo “¿y usted qué piensa?”, sin darse cuenta de que el paciente tampoco estaba allí, al igual que él.

Otro punto era el económico: muchos pacientes dejaron de pagar meses, o aún años de que finalizara el tratamiento. Otros, en cambio, seguían pagando aunque hacía mucho tiempo que habían dejado el diván. Se podría decir que hubo pacientes que pagaron el tratamiento de otros. Y esto confundió a los analistas: se sabe que “si viene y paga, es paciente” y “si no viene y no paga, no es paciente”. Pero los que “vienen y no pagan” o los que “pagan y no vienen” introducen al psicoanálisis en territorios sin duda polémicos.

Quedan por formularse algunos interrogantes sobre el futuro de la profesión; una primera instancia es evaluar el futuro del psicoanálisis sin pacientes, si los analistas pueden independizarse de la demanda y analizar otras cosas, sean películas, cuadros, personas que no pidieron análisis, escándalos públicos, eclipses, instituciones psi. Pero si se cree (y esta fue la postura de mi abuelo Karl Jr., que yo sostengo por la misma tradición por la que soy hincha del mismo club de fútbol que él, aunque los clubes no existen más porque ahora son empresas) que se necesita que haya pacientes para que haya análisis, habría que estudiar las formas de promover su existencia.

Podríase, como se ha hecho ya con otros oficios, elevar su “status profesional”, crear la “Facultad de Pacientología” donde se enseñe a ser neurótico ‘pero de libro’, o sea que el futuro paciente podrá sistematizar los síntomas que quizás ya sufre pero en forma desordenada. Las clases en principio las darían analistas, pero no nos extrañemos que los pacientes recibidos y experimentados reclamen para sí la docencia, y exijan una “ley de incumbencias” que los independicen de los analistas, y hasta les

permita ejercer de pacientes de otros profesionales (médicos, odontólogos, veterinarios los que se crean animales).

Además está el hecho de que quizás muchos posibles pacientes no vean en esa profesión una adecuada fuente de ingresos: “tengo una familia y varios síntomas que mantener, la formación es cara, hay veces que tengo que tomar taxis para ir a sesión porque le tengo miedo a los colectivos...”. Quizás sea el momento de apelar al abandonado recurso de ‘la relatividad de los honorarios’ para calmarlos y ofrecerles que, por un tiempo, perciban dinero por cada sesión (sólo por las que concurran). Es obvio que cada paciente cobrará según su experiencia y calificación, y también, por qué no, de acuerdo al número de analistas que pretendan analizarlo, ya que ningún paciente podrá atender a más de 4 terapeutas por semana. No hay que escandalizarse con esta idea, sería un progreso con respecto a los orígenes ¿acaso José, el primer analista de la Historia según la Biblia, no era esclavo de su paciente, el faraón?

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS Y SU SAGA
DE GEORGES LUKACS (ALEGORÍA CIENTÍFICA)

ALFREDO GRANDE

Mi agenda de mensajes archivados en hologramas me trae la imagen de una lejana conversación. Reproduce una charla con un médico de la época antigua, con un extraño artefacto en su boca del cual se desprende un aire espeso y aromático. Según ese mensaje, yo debía escribir un artículo sobre el psicoanálisis en el 2050 para una revista de nombre **Topía**. Al no haber aceptado el proceso de reciclado bioelectrónico, mi tiempo vital está llegando a su fin. En mi última voluptuosidad, no voy a recurrir a los archivos de la memoria central, aunque acepto que no puedo situar el sentido de esa charla. Ni siquiera entiendo bien que significado puede tener escribir un artículo. Parece ser que en los tiempos antiguos era una conducta muy habitual. Pero actualmente todo lo que llamamos “descarga útil” está referida a sostener la base de los rebeldes.

Nuestra tecnología en algunos aspectos es inferior a la del Imperio. Sabemos que en algún lugar del hiperespacio una colosal amenaza destructiva se está acercando. Algunos ya mencionan como real la existencia de la Estrella de la Muerte. El emperador cuenta para su desarrollo con uno de los denominados “caballeros de Jedi” pero que se pasó al lado oscuro de la fuerza. Su nombre es Lord Vader. Los rebeldes se sostienen porque algunos hemos mantenido la consigna de “reprimir al opresor”. Me parece que en los tiempos antiguos esto se llamó analizar la implicación, aunque estos términos hoy no tienen sentido para mí. Actualmente decimos que la fuerza esté con nosotros, y que debemos confiar en ella. El Imperio no sólo somete, también conquista. Se han reportado casos de rebeldes capturados por el Imperio que han sido recuperados por la maquinaria de la muerte. Muchos no pueden resistir la tentación del poder absoluto. La reprogramación de los archivos mentales permite

que los procesos de conversión a los mandatos imperiales sean totales. El control del hiperespacio y el tiempo revertido nos están acercando a la omnipotencia cósmica. Por suerte no estaré para padecerlo.

Lo que aquí sucede es lo que probablemente haya sucedido siempre. Creo recordar que antes se decía que no había nada nuevo bajo el sol, aunque el sol sea nuevo. No es fácil mantener la unión entre los rebeldes. Nuestras bases son frágiles no sólo porque pueden ser detectadas por el Imperio, sino porque la alianza que sostenemos es demasiado endeble. En eso he trabajado estos últimos tiempos. En desarrollar los mecanismos para que la alianza de los rebeldes se sostenga. Algunos me dicen que soy como un caballero de Jedi, porque los ayudo a desarrollar una fuerza interna en la que confiar. Pero ignoro cuál será el destino. Hasta cuándo podremos resistir. Hay indicios que en el Imperio también hay otros que trabajan como yo, pero que han optado por el lado oscuro de la fuerza. Me han informado que el Imperio les mantiene un antiguo nombre, que es algo así como *psicoanalista*. Tengo que reconocer que este término me genera cierta inquietud. Como si trajera la vibración de muy antiguas luchas. Como sobreviviente del holocausto galáctico, todo lo sucedido antes de la Gran Brecha ha sido desalojado de los archivos de la memoria. Pero hay palabras aparentemente sin significado que en estos últimos 20 años no han dejado de estar presentes: “Espacio Institucional, TOPIA, ATICO, S.A.S., Nuevos Dispositivos Psicoanalíticos”. Es posible que todo tenga que ver con los Tiempos Antiguos, pero en este momento vuelvo a tenerlas presentes. Aunque el sol no ilumine nada nuevo, no por eso tenemos que desentendernos de la existencia del sol. Y el sol sigue siendo la alianza de los rebeldes, para intentar una y otra vez combatir al lado oscuro de la fuerza. Me viene a la memoria una frase aparentemente sin sentido: “La sombra del objeto ha caído sobre el Yo”. ¿Será una referencia a la estrella de la muerte? Lamento que no tenga más respuestas para el mensaje del holograma.

En algún lugar del hiperespacio, desde la base rebelde para el hombre del aire espeso y aromático en el año 2004. Alfredo Grande, iniciado de Jedi.

A Enrique Carpintero, en el sistema solar, planeta Tierra, año de 1994:

Recién 6 años después pudimos recuperar el mensaje. Mi padre ha sido reconocido como “Caballero de la orden del Jedi”.

Finalmente los trabajos del denominado psicoanálisis fueron retomados. El mito de la horda ha sido verificado en escala intergaláctica. El Imperio funcionaba como el denominado protopadre, con la única ley de su poder absoluto. La alianza fraterna se volvió a constituir, aunque nosotros la denominamos base de los rebeldes. Por el momento hemos triunfado. Lord Vader mató al Emperador y salvó a su hijo. Se verificó que la llamada elaboración de Edipo es un acto político, y que un padre que pueda aniquilar al Imperio que lo controla jamás matará a su hijo. La estrella de la muerte es la última forma conocida de organizar lo que ustedes denominaron pulsión de muerte. El lado oscuro de la fuerza se constituye por no haber elaborado los determinantes represores del inconciente político. Los psicoanalistas neutrales fueron eliminados aunque muchos comenzaron a trabajar para el Imperio.

Rescatamos un término acuñado por mi padre en la década del 90: psicoanálisis implicado. Los psicoanalistas que pudieron profundizar el análisis de su implicación comenzaron a trabajar en todas las bases rebeldes. Pudimos recrear la alianza fraterna y nuevamente instituir otra forma de cultura. También gracias a ellos podemos mandar estas aclaraciones que las hago en nombre de mi padre. Hemos resuelto enviarlas por los servicios de fax de tiempo revertido. Llegarán para el 4 de octubre de 1994, espero que sea tiempo prudencial para publicarlas ya que los sistemas lentos que poseen exigen cierta anticipación. Hemos descubierto que a mi padre le impresionaba la pipa de Carpintero. En fin, no hay nada nuevo bajo el sol.

Base Rebelde, 4 de octubre de 2050.

Federico Grande, psicoanalista.

EL LEGADO DEL PSICOANÁLISIS

SILVIA BLEICHMAR

Si el *big-bang* de la Historia termina en este fin de siglo con un estallido y un gemido, no lo hace sin poner en riesgo nuestra condición de protagonistas, que puede sucumbir a la de meros espectadores. Es en razón de eso que antes de definir cómo serán los psicoanalistas del 2050, sería conveniente preguntarnos si están dadas las condiciones para que haya psicoanalistas en el 2050 (porque toda fantasía acerca de una práctica, por muy crítica, absurda o mordaz que sea es, en tanto imaginaria que nos incluye, defensiva respecto a aquello que pone en riesgo la existencia del ser mismo, su potencialidad de seguir siendo).

Pensamiento habituado a no escudarse en el destino para defenderse de sus torpezas, atravesado por las grandes utopías de una época que termina dejando en el camino un agotamiento de determinismo fuerte y una crisis de certezas, el psicoanálisis no ha hecho aún el balance que le permita diferenciar los núcleos de verdad que encierra de los modos de repetición empobrecidos del discurso de rutina.

Entre ellos, la necesaria diferenciación entre premisas de constitución de la subjetividad desde el punto de vista específico, y condiciones generales de producción de sujetos desde la perspectiva histórico-ideológica. Ello puede conducir a un precoz desgarramiento de las vestiduras creyendo que el hombre para el cual estuvo destinado el psicoanálisis ha muerto, confundiendo la perspectiva subjetiva de una generación que ve morir sus ilusiones con el destino general de la humanidad que siempre reconstruye sus esperanzas.

Lo que tendería a variar, parecería, es el dispositivo social de lo sexual, pero ello no implica, sin mediaciones y de modo directo, la anulación de las categorías de base del psicoanálisis. Sí, de los remanentes oxidados que traban aún el funcionamiento a pleno de una maquinaria teórica posible.

Sin pretender saltar con la imaginación más allá del milenio, y como simple ejemplo de transformaciones que debemos enfrentar sin arrojar lo más valioso de nuestras teorizaciones de base: ¿no toma ya carácter francamente anacrónico el modo con el cual ese descubrimiento fenomenal respecto a la necesaria triangulación que marca la alteridad en su articulador de estructura se reviste de un contenido ideológico de la sociedad patriarcal, occidental y cristiana, bajo el rubro de “Nombre del Padre” hipostasiado y con mayúscula? O aún, qué patética resulta la imagen de un analista que pretende interpretar a ultranza la escena primaria como engendramiento de hermanitos, en una época histórica que se caracteriza por el estallido de la contigüidad biológica y por la separación entre sexualidad y reproducción -lo cual no viene a dar por tierra con el psicoanálisis sino a confirmar el anticipo genial de su descubrimiento.

Terminar el siglo con dignidad acorde a sus orígenes, vale decir junto al pensamiento más avanzado de nuestra época, es lo que espero del psicoanálisis de mi tiempo (estableciendo por otra parte, la necesaria distinción entre avanzado y novedoso, que no sólo no coinciden necesariamente sino que incluso llegan a opacarse). A partir de allí, la imaginación puede permitirse todo fantaseo respecto al Analista del 2050 y, en primer lugar, su existencia misma.

Dos devaneos de la mente para comenzar a desplegar mis ideas. El primero consiste en afirmar que, como lo indican las teorías actuales de la evolución, las posibilidades de supervivencia de una especie no residen, a diferencia de lo que suponían los lamarckianos, en su capacidad de adaptación, sino en las condiciones de su reproducción, de engendrar nuevos individuos que la perpetúen. El segundo propone lo siguiente: es evocativa la afirmación de los politólogos respecto de que las nuevas condiciones históricas no se han producido a raíz de que un sistema político haya derrotado al otro demostrando su superioridad en la batalla emprendida, sino en razón de que uno de ellos, a partir de sus propias dificultades internas, de sus propios errores y de su endeblez para enfrentar las tareas que tenía por delante, sucumbió en una implosión interna que lo dejó a merced Dios sabe de qué destino aún impredecible.

El lector atento puede ya intuir de qué modo estos dos enunciados

introducen el tema que nos proponemos desarrollar en estas páginas. Antes de definir cómo serán los psicoanalistas del 2050, debemos saber si están dadas las condiciones para que haya psicoanalistas en el 2050: qué aptitudes tiene el psicoanálisis, en tanto región del conocimiento, de engendrar nuevas ideas, y qué opciones tenemos los psicoanalistas de fines del siglo XX de reproducirnos en nuevas capas fecundas intelectualmente, son cuestiones ambas que separan el estrecho margen que puede abrirse entre el desaliento y la esperanza. Se trata de aventurar la idea de si las hipótesis, descubrimientos y desarrollos del psicoanálisis tendrán o no un lugar en el siglo XXI, o si serán derrotadas por campos más fecundos del conocimiento (lo cual no sería de temer si se tratara de aperturas verdaderamente más productivas, que implicaran necesariamente una retransformación revolucionaria de sus verdades de base) o si, por el contrario, su incapacidad de enfrentar las nuevas tareas del siglo y el agotamiento de sus enunciados lo implosionarán desde el interior hasta convertirlo en un remedo de sí mismo, que se hundirá dejando en la superficie un vacío a ser llenado por la eficiencia de mercado, no por la verdad eficiente, con la cual otras teorías intentarán rápidamente reemplazarlo.

De ahí la pregunta, parafraseando a Freud, acerca de la validez del psicoanálisis para los próximos cincuenta años: ¿Es necesario y legítimo -como lo fuera a principios de siglo la hipótesis del inconciente- sostener su existencia? Legitimidad: coherencia intrateórica y fecundidad de sus enunciados. Necesidad: imposibilidad de ser reemplazado por ninguna otra práctica o teoría del orden que fuera, respecto al conjunto de fenómenos que se propone abarcar (tanto en su descripción como en sus posibilidades de transformación).

En primer lugar, y para dar curso a una preocupación de carácter cada vez más extendido y presente en los corrillos psicoanalíticos: ¿cómo ubicar, respecto al futuro, aquellas mutaciones -reales o supuestas- que han tenido lugar en los últimos años en el mundo circundante y de qué manera su incidencia en la vida cotidiana puede llevar a producir nuevas formas de la subjetividad? O, dicho desde una perspectiva más específica: ¿de qué modo han variado las condiciones de producción de la subjetividad a lo largo de este siglo y qué nuevos problemas plantea

respecto a las formulaciones de origen del psicoanálisis?; cuestión central a dilucidar de consecuencias tanto teóricas como respecto a las posibles aplicaciones del psicoanálisis, y en primer lugar para su práctica clínica.

“Condiciones de producción de la subjetividad”: ello implica diferenciar aquellas premisas cuya variación daría un producto totalmente distinto al que hemos conocido hasta el momento, vale decir un tipo de “hombre”, si así podemos llamarlo, en el cual las formas de funcionamiento y las “motivaciones” hubieran cambiado radicalmente, de aquellas otras que implican mutaciones de aspectos parciales del psiquismo respecto a los modos de determinación existentes hasta el momento.

Diferenciamos, de modo esquemático, los cambios producidos en los últimos años, en tres órdenes: por un lado las transformaciones científicas, no sólo descubrimientos sino apertura de nuevas regiones del conocimiento y redistribución de los objetos del mundo en función de ello. Por otro, las modificaciones sociales y políticas que abren nuevas formas de relación interhumana o suprimen otras existentes hasta hace muy poco tiempo y dejan, a su vez, margen ajustado para una práctica que surgió en el marco de las profesiones liberales de fin de siglo y de sus modos, sociales y económicos de ejercicio. En la intersección de ambos, lo que se ha dado en llamar nuevos cambios en la subjetividad, y los alcances que ello tiene para convalidar o refutar afirmaciones del corpus central de teoría del psicoanálisis.

Respecto a este último tema, y de carácter inevitable a fin no sólo de siglo sino de milenio, las visiones apocalípticas se multiplican tornando inexorable la rueda de la Historia en una dirección aplastante.

Un futuro robotizado, maquinizado y guiado por el placer inmediato, parecer ser el vaticinio más catastrófico. Señalemos por nuestra parte que no se trata de negar las transformaciones que se avecinan; es indudable que la informática ocupará un lugar cada vez mayor en los tiempos futuros. Pero sí de quitarle al proceso el carácter demoníaco que le imprime la fantasmática de una época que termina y da fin, al mismo tiempo, a sus ilusiones de bienestar a ultranza y de resolución total de las penurias humanas. Como muestra bastan afirmaciones del siguiente tipo: “Nos hemos convertido en un mundo de usuarios: *The user is a looser* (el usuario es un perdedor)”, afirma Norbert Bolz, catedrático en

Teoría de los medios, de la Universidad de Essen.¹ “En los próximos años el mundo se dividirá entre quienes ejecutan programas, y aquellos que los producen...”, afirmación que coagula las imágenes de un mundo terrorífico de ciencia ficción en el cual científicos despiadados manejan desde sus laboratorios los destinos del mundo. Imagen parcialmente engañosa, por otra parte, en razón de que la dependencia actual de muchos científicos respecto a los grandes centros de decisión -centros de poder económico y político-, convierte a éstos más en asalariados despojados que en los monstruos omnipotentes con los cuales cierta ideología del irracionalismo pretende investirlos.

Sin embargo, aun enunciados como el anterior son matizados por sus mismos autores: se trataría, sin embargo, de un mundo no homogéneo, complejo, cuyos niveles de contradicción se tornan desgarrantes, ya que, como dice Bolz mismo, sería impensable un mundo sin mensajes, sin libros, sin teorización acerca de la vida: “... el mundo de la computadora y el procesamiento de datos no tiene nada que ver con el mundo de los libros. Estamos acostumbrados a obtener datos solamente de los libros pero ahora las computadoras pueden hacer eso mucho mejor. El reino de los libros, y a la vez la razón por la cual amamos los libros, es bien diferente. Ningún ser humano puede vivir de acuerdo con la actual aceleración del proceso de información. Es absolutamente imposible, absolutamente inhumano. El libro es entonces ahora especialmente importante para dar un sentido a nuestra vida y reducir la complejidad. Las computadoras no pueden darnos orientación; pueden darnos todos los datos pero no pueden evaluar, y esto es absolutamente necesario para que una persona viva en el mundo...”.

Si atravesados por el inconciente y capturados en el entramado social, los psicoanalistas no podemos dejar de compartir el imaginario fantasmático de la sociedad en la cual nos toca vivir, tengamos la sensatez de volver, por un instante, y para aproximarnos a nuestra cultura actual, al doble consejo freudiano formulado en *El porvenir de una ilusión*: dejar en suspenso nuestra subjetividad, que nos hace vivenciar nuestro presente con ingenuidad sin poder apreciar sus contenidos, y

1 Como ejemplo ver entrevista de Nora Bar a Norbert Bolz: “No habrá un mundo sin libros”, **La Nación**, 16 de enero de 1966.

tomar distancia al respecto, haciendo devenir pasado el presente para poder formular juicios sobre las cosas venideras. “Mientras menos sepa uno sobre el pasado y el presente, tanto más incierto será el juicio que pronuncie sobre el porvenir”² -afirmación que pone de relieve el método, pero también la función historizante de la memoria en aras de acotar la subjetivización de la cual es portadora la conciencia inmediata en un emplazamiento siempre actual, recortado, dependiente de un “punto de vista”. Los historiadores pueden ser un hito de reparo en esta dirección: Georges Duby, en un hermoso libro recientemente editado, equipara y diferencia los miedos del 1000 y los del 2000.³ Muchos de ellos se despliegan sobre un horizonte común: miedo a la lepra y forma mágica de apartamiento y segregación, miedo al SIDA y prejuicio e intento de establecer sidarios de marginación; miedo a los extranjeros en el 1000, xenofobia en vías de expansión en el 2000. Sin embargo, una diferencia parece surgir: si bien las poblaciones pobres del 1000 vivían temiendo permanentemente el mañana, no había, dice, auténtica miseria, porque las relaciones de solidaridad y de fraternidad posibilitaban una redistribución de la escasa riqueza, y no existía entonces la espantosa soledad del miserable que vemos actualmente. Y el historiador inglés Eric Hobsbawm, haciendo suya la escritura del poeta T. S. Eliot: “De esta manera termina el mundo, no con un estallido sino con un gemido”, agrega: “El breve siglo XX terminó con ambos”.

Un estallido y un gemido... El *big-bang* de la Historia en este fin de siglo no necesita ser presenciado por Dios en soledad; estamos acá, hemos sido protagonistas y ahora somos espectadores. ¿Será ésta nuestra condición definitiva?

El agotamiento del determinismo fuerte y el sabor a derrota que nos ha dejado (menos en el plano de la ciencia que en el de la Historia) parecerían sostener la pendiente sobre la cual se desliza la indeterminación hacia el relativismo, y ello al fin de un milenio que trae su carga de espanto, con sus peculiaridades y repeticiones, con su dosis de incertidumbre y su acelerado avance hacia nuevos modos de conocer y de arti-

2 Freud, Sigmund, *El porvenir de una ilusión*, O. C., Amorrortu Ed., Vol. XXI, p. 5.

3 Duby, Géorges, *Año 1000. Año 2000. La huella de nuestros miedos*, Andrés Bello Ed., 1995.

cular las relaciones interhumanas, y teniendo como trasfondo el balance de un siglo agotado y que nos ha dejado sin aliento, al borde mismo de la desesperanza.

Que el caos sea inherente a la complejidad y pueda resolverse en un nuevo modo de equilibrio, es un enunciado que, despojado de sus condiciones de producción y de las circunstancias eficientes de aplicación, y más allá del carácter de verdad real o parcial que pueda tener; deviene a esta altura del partido no sólo una frase de circulación común sino una coartada que permite paliar nuestras angustias más profundas bajo los modos; desde cierta perspectiva, del no compromiso. En ese marco no es extraño que algunos pensadores hayan tomado como dirección el abstenerse de todo juicio relativo al futuro. Suponen que la complejidad que ha adquirido el mundo actual en su evolución hace imposible predecir lo que ocurrirá, ni siquiera a mediano plazo -cinco, diez años-. Y, más allá de que “Quien ceda a la tentación de pronunciarse acerca del futuro probable de nuestra cultura hará bien en tener presente desde el comienzo los reparos ya señalados (dejar en suspenso las expectativas subjetivas y cobrar conocimiento del pasado y el presente), así como la incerteza inherente a toda predicción en general...”⁴, es indudable también que no anticipar nada sobre los tiempos venideros es un modo de abstenerse de un proyecto, de rehusarse al riesgo de proponer y a la posibilidad de errar. Por lo cual, dentro de ciertos límites, tal vez sea posible -e incluso lúdico, ¿por qué no?- no negarse de modo obstinado a la apuesta fuerte que el compromiso con el futuro siempre ha impuesto a los hombres a lo largo del tiempo, lo que implica un recuento de fuerzas y un anticipo de tareas.

Desde esta perspectiva se torna necesario diferenciar los núcleos de verdad que el psicoanálisis encierra, de los modos de repetición bajo los cuales se empobrece el discurso psicoanalítico de rutina -que corre el riesgo consiguiente de enmohecerse y tornarse rancio-. Y, si bien es cierto que el mundo en el cual nos toca desplegar nuestra tarea actual no es proclive a profundidades, no excusa las dificultades internas de la ciencia que pretendemos defender, y los *impasses* y aciertos de un siglo de ejercicio que nos obligan ahora a replanteos profundos. Ello en el marco

4 Freud, S., Op. cit.

de un balance más general acerca de los avances científico-tecnológicos producidos en las últimas décadas, y de las nuevas relaciones inter-ciencia que esto nos plantea.

En principio es necesario dejar de hablar, para realizar una evaluación adecuada, de “la ciencia” en general, en razón de que no todos los nuevos descubrimientos afectan nuestro quehacer del mismo modo.

Por una parte, están las aperturas propuestas por desarrollos teóricos que permiten importación de conceptos o usufructo de metáforas fecundas para cercar cuestiones que venían planteándose como necesarias.⁵ Nos referimos a los paradigmas de las ciencias llamadas duras, teoría de los sistemas complejos y del caos, cuestiones relativas a la reversibilidad e irreversibilidad que permiten discutir problemas intrateóricos: en la génesis de las neurosis, en la función del traumatismo psíquico, en las posibilidades de predictibilidad o impredictibilidad estructurales, y todo ello con incidencia en los problemas prácticos: iniciación y fin del análisis, consideración de la evolución sintomal, lugar otorgado a la realidad libidinal factual, etc. E incluso incidiendo en los nuevos modos de formular problemas, articulando hipótesis específicas bajo formas de elaboración de frontera, como un Thom, por ejemplo, al abrir la propuesta de una “semiofísica”. O, más en lo específico, planteando la reformulación de modelos de aproximación a la transmisión de la clínica bajo forma de “hipertexto”, cuestión que viene a subsanar, más que a modificar, problemas que venimos arrastrando en la escritura clínica a partir de que el objeto, siendo de lenguaje, se rehúsa a encuadrarse totalmente en el tiempo cronológico clásico.

En segundo lugar están las aproximaciones de nuevas regiones o los avances de otras disciplinas “humanas”.⁶ Los desarrollos de las ciencias

5 En Buenos Aires se realizó, en 1994, el encuentro acerca de “Temporalidad, azar, determinación”, que en forma conjunta organizamos un grupo de psicoanalistas junto a pensadores de otras disciplinas. Editorial Paidós editó el libro del mismo nombre, que el lector puede consultar para ver desarrollados estos temas.

6 La oscilación entre “duras” y “humanas”, de indudable no pertinencia conceptual en razón de provenir de clasificaciones diferentes, hace a la dificultad que me impide llamar “exactas” a las opuestas a “humanas” en razón de que la introducción del azar y la indeterminación, así como la crisis de paradigmas que estas mismas ciencias exactas evidencian ponen de relieve que la exactitud no es una categoría científica sino empí-

de la comunicación, por ejemplo, surgidas de la necesidad de explorar, hipotetizar e incidir en los fenómenos que se han constituido en eje paradigmático de fines del siglo XX: mass media, redes de informática -su incidencia social v antropológica-, incidencia masiva sobre las corrientes de opinión y consumo, etc. O las investigaciones de la etnología actual que da un paso más en el descentramiento ya inaugurado a principios de siglo encarando el estudio de poblaciones urbanas y de microculturas (entre las cuales se encuentra la comunidad psicoanalítica ¿qué ha sido motivo de tesis de antropología en algunos doctorados europeos!). Todas ellas acotan, limitan, brindan nuevo marco a los intentos del psicoanálisis por incursionar en explicaciones relativas a los fenómenos humanos en general, y proponen al mismo tiempo el emplazamiento adecuado.

Pero, a la vez, ellas mismas importan, de acuerdo a sus necesidades, conceptos nucleares del psicoanálisis, el cual ha empapado, de hecho, todo el pensamiento del siglo.

Están, al fin, los desarrollos de aquellos campos del conocimiento que trabajan sobre problemas comunes con el psicoanálisis, y que han sufrido en los últimos años un reordenamiento, en nuestra opinión provisorio, a partir de la aparición de la llamada neurociencia -conglomerado que incluye biología molecular, neuroquímica, neurofisiología, neurofarmacología, psicología experimental y ciencias de la conducta⁷-, la cual (las cuales, ya que su alianza se juega en una unidad de dudoso ensamblaje), parecería venir a disputar una supuesta hegemonía al psicoanálisis y a la psicología en su conjunto, desde una perspectiva reduccionista que intentaría un nuevo sometimiento imperial de todos los otros campos. Están también la psiquiatría, la neurología, la psicopedagogía, la fonoaudiología, las teorías psicológicas cognitivas, disciplinas ora empíricas, de apreciación y resolución de patología, ora teóricas, que proponen la elaboración de hipótesis acerca de la producción psíquica y

rica.

Por otra parte, porque oponer “duras” a “blandas” además de producir una impronta de no potencia para estas últimas, es falso de todo punto de vista: conlleva una ideología del rigor y del sin rigor que no condice con la realidad científica actual.

7 Meunier, J. M. y Shvaloff, A., *Neurotransmisores*, Ed. Laboratorios Roche, Bs. As., 1994.

con las cuales es necesario diferenciar la capacidad de interactuar sobre problemas prácticos comunes, de la absurda pretensión de “interdisciplinar” a partir de una epistemología ingenua que supusiera que el conocimiento fuera totalizable por la suma de parcialidades verdaderas que cada campo encierra.

El valor de estos desarrollos no es homogéneo, y amerita aún un balance tanto científico como social. En el caso de cierto furor de las neurociencias, por ejemplo, los alcances de las prácticas que proponen deberán sopesarse cuidadosamente y deslindar lo que de verdadero descubrimiento tienen de aquellas áreas de especulación que no aportan sino otra teoría especulativa del acaecer psíquico. Es de tener en cuenta, por otra parte, que muchas de las aplicaciones prácticas que de ella derivan -tales como los intentos de medicación a ultranza para ciertos trastornos precoces de la inteligencia- son de dudosa justificación conceptual y de discutible valor clínico (con el agravante de proporcionar, en una cultura adictiva como la que tiende a instalarse, un modelo de aplacamiento del sufrimiento psíquico atravesado por la ingesta de drogas y por el facilismo y la búsqueda de rapidez de las soluciones).

Por último, y a modo de simple plan de trabajo a tener en cuenta, marquemos como cuestión a dilucidar, la necesidad de diferenciar entre las premisas de la producción de la subjetividad desde el punto de vista psicoanalítico, de las condiciones generales de producción de sujetos desde la perspectiva histórico-ideológica. Ambas no coinciden estrictamente, si bien pueden establecerse entrecruzamientos.

No nos extenderemos respecto a aporías y contradicciones presentes a lo largo de las diferentes teorías psicoanalíticas, ni respecto a los aciertos e *impasses* intrateóricos que aún se arrastran, sino simplemente para señalar que es necesaria una depuración de enunciados que permitan abarcar los nuevos problemas que enfrentamos.⁸

Por una parte, aquellos que tienden a extenderse ante el surgimiento de nuevas condiciones de la procreación (anticoncepción generalizada, procreación asistida), nuevas formas de parentesco y filiación, y nuevos

8 Jean Laplanche ha trabajado y ha hecho trabajar a Freud ampliamente a través de su obra, tanto en sus *Problemáticas* como en textos más recientes (*La revolución copernicana inacabada*, por ejemplo), y yo misma lo he desplegado a través de mis trabajos.

modos de la identidad sexual. Como Michel Tort afirma, no se trata de fenómenos individuales aislados sino de evoluciones colectivas, entabladas con mayor o menor amplitud.⁹ Fenómeno que hemos abordado, por nuestra parte, concibiéndolo como un estallido de la continuidad genética. Ella se caracteriza, en lo fundamental, por la disolución de los nexos entre fecundación y sexualidad, filiación genética y filiación legal, irrumpiendo de modo tal que no sólo queda pivoteando en el vacío la equiparación entre pareja conyugal y dupla parental en la cual se instalaron cómodamente los psicoanalistas desde comienzos del siglo pasado sino que obliga a un replanteo de muchos de los modos de concebir el psicoanálisis el ejercicio de la genitalidad.¹⁰

Lo que tendería a variar, parecería, es el dispositivo social de lo sexual, lo cual no implica necesariamente la modificación de las categorías de base del psicoanálisis: inconciente, pulsión, deseo, alteridad, sino la exploración acerca de cómo ellas se conjugan y entran en confluencia con las formas de ejercicio de la genitalidad respecto al otro sexuado; reestableciendo allí, por otra parte, sus nexos bajo los distintos modos históricos que revisten las relaciones de sexo, y replanteando los universales que hacen a su estatuto científico.

Es aquí donde se diferencia el universal necesario de la generalización abusiva y, donde más insostenible se hace la universalización de contenidos positivos históricos que, si se confunden con las premisas de formación y constitución de la subjetividad, arrastran en su caída al psicoanálisis todo. De este modo, y a guisa sólo de ejemplo: ¿cómo sostener hoy la necesario diferencia que marca la alteridad triangulada de ejercicio de una transmisión de las pautaciones de cultura, abstrayéndola del concepto “Nombre del Padre” (hipostasiado y con mayúscula), con el cual una necesidad de estructura se revistió de un contenido ideológico de la sociedad patriarcal-occidental y cristiana?

En tal sentido, la separación entre sexualidad y reproducción no

9 Es Michel Tort en su libro *El deseo frío*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994, quien ha planteado de manera magistral muchos de los dilemas a los cuales se ve enfrentado el psicoanálisis actual, acompañando los dilemas de la humanidad toda.

10 Ver Bleichmar, Silvia, *La fundación de lo inconciente*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1993, pp. 122-129.

viene a dar por tierra con el psicoanálisis sino a confirmar el anticipo genial de su descubrimiento. Este puso al descubierto para siempre que los modos con los cuales durante siglos la tradición religiosa intentó domoñar lo sexual para ponerlo al servicio de la reproducción había entrado en colisión mucho antes de que estallara la continuidad genética, y ello como premisa de la humanización.

Resta por saber, sin embargo, cómo se emplazará el psicoanálisis ante el sutil desplazamiento que impone nuestra época en los ejes de articulación de la relación al semejante. Vale decir, qué forma asumirán las neurosis a partir de posibles mutaciones tanto respecto a la culpabilidad como a la moral sexual en el próximo siglo, dado que el nuestro se caracterizó por romper con los modos preconcebidos pero en el marco de una pautaación que tuvo su eje en la modernidad.

Es indudable que muchas de las protestas supuestamente teóricas con las cuales ciertos psicoanalistas evalúan nuestra época como catástrofica y perversa, o incluso a los jóvenes en sus posibilidades y expectativas, no son sino el efecto de una ideología generacional degradada que asume un lenguaje de pseudocientificidad, pero que sólo encubre la imposibilidad de percibir el espíritu de los tiempos.

De ahí que una de las sutiles bisagras que habremos de cuidar, es aquélla que articula el carácter original, revolucionario y comprometido del psicoanálisis con los modos deseantes de la sexualidad inconciente, en tiempos en los cuales el malestar en la cultura se acrecienta y se ofrece menos a los seres humanos por sus renunciaciones pulsionales. Ello, sin embargo, sin que las garantías del amor inscripto en los ideales garanticen formas mediatizadas del narcisismo que ofrezcan paliativo a la exigencia irracional que la supervivencia impone.

Queda por ver si el psicoanálisis podrá evitar, en los próximos tiempos, convertirse en el bastión de defensa de la “sagrada familia”, y no emplazarse junto a aquellos sectores que constituyen la retaguardia moralista de la sociedad, evitando un discurso que lo convierta en el adalid laico, custodio de la fidelidad, el matrimonio, las buenas costumbres. Y ello más allá de la ideología que, en tanto sujetos sociales, los analistas puedan sostener en su intento de mantener una práctica surgida en la modernidad y que pone constantemente en juego una ética del

compromiso en el alivio del sufrimiento humano y en su preocupación por el develamiento de la verdad.

Qué depara el futuro para nuestra clínica en tanto práctica social es impredecible, pero al menos podemos, sin hacer futurismo, plantearnos cómo nos gustaría ingresar en el siglo XXI e incluso qué nos proponemos como tarea para tornar más fecundas las ideas que legaremos a los analistas del 2050 si es que su práctica, tanto clínica como teórica, es posible y necesaria.

LOS AUTORES

Abadi, Mauricio. (1917-2003) Psicoanalista. Fue presidente de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Entre sus numerosos libros se destacan *Renacimiento de Edipo* (1960); *Psicoanálisis, recorte y montaje* (1982) y *El psicoanálisis y la otra realidad* (1982). Trabajó en difusión del psicoanálisis en distintos medios de difusión, especialmente en televisión, con programas como “Conversando con Mauricio Abadi” de la década del 80.

Agrest, Martín. Lic. en Psicología (UBA). Psicólogo Clínico. Ex Residente y Jefe de Residentes de Psicología Clínica del Hospital “Alvear” (1990-1995). Master en Gerencia y Administración de Sistemas y Servicio de Salud (Universidad Favaloro). Miembro del Comité de Redacción de *Vertex, Revista Argentina de Psiquiatría*.

Arredondo, Mónica. Lic en Psicología U.B.A. Analista Institucional. Psicoanalista. Fundadora del Grupo de Intervención Institucional H8. Supervisora Institucional en los Hospitales: Gutiérrez, Borda, Posadas. Colaboradora y Miembro del Consejo Asesor de la revista *Topía*. Asistente Técnica del Proyecto “Igualdad Educativa” en el Ministerio de Educación de la Nación.

Bleichmar, Silvia. (1944-2007) Dra. en Psicoanálisis de la Universidad de París VII (Tesis doctoral dirigida por Jean Laplanche). Docente en diversas universidades de la Argentina, Francia, México y Brasil. Colaboradora permanente de la revista *Topía*. Autora de numerosos libros, entre ellos se destacan *En los orígenes del sujeto psíquico* (1986); *Psicoanálisis y Neogénesis* (2000); *Dolor país* (2002); *La subjetividad en riesgo* (2005); *No me hubiera gustado morir en los 90* (2006) y *Paradojas de la sexualidad masculina* (2006). Premio Konex de Psicología (2006).

Brück, Carlos. Psicoanalista y escritor. Presidente de la Fundación Proyecto al Sur. Director de la revista libro *Mal Estar*. Fue docente en la UNLP y en la UBA, actualmente en Fundación Benjamin/CAECE. Autor y compilador de varios libros sobre psicoanálisis clínica y extensión. Ha publicado numerosos artículos en medios del país y del exterior.

Buchbinder, Mario J. Médico psicoanalista y psicodramatista, escritor, miembro fundador de la Sociedad Argentina de Psicodrama. Es fundador y director, junto con la Lic. Elina Matoso, del Instituto de la Máscara. Publicó libros de ensayos y de poesía. Autor y director de obras de teatro de máscaras.

Carpintero, Enrique. Psicoanalista. Doctor en Psicología. Director y editor de la revista y la editorial *Topía*. Director y autor de la *Enciclopedia del sexualidad Infantil* (1994), autor de *Registros de los negativo. El cuerpo como lugar del inconsciente, el paciente límite y los nuevos dispositivos psicoanalíticos* (1999), *La alegría de lo necesario. Las pasiones y el poder en Spinoza y Freud* (1ª edición 2003, 2ª edición corregida y aumentada 2007), coautor de *Las Huellas de la Memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70*. Tomo I: 1957-1969 (2004) y Tomo II: 1970-1983 (2005).

Estacolchic, Ricardo. (1944-2001) Psicoanalista. Fue presidente de la Escuela Freudiana de Buenos Aires (EFBA). No todos quienes lo conocieron sabían que, además de su título profesional de médico, era odontólogo, profesión de la cual, en los años 70, había hecho ejercicio militante, en un consultorio de la Villa 31. Estacolchic escribió numerosos artículos sobre su especialidad y dos libros: *Apuntes de un psicoanalista* y -en colaboración con Sergio Rodríguez- *Pollerudos*. Colaboró en diversas publicaciones. Fue miembro del Consejo de Asesores de la revista *Topía*.

Fenoglio, Héctor. Psicoanalista. Docente del la UBA. Coordinador Clínico del Servicio de Atención para la Salud (SAS). Fundador y Coordinador del Taller de Pensamiento (UBA), Director de la revista *Parte de Guerra*. Actualmente es Fundador y director de “La Puerta”

Centro de Pensamiento, Arte y Salud.

Gili, Edgardo. Publicó tres poemarios: *La palabra raíz, Por el conejo que no pude dibujar y Pasaje de ida*. Un texto ensayístico: *El juego (técnicas lúdicas en psicoterapia grupal de adultos)*. Las novelas: *Fragmento de la fiebre, El camuatí y Aurieri*. Carpeta de tangos y canciones, en colaboración con Arnoldo Liberman y el músico Caio Viale: *Dibujos en el agua (Tangos y canciones desde el exilio)*.

Grande, Alfredo. Médico Psiquiatra, psicoanalista, cooperativista y escritor. Presidente Honorario de ATICO-Cooperativa de Trabajo en Salud Mental. Profesor en la Universidades Nacionales de Buenos Aires, Lomas de Zamora y La Matanza. Publicó *El Edipo después del Edipo. Del psicoanálisis aplicado al psicoanálisis implicado; Psicoanálisis implicado. La marca social en la clínica y Psicoanálisis implicado 3. Del diván al piquete*. Integra el Consejo de Asesores de la revista *Topía*.

Harari, Roberto. Psicoanalista y ensayista, doctor en psicología, miembro fundador (1977) y ex presidente de Mayéutica-Institución Psicoanalítica. Ha publicado 21 libros; muchos de ellos han sido traducidos al inglés, al francés y al portugués, y ha sido galardonado por sus obras con el Premio Unico Municipal, el segundo Premio Nacional y la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Iniciador de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano. El artículo que aquí publicamos fue reproducido en *La pulsión es turbulenta como el lenguaje. Ensayos de psicoanálisis caótico*, Ediciones Del Serbal, Barcelona, 2001, también fue traducido al francés por Editions L'Harmattan, París, 2005.

Hazaki, César. Psicoanalista. Editor de la revista y la editorial *Topía*. Ha escrito numerosos trabajos sobre su especialidad, en particular sobre los jóvenes y su cultura. Coautor de la *Enciclopedia de la sexualidad infantil*. Publicó: *Cuentos de amor, tripas & diván y Cuentos para después del diván* y la obra de teatro *Pena Maleva* en coautoría con Carlos D. Pérez.

Herrera, Luis. Médico especialista en psiquiatría. Psicoanalista.

Psicólogo Social. Fue docente (profesor adjunto) de Teoría y Técnica de grupos (UBA). Docente de la carrera de psicodrama en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo.

Millonschik, Cecilia Sinay. Médica Psicoanalista. Docente. Escritora. Miembro Fundador y Titular con Función Didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. *Full Member* de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Socio Plenario de la Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados. Miembro de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Docente de Postgrado en la Universidad Favaloro. Premio Fortabat de Novela. Premio Lain Entralgo de Ensayo.

Pérez, Carlos D. El convite de la revista *Topía* para escribir sobre “Un psicoanalista en el 2050” le ha permitido al autor (o a Carlos D. Pérez, como más le guste) poner en evidencia una vez más la íntima relación entre psicoanálisis y ficción, como hiciera en sus últimos libros: *Lectura de la sombra*, *El diván de la anarquía*, *Placer Poder Erotismo* y *En Tiempo de despertar*, de próxima aparición.

Rudy. Humorista y escritor. Psicoanalista (RE). Coautor del chiste de tapa de diario *Página/12* y la revista *Noticias*. Director del suplemento *Sátira/12*. Columnista de los periódicos *Acción* y *El monitor*. Autor de más de 40 libros de humor. Coguiónista de los programas de Tato Bores (90-92) y Kanal K (91-92). Miembro del equipo del programa radial La Alternativa (radio Mitre). Coautor y coprotagonista del espectáculo Stand up (monólogos de humor) *Oy oy Hoy* (Complejo la Plaza).

Vainer, Alejandro. Lic. en Psicología (UBA). Psicoanalista. Ex jefe de Residentes del Hospital Borda. Docente y supervisor de Residentes y Concurrentes de Salud Mental. Coordinador General y editor de la revista y la editorial *Topía*. Autor de numerosos trabajos de la especialidad y coautor de *Las Huellas de la Memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70*. Tomo I: 1957-1969 (2004) y Tomo II: 1970-1983 (2005).

Volnovich, Juan Carlos. Médico, psicoanalista, formado en el Instituto de Psicoanálisis de la APA renunció a la institución en 1971 integrando el Grupo Plataforma. Durante los años de la dictadura militar en la Argentina trabajo en el Hospital William Soler de La Habana, Cuba. Actualmente integra el Comité Científico de la Revista *Topía*.

Yanquelevich, Silvia. Lic. en psicología clínica. Psicoanalista. Fundadora del Centro de Docencia e Investigación Psiquis en Medellín, Colombia, durante el exilio. Colaboración en publicaciones: *Políticas y Niñez* (Comp. de Eva Giberti) y *Electra y Orestes en El duelo del padre*, Posdata N °2, Homo Sapiens. Artículos en la Revista *Topía* y otras publicaciones. Miembro organizadora de varios Congresos de psicología.



EDITORIAL

COLECCIONES

Libros Digitales

Autores Hoy

Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Fichas para el Siglo XXI